

Variable	<i>Brasil 1934-1964</i> <i>Antecedentes y etapa fundadora</i>	<i>Brasil 1965-1983</i> <i>La crisis de la "república populista" y la dictadura militar</i>	<i>Brasil 1984-2003</i> <i>La crisis de la dictadura y la transición democrática</i>
	<p>dios sobre las lenguas indígenas.</p> <p>Museo Nacional (RJ) 1930-1940. Intercambios entre Heloisa A. Torres (M. Nacional) y F. Boas y R. Benedict (Univ. de Columbia).</p> <p>1962-1967. Proyecto Harvard-Brasil Central: R. de Oliveira y D. Maybury-Lewis, Curt Nimuendajú.</p> <p>1968. Maybury-Lewis colabora con R. Cardoso de Oliveira y L. Castro Faria en la formación de la maestría en antropología social del Museo Nacional con el apoyo de la Fundación Ford.</p>	<p>(Columbia, Berkeley, Harvard, Stanford, Cornell, Chicago, etc.), y becas de estudios con el apoyo de fundaciones y gobiernos extranjeros: Fundación Ford, Fulbright, British Council, DAAD/Alemania, Ministerio de Asuntos Extranjeros/Francia.</p>	<p>terra), Estados Unidos y China.</p>

[Traducción de Sonia Radaelli]

LAS CIENCIAS SOCIALES EN CHILE. INSTITUCIONALIZACIÓN, RUPTURA Y RENACIMIENTO

MANUEL ANTONIO GARRETÓN M.*

PRESENTACIÓN

Las ciencias sociales en Chile surgieron a mediados de los años cincuenta, en un contexto de transformaciones sociales que marcaron su fundación y consolidación como disciplinas científicas.

Este artículo aborda los antecedentes generales de la instalación de tales disciplinas, particularmente la sociología, su posterior consolidación institucional y los subsecuentes procesos de desarticulación y recomposición, desde la óptica de su institucionalización e internacionalización.

Como toda investigación, se trata de una perspectiva parcial, que, en este caso, se nutre de la mirada de la generación que siguió a la etapa fundacional, y que conceptualmente se basa en lo que hemos denominado "modelo de desarrollo de las ciencias sociales" (Garretón, 1989), más los aportes de una serie de otros autores.

Hay un primer periodo de creación, institucionalización y profesionalización que va desde mediados de los años cincuenta hasta 1973. Le sigue una segunda etapa que coincide con la dictadura militar (1973-1989) durante la cual la mayor parte de las ciencias sociales deben abandonar su asentamiento en las universidades. Tal pérdida se suple con la creación de una serie de centros académicos independientes que dan cabida a un desarrollo de estas disciplinas asociado a un proceso de especialización temática creciente. La tercera fase corresponde a la recuperación del régimen democrático (1990-2004), a partir del cual las ciencias sociales vuelven a situarse

* Este trabajo contó con la colaboración, tanto en la recolección del material como en la elaboración de éste y en la revisión de manuscritos parciales, de Carolina Gafnza, Claudia Gutiérrez y Anselmía Cruz.

preferentemente en las universidades, produciéndose una nueva expansión de carreras e instituciones.

La estructura de este capítulo se ha organizado siguiendo este mismo esquema de sucesión de etapas, con la idea de aunar la historización de las disciplinas con una perspectiva analítica que dé cuenta de las características del contexto, las dimensiones institucionales y los contenidos temáticos.

FUNDACIÓN, INSTITUCIONALIZACIÓN Y PROFESIONALIZACIÓN

Diversos autores (Godoy, 1974; Brunner y Barrios, 1987; Brunner, 1986; Courard y Frohman, 1999; Garretón, 1989) coinciden en la identificación de tres periodos en el desarrollo de las ciencias sociales, vistos como hitos institucionales, sin perjuicio de que, como veremos, puedan considerarse subetapas dentro de cada uno (véase, Anexos, cuadros 1 y 2).

El primer periodo, que va desde inicios de los cincuenta hasta principios de los setenta, más precisamente 1973, puede ser definido como una etapa fundacional y de creciente valoración y expansión de las ciencias sociales, lo que se tradujo en su rápida profesionalización y desarrollo institucional. Dicho proceso se relaciona con ciertos supuestos no siempre explicitados. Por un lado, hay un clima social que tiene que ver con una sociedad que se siente experimentando una profunda transformación y que reconoce la necesidad de contar con un tipo de experto encargado de conocer lo nuevo que ocurre y de proponer alternativas a los procesos en curso. Por el otro, hay un alto grado de legitimidad respecto de la reflexión sobre la práctica histórica de una sociedad, lo que se expresa en otorgar un espacio institucional y organizacional autónomo para desarrollar y potenciar ese tipo de reflexión. Así, se reivindica para las ciencias sociales su carácter de "conciencia" de los proyectos sociohistóricos más amplios y su inserción en éstos, ya sea en la formulación de su visión global o en su diseño programático (Arrau, 1984; Baño, 1984; Vasconi, 1996 y Garretón, 1982).

La institucionalización disciplinaria implicó una etapa de transición desde una "sociología de cátedra" y de tipo ensayista a una sociología científica empírica. En la primera, se entendía por sociología

tanto los cursos o cátedras de sociología dictados por profesores aficionados, como los diversos ensayos interpretativos de la realidad nacional que habían publicado algunos autores.¹

La transición entre estos estilos sociológicos estuvo asociada a los procesos de cambio que marcaron la década de los cuarenta. Entre ellos cabe destacar: a) el triunfo del Frente Popular en 1938 y el ascenso al gobierno de una coalición de capas medias y fuerzas obreras que afectó la distribución del poder; b) el cambio en el modelo de desarrollo que empujó la posguerra, traducido en la industrialización con sustitución de importaciones, sobre todo a partir de la creación de la Corporación de Fomento a la Producción (CORFO), transformando la estructura productiva y diversificando el sistema económico en consonancia con los cambios de la estructura sociopolítica. Estos procesos contribuyeron a aumentar la concentración urbana y la expansión de los servicios públicos.

Frente a esta diversificación económica y sociopolítica que incrementaba la complejidad de la sociedad chilena, surgió la necesidad de crear estructuras académicas para la investigación de esos procesos a través de las diferentes disciplinas sociales, así como la formación de especialistas en ellas.

Contexto: transformaciones políticas, socioeconómicas y culturales

A partir de los años treinta en Chile se suceden una serie de cambios que modifican el modelo de desarrollo desafiando el orden tradicional oligárquico; transformación que, tras cierto retroceso político entre los años 1947 y 1957, se profundiza aceleradamente a partir de 1964 (Godoy, 1974). El proceso fundacional de las ciencias sociales se corresponde con los principales rasgos de esa transformación sociopolítica, cultural e institucional. Al respecto hay cuatro elementos contextuales a tener en cuenta. Primero, la correlación entre un modelo de desarrollo "hacia adentro", un régimen político democrático estable y un proceso de democratización "sustantiva" progresivo, pero segmentado y contradictorio, con una creciente movilización de actores político-sociales dotados de identidad ideológica y orgánica

¹ Godoy (1960, 1967, 1974) y Brunner (1988) analizan los ensayos interpretativos de la sociedad chilena a comienzos del siglo xx y en la época posterior a la segunda guerra mundial.

ca. En segundo lugar, la asignación de un papel preponderante al estado como motor del desarrollo económico y como referente de la acción colectiva. En tercer lugar, un significativo papel del sistema partidario en la conformación de actores y orientaciones sociales. Finalmente, la legitimidad de una ideología proclive a los cambios sociales, aunque con contenidos variables.

En términos políticos, hay que considerar varios hitos: el intento del gobierno de Ibáñez (1952-1958) de destruir el sistema partidario, pese a lo cual los partidos se reconstituyeron y consolidaron como un elemento central de la acción colectiva; la promulgación de la ley electoral de 1958 que, junto a la derogación de la ley que proscribía al Partido Comunista desde 1947, permitieron la expansión de la participación política expresada en la elección de 1964; el primer gobierno de derecha desde los años treinta con Jorge Alessandri (1958-1964) y la consolidación de los polos de centro (Democracia Cristiana, DC) e izquierda (Frente de Acción Popular); los gobiernos de corte transformador y revolucionario de Eduardo Frei y la DC (1964-1970) con la "revolución en libertad" y de Salvador Allende y la Unidad Popular (Partidos Comunista y Socialista más partidos menores de izquierda) con la "vía Chilena al socialismo" (1970-1973).

En este marco, la problemática central para las ciencias sociales fue la creación de sus bases institucionales y el análisis de la sociedad histórica, con interés especial en los temas del "subdesarrollo" y las reformas estructurales en curso.

En tal sentido, las primeras generaciones de científicos sociales, básicamente sociólogos, tienen un destacado papel en el gobierno de la "revolución en libertad" de Eduardo Frei (1964-1969). Ya desde su campaña, las ciencias sociales encontraron un espacio de inserción profesional a través de la formulación de diagnósticos y políticas de reforma socioeconómica, promoción popular y reforma educacional. No obstante, en este periodo aparecen también las primeras sospechas sobre las nuevas disciplinas, tras las polémicas que despertó el Plan Camelot (1965), como expresión de la instrumentalización de las ciencias sociales por parte del poder político.²

² Se trata de un macroproyecto de investigación sociológica orientado a diseñar un modelo predictivo de intervención en los conflictos sociales, relacionado con la CIA y en el marco del impacto de la Revolución cubana y la guerra fría (véase Horowitz, 1967).

Por otra parte, hacia 1967 comienza una marcada radicalización política en el país que se traduce luego en polarización desde 1970. Tales fenómenos penetraron también en las universidades. Por un lado, en el nivel institucional, se transformaron sus estructuras de gobierno en un campo de lucha por el poder, lo que en algunos casos se resolvió por la creación de instituciones paralelas, especialmente en el ámbito de las ciencias sociales (Garretón, 1982). Por otro, hubo una ideologización temática y de los contenidos de las ciencias sociales, con énfasis apologético o denunciativo de la realidad; sumado a una combinación del uso del marxismo estructuralista althusseriano o poulantziano en el plano teórico, con el leninismo en el plano político, que criticaban la visión estructural-funcionalista predominante hasta entonces por considerarlas vinculadas a las visiones norteamericanas de la guerra fría. En tercer lugar, el movimiento estudiantil y los alumnos de ciencias sociales —mayoritariamente de izquierdas— tendieron a abandonar la universidad y las disciplinas para involucrarse en los procesos de lucha social y estrategias políticas que se jugaban más allá de las aulas. En las elecciones presidenciales de 1970 por primera vez la izquierda planteó un proyecto y un programa de socialismo: conformar un área de propiedad social expropiando las empresas monopólicas para ir abriendo paso al socialismo en el marco del régimen democrático.

Desde el punto de vista económico, la profundización del modelo de desarrollo "hacia adentro" se tradujo en grandes inversiones del estado, expansión del consumo y del gasto en materia educacional, lo que implicó la expansión de matrículas y del presupuesto universitario para cubrir las reformas.

El clima cultural proclive al cambio radical transformó en sentido común generalizado la tesis del agotamiento del proceso reformista del gobierno de Frei y la DC. En consecuencia, la derecha, centro e izquierda se radicalizaron afirmando la necesidad de una profundización capitalista de corte más autoritario, en el primer caso, y la urgencia de una revolución "anti-neocapitalista", en la formulación del candidato presidencial de la DC, y socialista por la vía electoral, en el caso de la izquierda y la Unidad Popular.

Institucionalización

A diferencia de las etapas posteriores, cuando la política intervendrá directamente en el desarrollo universitario y de las ciencias sociales, nuestra hipótesis para el momento de creación e institucionalización de éstas, es que el contexto sociopolítico actúa como ideología intelectual dominante, es decir, efectivamente como contexto marcado por la temática del desarrollo. Hay una densidad universitaria y disciplinaria que orienta esta fase, debilitándose hacia el final del periodo.

A este espíritu de la época, responde y contribuye, a la vez, la instalación en Santiago de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en 1949 y su "División de Asuntos Sociales" desde 1955, la Facultad de Ciencias Económicas y el Instituto de Economía de la Universidad de Chile y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en 1957 con su Escuela de Sociología. Desde tales instituciones se plantea la nueva problemática del desarrollo definido como el proceso fundamental o problemática histórica central de nuestras sociedades. A partir de esto se legitima la necesidad de "expertos" para el nuevo tema, identificados básicamente con los sociólogos.

La mejor y más temprana definición de una sociología como disciplina científica, teórico-empírica y con un objeto específico para América Latina, será formulada por Medina Echevarría, primero en México y luego en Chile. Medina (posteriormente director de la Escuela de Sociología de la FLACSO) instala en la CEPAL la reflexión e investigación sociológicas, tanto desde una perspectiva teórica como desde el análisis del desarrollo social de América Latina.

En la fase de creación, institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales es posible distinguir los siguientes subperiodos: a) institucionalización incipiente o fundacional (1952-1957); b) consolidación de las disciplinas que incluye la formación de estudiantes a partir de la creación de escuelas, y la profesionalización y expansión de la investigación (1957-1967); c) un proceso de reorientación teórico-ideológica, con efectos de polarización, básicamente en la sociología (1967-1973).³ Pero, para efectos de nuestra exposición,

³ Las fechas de estos subperiodos son, obviamente, aproximadas. Hay una cierta coincidencia entre el primer subperiodo con el gobierno de Ibáñez, el segundo con el de Alessandri y la primera parte del gobierno de Frei y el tercero con la segunda parte del gobierno de Frei y el gobierno de Allende. Hay aquí algunas leves diferencias con otras periodizaciones como la de Godoy (1974).

agruparemos estos subperiodos en dos etapas, la de fundación e institucionalización incipiente (desde los cincuenta hasta principios de los sesenta) y la de profesionalización, consolidación y expansión (desde principios de los sesenta hasta 1973).

De 1950 a principios de los sesenta. Etapa fundacional y de institucionalización incipiente

Esta etapa está caracterizada por la conformación de las primeras instituciones ligadas exclusivamente a la antropología y la sociología. Se trata de un momento de fundación y expansión con hitos a mediados y fines de los cincuenta (Berdichevsky, 1998).

En 1946 se creó el Instituto de Investigaciones Sociológicas en la Universidad de Chile, que, sin mucho éxito en sus inicios, fue refundado en 1951 —con Eduardo Hamuy como director— mejorando sustantivamente su desempeño. El Instituto de Sociología de la Universidad de Chile cumplió una tarea fundamental en la institucionalización de la sociología científica y empírica en el país, siendo uno de los pioneros dentro de la región. El envío de becados al extranjero, que dio inicio a la formación sistemática de sociólogos, se complementó con la organización de una biblioteca especializada, la primera en su género en América Latina. Desde allí se inició también la investigación de campo, en temas como la propiedad agrícola, la educación, la opinión pública y la industria.⁴

La carrera de sociología partió en 1959 en la Pontificia Universidad Católica de Chile, logrando un mayor desarrollo comparado con la Universidad de Chile, donde si bien la Escuela de Sociología se fundó en 1958 ésta no prosperó hasta pasados los primeros años de la década del sesenta, principalmente por las pugnas entre los sociólogos de cátedra y los sociólogos profesionales. La Escuela de Sociología de la Universidad Católica, con el jesuita Roger Vekemans, destacó en sus inicios la filosofía social y la doctrina social de la Iglesia católica. El regreso de sociólogos chilenos formados en Estados Unidos, como Raúl Urzúa y José Sulbrant, reorientó la disciplina

⁴ Los dos últimos temas contaron con la cooperación de sociólogos franceses como Alain Girard, Alain Touraine y otros del equipo de Georges Friedmann. Dos de los más importantes estudios de la época fueron Hamuy (1961) y Touraine *et al.* (1966).

hacia una sociología más "científica".⁵ Poco más tarde se creó en la Universidad de Concepción un Instituto Central de Sociología, fundado por Raúl Samuel y después reorganizado por Guillermo Briones, incrementando rápidamente su matrícula.

La institucionalización de la antropología y de las ciencias políticas durante este periodo fue más débil. La marginalidad de los estudios antropológicos se mantuvo durante toda la década de los sesenta (Bengoa, 1997). En 1954 se organizó el Centro de Estudios Antropológicos y a fines de los sesenta comienzan a organizarse las carreras, primero en la Universidad de Concepción en 1968 (Garbulsky, 1998) y luego en la Universidad de Chile en 1970 (Arnold, 1990).

Respecto de la ciencia política, en 1954 se fundó el Instituto de Ciencias Políticas y Administrativas en la Universidad de Chile; en 1957 se creó un instituto del mismo nombre en la Universidad de Concepción y alrededor de 1970 se inició el Instituto de Ciencias Políticas en la Universidad Católica. Sin embargo, con respecto a los dos primeros, pese a la creación institucional, ambos siguieron marcados fuertemente en la tradición de la enseñanza del derecho (Fernández, 1997). Así, hasta finales de los años sesenta, el único lugar de investigación y formación sistemática en ciencia política moderna fue la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política (ELACP) perteneciente a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

De este modo, hacia principios de los sesenta se logra la afirmación de las identidades disciplinarias ligada a la formación e investigación científica y, pese al tardío desarrollo de la ciencia política, se trata de un momento expansivo de las ciencias sociales en el país, en el que han logrado un cierto prestigio y una demanda social de sus conocimientos.

Con muy pocas excepciones, la base institucional estaba dada por las universidades donde la enseñanza era básicamente de pregrado, con unos pocos posgrados en economía. Respecto de las orientaciones teóricas, en sociología predominaba el enfoque funcionalista, con un marco analítico basado en la modernización y un concepto límite de "desarrollo". Como consecuencia de la preocupación docente

⁵ El apoyo financiero de la Fundación Ford permitió contar con profesores norteamericanos visitantes, impulsar la investigación, becar a los estudiantes más meritorios para estudiar en el extranjero y obtener doctorados en sociología de gran parte del cuerpo docente (Godoy, 1974).

predominante, los trabajos sociológicos publicados en este periodo son escasos.⁶

Principios de los sesenta a 1973. Periodo de profesionalización, expansión y consolidación de las disciplinas

Este periodo se caracteriza por la consolidación y expansión de las disciplinas de las ciencias sociales. A estas alturas para todas ellas, con la excepción de la ciencia política cuya formación de posgrado sólo se daba en FLACSO, existía ya una formación sistemática, con lo que se aseguraba la reproducción de profesionales y académicos. La matrícula de pregrado en el ámbito de las ciencias sociales muestra un incremento de un 10.4% en 1957 a un 15.2% en 1967, con una muy leve baja a 15% en 1973.

Los egresados de los institutos y escuelas contaban con un mercado ocupacional en relativa expansión provisto principalmente por el estado, las universidades y las empresas (éstas últimas particularmente para los economistas); sumado a un pequeño mercado ofrecido por las organizaciones sociales como las sindicales, campesinas y la Iglesia.

Respecto de las modalidades de la enseñanza, las escuelas de sociología adoptan planes y programas de estudio que mezclan los vigentes en las universidades norteamericanas y ciertas tradiciones humanistas de la sociología europea. Ello implica un ciclo inicial (ej. cursos de filosofía, historia, matemáticas, introducción a las ciencias sociales), para luego pasar a la enseñanza propiamente sociológica y dejar las especializaciones para los cursos avanzados. Al predominio metodológico del *survey* se agregarán ahora análisis más comprensivos del contexto social, utilizando indicadores demográficos, sociales, económicos y culturales (Godoy, 1974).

Por otro lado, se van impulsando enfoques más integrados en torno a determinados problemas nacionales. Ello dio origen a un creciente desarrollo de centros interdisciplinarios en las universidades y dependencias estatales, definidos por su investigación en torno a áreas problemas (el desarrollo, la agricultura, la educación, la pla-

⁶ Algunas publicaciones respondían a las necesidades de la docencia, como el libro de Peter Heintz, director de la Escuela de Sociología de FLACSO (1960a) y su antología (1960b), o el manual de Guillermo Briones (1970).

nificación regional) o en torno a análisis globalizados de la sociedad. En ellos convergían académicos y profesionales de diversas disciplinas científico-sociales. La creación de estos centros contribuyó a disminuir el rezago de la investigación empírica,⁷ a la vez que se afirmaba como tema sustantivo el estudio del cambio social y del desarrollo de las sociedades latinoamericanas, es decir, se configuraba a América Latina como objeto de estudio y análisis. Mientras modelos más formales y abstractos ligados principalmente al funcionalismo predominaban en las escuelas, en los centros de investigación se abrían paso enfoques más concretos y pertinentes de la realidad nacional y regional (Brunner 1986; Godoy, 1974).

Hacia finales del periodo se produce un nuevo vigor en la visión interdisciplinaria, esta vez bajo la influencia del marxismo académico y la afirmación de la necesidad de una "ciencia social única". Ello debilita la identidad de las disciplinas y las distinciones entre ellas.⁸ Se trata del auge y expansión de un modelo teórico de bases marxistas, crítico del anterior modelo funcionalista, que penetra las ciencias sociales y que debe convivir con el modelo previo en las universidades.

Alrededor de 1967, empezará a producirse una polarización ideológica de la vida académica, vinculada al proceso político nacional que culminará con el periodo del gobierno de Allende y de la Unidad Popular (1970-1973). Se trata, así, de una profundización, radicalización y crisis interna del modelo fundacional, en que las ciencias so-

⁷ Ejemplo de ellos fueron el Centro de Estudios Socioeconómicos —CESO— en la Universidad de Chile y el Centro de Investigaciones Sociológicas en la Universidad Católica, fundados en 1961. En 1962 se creó el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social —ILPES— patrocinado por la CEPAL, paralelamente se inició el Centro para el Desarrollo Económico y Social para América Latina —DESAL— dirigido por el sacerdote jesuita R. Veckemans.

⁸ Este debilitamiento de las disciplinas se traduce en que la ciencia política apenas aparece como disciplina autónoma y moderna en 1972 con la creación del Instituto de Ciencia Política en la Universidad Católica, diferenciándose de las otras disciplinas más bien por cuestiones de tipo ideológico, la sociología acusa el impacto de la economía política y la antropología se institucionaliza como disciplina de formación apenas hacia finales de los sesenta en la Universidad de Chile. En términos interdisciplinarios, se crean el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) en 1968, el Centro de Estudios Agrarios en 1970 y el Centro de Estudios de Planificación (CEPLAN) en la Universidad Católica y se reorientan en la línea indicada el CESO de la Universidad de Chile y el Centro de Investigaciones de Desarrollo Urbano (CIDU) en la Universidad Católica.

ciales, especialmente la sociología, se transforman en una expresión —en el campo académico e intelectual— de los procesos y luchas políticas del momento. No es que no hubiera influencia y luchas ideológicas en el momento de fundación e institucionalización de las ciencias sociales, de hecho las visiones marxistas aparecen como respuesta a ellas, sino que ahora ellas se entrelazan más directamente con los procesos políticos concretos.

La institucionalización y consolidación de las ciencias sociales descritas, se colapsan con el golpe militar de 1973 (Garretón, 1982).

Orientaciones predominantes

En términos esquemáticos, forzando un tanto la realidad de las diversas disciplinas y más allá de la artificialidad de las denominaciones, es posible identificar dos grandes proyectos intelectuales en las ciencias sociales que, como se mencionó, coexisten durante el periodo con diferentes intensidades y predominios (Garretón, 1978).

El primero, de tipo científico-profesional, se articuló en torno a la modernización científica, la especialidad de las disciplinas y sus respectivos papeles profesionales, la preeminencia de enfoques estructurales o funcionalistas y a un énfasis en la metodología y técnicas de recolección y medición de datos empíricos en aspectos particulares de la realidad. En este proyecto, la preocupación temática se refiere a aspectos de la sociedad que podrían definirse bajo los conceptos de "desarrollo" o "modernización": estructura agraria, integración urbana de sectores marginales, formulación y diseño de políticas estatales sectoriales, entre otros.

Un segundo proyecto, de tipo más científico-intelectual, se articuló en torno al papel crítico de las ciencias sociales. Éste subrayaba su carácter integrado por encima de las diferentes disciplinas, reconocía al marxismo como su fuente teórica inspiradora y destacaba los análisis comprensivos y globales de la formación social en términos de sus principales contradicciones. Así, el marxismo de corte estructuralista se configura como la principal orientación teórica hacia el final del periodo, remplazando como hemos dicho, a las orientaciones funcionalistas predominantes en su inicio. Tal orientación teórica está presente en la malla curricular de las carreras, en las publicaciones e investigaciones. Los temas principales se refieren a los procesos socioeconómicos y políticos que caracterizan a la sociedad

como "capitalismo dependiente" o "en transición al socialismo": estructura y lucha de clases, concentración de la propiedad, discurso ideológico y comunicación, entre otros.⁹

El predominio de uno u otro proyecto no es independiente del contexto sociopolítico y cultural. Por un lado, el colapso de los gobiernos civiles en Brasil y Argentina provocó el éxodo de sociólogos que vinieron a trabajar a Chile, reforzando las posiciones críticas y revolucionarias. Por otro, la crisis del proyecto científico-profesional se vio influida por las críticas al proyecto de "revolución en libertad" de Frei y las formulaciones alternativas de la "vía no capitalista de desarrollo" en la Democracia Cristiana y de "vía chilena al socialismo" en la izquierda expresada en la Unidad Popular. En general, la producción intelectual de todo el periodo se concentra básicamente en la naturaleza del proceso chileno y esta preocupación de las ciencias sociales por los proyectos y procesos políticos nacionales estuvo presente, con contenidos teórico-ideológicos diferentes, en los diagnósticos y formulaciones programáticas tanto de Eduardo Frei como de Salvador Allende.

Profesionalización e inserción de los egresados

Como hemos adelantado, el cambio de modelos de ciencia social —de "científicas" a "críticas"— trajo aparejado un cambio en la inserción profesional, particularmente de los sociólogos. Si durante la etapa fundacional primaban los investigadores científicos que se desempeñaban en la academia y el estado, en la etapa de institucionalización se experimenta una diferenciación sucesiva de las formas de inserción social: desde el investigador académico, el experto en nuevos problemas de la sociedad o el tecnócrata, hasta el intelectual y el ideólogo militante. Los lugares de inserción siguen incluyendo al estado (Godoy, 1974), pero en sus instituciones más vinculadas a

⁹ Ejemplos de trabajos sobre análisis global de la sociedad fueron compilados por Godoy (1971). Los trabajos de Pinto (1964), Ahumada (1958), el sociólogo argentino Germani (1964), CEPAL (1965), Faletto y Cardoso (1969), Harnecker (1970), la antología *Chile hoy* (varios autores, 1970) y los números especiales de las revistas del CISO y el CEREN sobre ideología, comunicación, vía chilena al socialismo (1970-1973), fueron muy influyentes en el debate intelectual y de las ciencias sociales. Un importante esfuerzo sociológico se concentró en la cuestión de la reforma agraria, realizado principalmente en el Instituto de Capacitación e Investigación de la Reforma Agraria (ICIRA), o en los actores nacionales, realizados principalmente en CINU (Garretón, 1978).

los actores sociales. Desde la universidad se busca también la relación con las organizaciones sociales y una "salida al mundo de la realidad social". A ello se agrega el trabajo de formación en partidos políticos y organizaciones sociales.

Internacionalización

El proceso de internacionalización durante esta primera etapa tuvo que ver tanto con el apoyo externo a la fundación de escuelas y centros que institucionalizaban las disciplinas, como con el intercambio para la formación académica.

El apoyo a la fundación de instituciones académicas, institutos de investigación y escuelas en ciertos casos, operó bajo la forma de exportación de un modelo desde Europa o Estados Unidos, pero generalmente a través de la cooperación mediante subvenciones institucionales o por medio de la formación de posgrados en el extranjero —básicamente en sociología— de profesionales provenientes de otros ámbitos (especialmente de derecho), que les permitió a su vuelta al país hacerse cargo de los nuevos espacios institucionales. Hacia mediados y finales de los años sesenta y comienzos de los setenta hubo una intensificación y expansión de becas de posgrado en el extranjero, muchas veces a través de la cooperación intergubernamental.

Por otro lado, la cooperación internacional se concretó a través de la influencia de diferentes organismos internacionales que operaron en Chile. Entre ellos destaca la FLACSO que se establece en 1957, y dependiendo de ella la Escuela Latinoamericana de Sociología (1958) y, más adelante, la única Escuela de Ciencia Política del periodo. Esto contribuyó significativamente a la formación de una masa crítica inicial de investigaciones y científicos sociales, cuya influencia exigió siempre como contraparte la investigación y formación propiamente en instituciones universitarias chilenas.

Cabe señalar que en Chile hubo siempre una gran receptividad ante la difusión de modelos institucionales y de contenido teórico de la producción académica externa. Tal dependencia de algún modo se compensó con la proliferación de investigaciones empíricas sobre la realidad nacional, pero enmarcadas dentro de modelos teóricos tomados en forma relativamente acrítica. Se produjo, así, una deficiente conexión entre teoría e investigación, en la que esta última parecería servir más bien de ilustración de aquélla (Garretón, 1982).

Durante el predominio del proyecto "crítico", el cambio de énfasis significó una mayor recepción del marxismo académico proveniente de Europa y América Latina. Al final del periodo la internacionalización adquiriría un carácter más latinoamericanizante, unido a los enfoques de la dependencia, pero sobre todo por el impacto político de la Revolución cubana, de la "vía chilena al socialismo" y de la presencia de intelectuales, sociólogos y cientistas políticos brasileños y, en menor medida, argentinos.

A su vez, el proceso político chileno atrajo también a intelectuales y científicos sociales de todas partes del mundo, los que al mismo tiempo que venían a investigar, trajeron sus propias visiones. A ello se agregaron una serie de seminarios internacionales sobre la "vía chilena" realizados en Chile con la consecuente efervescencia de debates y reuniones, pero también con una débil densidad de un pensamiento propio sobre la realidad chilena.

CRISIS Y REFUNDACIÓN BAJO LA DICTADURA MILITAR

Con el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, que intenta institucionalizarse y legitimarse con la Constitución Política de 1980,¹⁰ se produjo un profundo viraje en la historia económica, sociopolítica, cultural e institucional del país. Ello tuvo efectos definitorios en el desarrollo de las ciencias sociales: se eliminó su base institucional que eran las universidades y se impuso una nueva institucionalidad que afectó las prácticas de su trabajo.

Dos son los principales aspectos que reflejan el impacto sobre el proceso de institucionalización e internacionalización. En primer lugar, en el plano universitario, la Ley de Universidades¹¹ consagra un deterioro de las ciencias sociales, en la medida en que sólo la econo-

¹⁰ En 1980 se impuso una nueva Constitución que permitía la prolongación del poder del general Pinochet hasta 1988, seguido de un plebiscito para pasar de un régimen militar a un régimen autoritario que mantendría a Pinochet en el poder.

¹¹ Consistió en un conjunto de Decretos con Fuerza de Ley mayoritariamente dictados en 1981 que facultaron al general Pinochet para reestructurar las universidades del país, establecer sus normas básicas de funcionamiento, de creación de nuevas instituciones y de fragmentación de las universidades nacionales, y que fijaban las normas de financiamiento universitario. (Carrasco, 1988).

mía es definida como exclusivamente universitaria, el resto podía ser enseñado por instituciones no universitarias. Por otro lado, se redujo la destinación de recursos del estado a la educación, especialmente a las universidades. Se crean universidades privadas y las antiguas universidades públicas, ahora reorganizadas y distribuidas a lo largo del país, carecen de recursos para un desarrollo de alta calidad, con lo que terminan compitiendo inorgánicamente entre ellas y multiplicando las vacantes de las carreras consideradas "rentables".

En segundo lugar, durante el régimen militar se crea y consolida el panorama institucional de los centros de investigación extrauniversitarios, alcanzando un financiamiento relativamente estable, proveniente de fundaciones y otras organizaciones extranjeras.

Contexto sociopolítico, económico y cultural: la dictadura militar.

El nuevo régimen combina una dimensión reactiva o defensiva con una dimensión fundacional o de intento de reorganización global de la sociedad.¹² Ambas dimensiones son inseparables entre sí, tienen efectos recíprocos y están siempre presentes, aun cuando haya una primera fase en que el peso de la dimensión reactiva es mayor y una fase posterior en que prima lo fundacional. La dimensión reactiva consiste en el intento de eliminar y desarticular la movilización y organización social previa al golpe de Estado y se caracteriza por el uso intenso y extendido de la represión a individuos y organizaciones y por la instauración, con caracteres de normalidad y permanencia, de un "estado de emergencia". La dimensión fundacional implica un intento de recomposición y reinserción capitalistas con un aspecto de cambio estructural por la introducción de un nuevo modelo de desarrollo y de reordenamiento institucional en todas las esferas de la vida social.

El cambio en el modelo de desarrollo consistió en el paso del esquema de industrialización sustitutiva con un peso creciente del estado a uno de "economía abierta", con reorientación del aparato productivo, privatizaciones y papel preponderante del sector privado, reducción drástica del papel económico y redistributivo del estado, en el que se introducen los principios de autofinanciamiento y com-

¹² Resumimos en este acápite lo expuesto en diversos trabajos del autor, especial-

petencia que se trasladan al conjunto de ámbitos de la vida social (por ejemplo, salud y educación, entre otros), revirtiendo el proceso de democratización sustantiva prevaleciente hasta entonces.

Los cambios en el modelo de desarrollo, el estado y las relaciones entre éste y la sociedad civil tienden a expresarse en el doble proceso de institucionalización del régimen. Uno de tipo político cuya máxima expresión es la promulgación de la Constitución de 1980 que consagraba el poder vigente y apuntaba a instaurar un orden político conservador y con participación restringida en el largo plazo. Otro, de tipo social, que buscaba cristalizar normativamente en las diversas esferas de la sociedad los requerimientos de las transformaciones estructurales y los principios de un orden basado en la competencia mercantil, la reducción del espacio público y el disciplinamiento y atomización sociales.

Este contexto político comenzó a experimentar ciertos cambios parciales a partir de los años ochenta. Entre 1981 y 1982, estalló una crisis económica con diversos efectos políticos y sociales, entre ellos, una fuerte movilización social a partir de 1983 con la consecuente irrupción de la política en el espacio público, la reaparición de los partidos y la reconstitución de las organizaciones sociales.

Desarticulado el proyecto fundacional del régimen militar, éste se encaminó básicamente a resolver la crisis económica y asegurar las condiciones institucionales para ganar el plebiscito del 5 de octubre de 1988 de modo de mantener el poder del general Pinochet y con el que se buscaba, además, pasar de un régimen militar a un régimen autoritario civil con poder de veto militar. Luego del ciclo de movilizaciones, y de complejas discusiones, la oposición logró unificarse en torno a un rechazo de la alternativa del gobierno en el plebiscito, en el cual participó obteniendo una significativa victoria. El resultado fue la flexibilización del marco constitucional, la celebración de elecciones presidenciales y parlamentarias en diciembre de 1989, donde volvieron a triunfar los sectores democráticos en torno a un candidato común, y el término de la dictadura de Pinochet, con la asunción al gobierno del presidente Aylwin (marzo de 1990).

Institucionalización y disciplinas

Bajo el régimen militar se desarticula el modelo fundacional de las ciencias sociales y tiende a desarrollarse otro modelo cuya principal

característica es una institucionalidad extrauniversitaria y una fuerte fusión entre las disciplinas, interrumpiéndose los ciclos de formación, apenas compensados con la formación en el extranjero (Brunner y Barrios, 1987). La matrícula de estudiantes en ciencias sociales, con relación al total de estudiantes universitarios, bajó de 15% en 1973, a 8.3% y a 7.8% en 1985.

Es posible distinguir tres subetapas.

De 1973 a 1976. Periodo de sobrevivencia y desarticulación del modelo previo

Lo propio de este periodo es la desarticulación del modelo previo y la dispersión y lucha por la sobrevivencia de los científicos sociales perseguidos y de sus respectivas organizaciones. Ello se expresa, por ejemplo, en que a un mes del golpe militar se intervienen directamente las universidades, nombrando rectores militares delegados. Se trata así de una fase principalmente negativa, sin un modelo de remplazo (Garretón, 1982; Lechner, 1990).

Desde el inicio, se impone la reducción cuantitativa y cualitativa de las universidades. El precio mayor lo pagan las ciencias sociales: se cierran muchas de sus carreras y centros de investigación.¹³ Así, el espacio institucional donde mayoritariamente se desarrollaban las disciplinas es prácticamente destruido con las políticas del régimen: eliminación o desmantelamiento de centros e institutos, expulsión de estudiantes y académicos, sometimiento a control y censura de las organizaciones académicas que subsistieron, éxodo de personal aca-

¹³ La reducción de personal por "limpieza" ideológica (1973-1974) eliminó a la gente vinculada más estrechamente al gobierno de Salvador Allende: 1 058 profesores fueron expulsados de las Universidades de Chile y Católica. Entre las expulsiones de la Universidad de Chile 255 eran de la Facultad de Ciencias Sociales, 120 del Departamento de Educación, 160 de la Facultad de Filosofía y 212 del Departamento de Economía Política y fueron cerrados centros como el de Estudios Socioeconómicos, el de Estudios Estadísticos y Matemática, el Departamento de Historia Económica y Social y una parte del Programa de Enfermeras de la Escuela de Medicina. En la Universidad Católica, se cerraron el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), el Programa Interdisciplinario de Estudios Sociales, el Departamento de Historia Económica y Social, el Programa de Estudios y Capacitación Laboral (PRESCLA), el Centro de Estudios Agrarios (CEA). En la Universidad Técnica del Estado se cerraron el Departamento de Ciencias Sociales, la Escuela de Educación, el Instituto Tecnológico. En la Universidad de Concepción se cerraron Sociología y Periodismo (Silver y Mery, I. P. 1975; Urdarraz 1988).

démico nacional y extranjero. Las políticas oficiales variaron según cuál fuera la situación previa en los centros académicos, los más afectados fueron aquellos que explícitamente habían asumido una perspectiva crítica y afín al proyecto de la Unidad Popular.

En las universidades subsisten pequeños núcleos de científicos sociales, pero en muchas disciplinas se interrumpe la docencia. Las más afectadas fueron sociología y antropología, y en menor medida historia, en tanto había un núcleo de historiografía conservadora de alto nivel. La disciplina privilegiada es la economía, como veremos más adelante.

En un primer momento el problema de las ciencias sociales era básicamente la sobrevivencia de las personas, lo que implicó acentuar las tareas de asistencia como la ayuda a los perseguidos para salir del país o, en ciertos casos, su reubicación, aunque fuera precariamente, dentro del país.¹⁴ En un segundo momento, las reducciones presupuestarias en las universidades, las persecuciones individuales o las nuevas oleadas periódicas de represión y el control generalizado sobre cualquier forma de disidencia, jibarizaron aún más el sector universitario de las ciencias sociales.¹⁵ Algunos centros lograron reconstruirse fuera de la universidad, otros se redujeron a un número mínimo de estudiantes y académicos y otros sencillamente desaparecieron.¹⁶ Como consecuencia de esto, surgirán los primeros centros de investigación no sometidos a control oficial y que buscan el desarrollo académico libre y crítico al margen de las universidades, con

¹⁴ Programas desarrollados por CLACSO, Fundación Ebert, Fundación Ford, WUS, EGALAS, SSRC, entre otros, permitieron la realización de esta tarea.

¹⁵ La reducción de personal por razones "presupuestarias" (1975-1976) afectó especialmente a demócratas cristianos y simpatizantes y a aquellos que habían dado señales de estar contra el golpe militar. Dentro de los departamentos y facultades circularon nuevas listas de personas consideradas de izquierda. No existen estadísticas globales disponibles, sólo algunas cifras: reducción de 450 jornadas completas en la Universidad de Chile y 120 en la Universidad Católica (Lladser, 1988).

¹⁶ Los casos de CEPLAN (Centro de Estudios de Planificación) en 1976, que se transforma en una corporación autónoma como CIEPLAN, Centro de Investigación y Estudios de Planificación, y del PIE (Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación) en 1977, que se incorpora a la Academia de Humanismo Cristiano, ambos de la Universidad Católica, ilustran los casos de reconstitución fuera de la Universidad. El Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile representa un caso de desaparición posterior a la intervención militar en las universidades.

formas institucionales diversas y financiamiento externo, y que se consolidarán en los periodos siguientes.¹⁷

Por otro lado, surgen nuevos problemas derivados de las propias políticas universitarias. Desde los inicios del régimen se comenzó a presionar a las universidades con los principios de racionalización, eficiencia empresarial, competitividad y adecuación a los valores y leyes del mercado, lo que se concreta, por ejemplo, en la presión por el autofinanciamiento de las universidades. La "racionalización" por criterios de mercado afectaba necesariamente a las áreas menos "rentables" de la universidad, las que coincidían con las más afectadas por los criterios de depuración y despolitización. Para las ciencias sociales esto implicó una creciente reducción de las plantas académicas, deterioro de las remuneraciones, disminución de las actividades de investigación, reducción de las vacantes estudiantiles y, en varios casos, cierre del ingreso a los primeros años de estudio, lo que significó la eliminación de carreras en el plazo de cinco años, particularmente de la sociología (Brunner, 1986; Courard y Frohman, 1999; Garretón, 1982; Lladser, 1988).

Como adelantamos, la economía cobra gran protagonismo dentro de las ciencias sociales, expandiéndose en recursos y estudiantes, por el papel que desempeña en el proyecto del régimen militar de instalar un modelo neoliberal de desarrollo que remplace al modelo basado en el estado y en la industrialización, y por su aporte a la ideología oficial que combina doctrina militar, filosofía política integrista y discurso económico neoliberal (FLACSO-Chile, 1983). El nuevo modelo económico establece el predominio de los mecanismos de mercado y del capital financiero. Sobre esta base, se desarrolla una línea de acción tendiente a controlar toda la elaboración de pensamiento, investigación y docencia económicos a partir de una determinada orientación teórica e ideológica. Este modelo es impuesto gracias al liderazgo militar, pero a partir de un arduo trabajo hegemónico de un sector tecnocrático, socializado homogénea y dogmáticamente en

¹⁷ La Iglesia católica y los organismos de cooperación internacional juegan un papel fundamental en la creación, manutención y desarrollo de tales centros. En 1974 se creó el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH). En 1975 el Arzobispado de Santiago crea la Academia de Humanismo Cristiano (AHC) que acoge a los científicos sociales expulsados de las universidades y que en la década de los noventa

la tesis de la Escuela de Chicago, que establece sólidas vinculaciones con los núcleos económicos dominantes especialmente ligados al capital financiero. En tanto no se trata sólo de una visión económica, sino también de una concepción global de la sociedad inspirada en el neoliberalismo, se está mucho más cerca de una doctrina ideológico-política que del pensamiento científico.

Los sectores ligados a la conducción económica estatal dieron una significativa importancia a la socialización masiva de sus ideas y a la formación y reproducción de las elites entrenadas en esta disciplina. Las escuelas e institutos de economía se constituyeron en el espacio fundamental para este núcleo instalado en la dirección del estado. Contando con el control militar de las universidades se pudo asegurar la adecuación de la investigación y enseñanza universitaria a la "nueva verdad" de la economía, con exclusión de cualquier otra forma de pensar esta disciplina. Este proyecto se expresa en dos vertientes, a través de la enseñanza de economía bajo la forma de una escuela única de pensamiento, y en la investigación asumiendo una función instrumental al servicio del mercado que la financia.

La otra cara de la moneda está representada por la sociología, una de las disciplinas más golpeadas por las políticas del régimen. Aquí no hay un modelo oficial de referencia que imponer en las unidades académicas, sino una imagen oficial negativa que busca ya sea congelar o reducir el desarrollo de esta disciplina, ya sea eliminarla. Esto puede explicarse por dos razones complementarias. Por un lado, como ya hemos indicado, la emergencia y el desarrollo de la sociología universitaria de corte moderno estuvieron asociados a los procesos de cambios estructurales y políticos de signo progresista que la sociedad chilena vivió en la década de los sesenta y principios de los setenta. Hubo una alta "visibilidad" de la sociología como una disciplina ligada a una visión crítica y transformadora de la sociedad, de ahí que para el nuevo régimen la sociología y los sociólogos quedaron marcados como elementos peligrosos de "subversión", "extremismo" o "infiltración ideológica marxista". Por otro lado, a diferencia de lo que ocurre en la economía que provee un esquema de contenido al proyecto sociopolítico vigente, no hay un sector dominante que reivindique un conocimiento sociológico como fundamento de un proyecto de sociedad. En las universidades se busca controlar la sociología y sólo marginalmente se intentará desarrollar su valor instrumental al proyecto en curso (Garretón, 1982).

Así, la Escuela de Sociología de la Universidad de Concepción fue clausurada en los inicios de la intervención militar y sus profesores y estudiantes expulsados. En la Universidad Católica y la Universidad de Chile esto es posterior. Respecto de los programas de estudio hay áreas de formación que desaparecen o se minimizan drásticamente (ej. sociología política) y se eliminan los enfoques asociados al marxismo. En su remplazo se privilegia la psicología social y el funcionalismo con relativo desconocimiento de las nuevas corrientes de la sociología europea, norteamericana y los análisis latinoamericanos; mientras que la metodología sigue las líneas tradicionales de enseñar técnicas, especialmente cuantitativas, de escasa aplicación dado el contexto sociopolítico.

La investigación también se resiente. No hay un apoyo especial de los fondos universitarios de investigación y cada investigador debe buscar sus propios fondos extrauniversitarios. Esto afecta la investigación básica, reduciéndola a problemáticas muy puntuales y parciales, oficialmente desprovistas de enfoques teóricos críticos. Las encuestas estaban inicialmente prohibidas y, posteriormente, los cuestionarios eran sometidos a censura oficial (Lladser, 1988).

Sin embargo, en este ambiente totalmente desfavorable para la sociología, existen esfuerzos individuales valiosos en el seno de algunas instituciones universitarias, muchos de los cuales se concentran en temas y áreas "no contaminadas", con algún énfasis cuantitativo y con un perfil teórico relativamente no pronunciado para evitar suspicacias. Ello lleva a una relativa especialización temática por investigador, y, en la ausencia de un contexto favorable, hay un cierto aislamiento intelectual y científico. Estos esfuerzos parciales evitaron la desaparición definitiva de la sociología en las universidades, sin suplir la ausencia de un ámbito universitario colectivo de elaboración y reflexión sociológicas.¹⁸

Con respecto a la ciencia política (Fernández, 1997; Sepúlveda, 1996) y la antropología (Arnold, 1990; Bengoa, 1997; Garbulsky, 1998; Orellana, 1988) su situación bajo el régimen militar se vio agravada por la insuficiencia de su desarrollo previo. Sobre la primera, el único instituto universitario dedicado a su cultivo, el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad Católica, sufrió un importante proceso de depuración de profesores entre 1974 y 1975. Con

¹⁸ Paradójicamente, la primera publicación que critica la concentración monopólica de la economía bajo la dictadura proviene del Departamento de Sociología de la Universidad Católica (Dahse, 1978).

contadas excepciones, su nivel académico no era muy alto, realizando pocas investigaciones propiamente disciplinarias. El interesante Centro de Documentación Política que se mantenía hasta 1975 fue descuidado y no daba facilidades de utilización. En general no hubo una actividad propia de comunidad académica ni una orientación conjuntamente definida que superaran una dimensión vegetativa más allá de ciertos esfuerzos individuales. En cuanto a la antropología, la situación fue parecida, ya que si bien en este periodo los cupos de primer año fueron aumentados a 25 en 1975, con una vaga perspectiva metodológica estructural funcionalista, no existía una orientación teórica y metodológica que vertebrara los estudios que se impartían a través de 55 ramos que cubrían superficialmente una gran cantidad de materias, repetidas y traslapadas entre sí.

De 1976 a 1980. La emergencia de un nuevo modelo

Manteniéndose los rasgos básicos del subperiodo anterior, hay algunos elementos nuevos que apuntan a la creación de un nuevo modelo de ciencias sociales, que coincide con la fase fundacional del régimen militar y las respuestas a ésta.

Por un lado, en la situación universitaria se ha cristalizado una cierta pauta para las ciencias sociales, caracterizada por: jibarización, reducción y disciplinamiento de las ramas de sociología y ciencia política; congelamiento de la situación del periodo previo, con márgenes de libertad en historia y control ideológico-teórico; más las medidas disciplinarias periódicas a estudiantes de todas las carreras y la eliminación selectiva del personal académico. En materia de carreras se interrumpe periódicamente el pregrado, excepto en historia y economía. Esta última concentra la casi la totalidad de las matrículas en ciencias sociales.

Respecto de sociología, en 1976 se cerró el ingreso en la Universidad Católica, con lo que, al término de 1979 el Instituto de Sociología quedó sin alumnos, luego de haber sufrido un cambio sustantivo en su malla curricular desde 1974, y sus académicos, 36 profesores de tiempo completo y 4 jornadas parciales en 1973, en 1980 se habían reducido a 12 profesores de tiempo completo y 5 de media jornada. La Universidad de Chile cerró el ingreso en 1981, a pesar de que en 1980 se postularon a la carrera alrededor de 900 candidatos en primera opción para 20 vacantes; mientras que de su planta académica se

eliminó inicialmente a 37 de los 40 profesores que había en 1973, para llegar en 1980 a una planta de 12 profesores de tiempo completo.

En cuanto a la antropología, los cupos de primer año en la Universidad de Chile fueron cerrados en 1981. Se trataba de formar un profesional que diera un "enfoque cultural" al desarrollo social, asesorando planes y políticas sociales; pero tal definición, que era muy distinta de los intereses de los alumnos, no se acompañó de un entrenamiento adecuado (Arnold, 1990; Bengoa, 1997; Garbulsky, 1998; Orellana, 1988).

Durante este periodo se consolidan los centros académicos independientes, a los que hemos hecho referencia (Brunner, 1985; Brunner y Barrios, 1988; Lladser 1988). Con ello se alteró el patrón institucional de las disciplinas, pues ya no son las universidades su base principal de investigación y producción intelectual. Estos centros independientes se crean bajo diversas formas jurídicas, normalmente son de carácter interdisciplinario y centrados en algún área-problema, con recursos provenientes de fundaciones extranjeras. Es aquí donde empieza a producirse un contacto informal con estudiantes y la mayor y más importante producción de investigaciones sobre la realidad nacional. El origen de estos centros es muy variado. En el caso del primero de ellos, FLACSO, se trata de un vaciamiento del trabajo anterior docente y de la salida de muchos profesores y estudiantes extranjeros y su remplazo por sociólogos, principalmente, expulsados de las universidades. En otros centros, como se ha dicho, se trata de equipos completos de investigadores que constituían unidades académicas dentro de la universidad. Otros son instituciones que existían como tales antes de 1973, pero cuya actividad, y a veces su calidad jurídica, cambian significativamente. Algunos son proyecciones de instituciones con sede en otro país. Una buena cantidad de ellos en cambio, son absolutamente nuevos. La creación de estos últimos adquiere vigor a partir de 1977 y puede corresponder, a su vez, ya sea a una iniciativa de un grupo de investigadores que deciden darse una organización estable para su trabajo intelectual, ya sea a la iniciativa de personas que sin estar involucradas directamente en el trabajo de investigación, deciden crear un espacio institucional para desarrollar determinadas líneas, para lo cual contratan personal idóneo.¹⁹

¹⁹ Para mencionar sólo algunos de ellos, además de los ya nombrados, en 1977 se creó el Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (GENECA). En 1978 se crearon dos programas en la Academia de Humanismo Cristiano (AHC): el de Econo-

El mayor problema de estos centros, fuera de su precariedad económica e infraestructural, era su aislamiento social, lo que planteaba un desafío de comunicación y de publicaciones, en la ausencia hasta el momento de un verdadero espacio público en la sociedad. En general se trata de centros pequeños con plantas de investigadores que rara vez alcanzan más de una quincena, pese a que en torno a ellos gira un buen número de personas, generalmente jóvenes egresados, con lazos fluidos como ayudantes, becarios, investigadores adjuntos o asociados.

De 1981 a 1989. Consolidación relativa de un nuevo modelo

Como antes señalamos, enmarcado en los hitos clave de este subperíodo (la nueva Constitución de 1980, la promulgación de la Ley de Universidades en 1981, la crisis económica con la consecuente reaparición de la movilización social a partir de 1983, y el plebiscito de 1988 que determina el fin de la dictadura) pareciera consolidarse un nuevo modelo de desarrollo de las ciencias sociales, ya prefigurado en el período anterior.

En primer lugar, en el plano universitario, la Ley de Universidades consagra un deterioro de las ciencias sociales: sólo la economía es de enseñanza exclusivamente universitaria. Se reducen los recursos estatales a la educación superior, se crean universidades privadas y las antiguas universidades públicas son reorganizadas y distribuidas a lo largo del país. En algunas universidades nuevas empezó a desarrollarse alguna enseñanza de buen nivel en las ciencias sociales, pero sometidas al examen de las universidades tradicionales. En éstas, la economía ocupa el porcentaje mayor de vacantes y las otras disciplinas son relativamente pobres en investigación y su enseñanza de pregrado es intermitente, abriéndose y cerrándose las vacantes irre-

mía del Trabajo (PET) y el Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA). En 1979 se estableció el grupo SUR y se formó el CIPMA (Centro de Investigación y Planificación del Medio Ambiente). En 1980 se fundó el Centro de Estudios Públicos (CEP), de línea de derecha liberal, y se estableció en Chile la sede del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET). El año siguiente, se creó el Centro de Estudios del Desarrollo (CED) y en 1983 nació en el marco de la AHC el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC). Posteriormente, sobre la base de núcleos de investigadores y profesionales retornados a Chile se crearán nuevos centros (Brunner, 1985; Garretón, 1989; Hadker, 1988).

gularmente durante el período (Vasconi, 1996). Con ello se debilitó la docencia de pregrado, acentuando la distancia generacional en las ciencias sociales, mientras que la formación en el extranjero benefició fundamentalmente a los jóvenes en el exilio. Los investigadores, por su parte, progresivamente comenzaron a trabajar como docentes en las universidades nuevas (Atria y Lemaitre, 1983).

De este modo, el desarrollo disciplinario en las universidades se resiente fuertemente, así como la formación de nuevos científicos sociales. Más ligados a una cuestión presupuestaria, empiezan a proliferar las enseñanzas de posgrado, especialmente en economía. En 1981 se crea el Instituto de Ciencia Política en la Universidad de Chile dedicado a la enseñanza de posgrado e investigación, pero con fuerte sesgo geopolítico y con una orientación proclive al régimen militar. Hacia los últimos años de la dictadura, movilizaciones académicas y estudiantiles provocan la salida del rector impuesto por el régimen militar en la Universidad de Chile.

En 1990, cuando la dictadura fue remplazada por el primer gobierno democrático, había 65 universidades, 25 de ellas con aporte público, proviniendo 16 de la recomposición de las antiguas universidades públicas y 9 de las llamadas particulares tradicionales, más 40 privadas nuevas, algunas de ellas ya consolidadas. Esto implica una expansión de la matrícula, que se había reducido en los primeros años, y una proporción cada vez mayor de vacantes en universidades privadas respecto de las públicas (Courard y Frohman, 1999).

En segundo lugar, se ha consolidado el panorama institucional de los Centros de Investigación extrauniversitarios, alcanzando un financiamiento relativamente estable, siempre internacional. Las plantas se han ampliado por la vía de proyectos específicos y, a través de diversas modalidades, se insertan en ellos los científicos sociales que llegan del exilio. Su presencia en el medio intelectual se ha legitimado y ello se concreta en la organización de diversos seminarios y encuentros y en el aumento de las publicaciones. Con todo, sigue ausente la docencia de pregrado, excepto en una pequeña proporción de centros que se constituyen en universidad, aumentando el vacío o distancia generacional en las ciencias sociales (Brunner, 1985).

En tercer lugar, las diversas disciplinas tienden a organizarse en asociaciones académicas y gremiales y durante estos años se realizan congresos periódicamente tratando de mantener una continuidad disciplinaria (Garretón, 1989a).

En cuarto lugar, en el plano del contenido, la ausencia de paradigmas únicos u omnicomprensivos permite el desarrollo de nuevas áreas, como el estudio de comunicaciones o relaciones internacionales, por ejemplo, y la reflexión sobre temáticas como la cultura, la democracia, la renovación socialista, la modernidad, la identidad de los actores sociales y la opinión pública; todo ello desde muy diversos ángulos y con la combinación de metodologías muy diferentes. A partir de las "aperturas políticas" y las movilizaciones, en 1983-1984, empieza a proliferar el método de las encuestas de opinión pública, las que son difundidas por los medios de comunicación masiva y alcanzan un auge en los momentos del plebiscito de 1988 y las elecciones de 1989. Ello tiende a darle mayor racionalidad al debate político-ideológico y a insertar en él, desde la perspectiva profesional, a los intelectuales y científicos sociales. Por otro lado, las disciplinas mantienen un desarrollo débil en cuanto a su especificidad y no hay propiamente un debate teórico que permita su despliegue.

Orientaciones predominantes

En las universidades, la tendencia oficial es a abandonar marcos teóricos, áreas y temáticas de investigación relevantes que se consideren conflictivos para el régimen o cuyos proyectos no sean "vendibles", y a privilegiar aquellos que responden a la visión oficial, a las demandas del mercado formado por las empresas y el estado o, simplemente, que se consideren neutros.

En el campo intelectual opuesto a la dictadura, asociado al abandono en las ciencias sociales de paradigmas únicos y excluyentes, durante esta etapa hay una pérdida de especificidad disciplinaria predominando focos temáticos de investigación y teorías de alcance medio en que se combinan diversos marcos teóricos.

Hacia 1976, con la protección que dan diversas instituciones eclesiásticas e internacionales al trabajo de científicos sociales, aparece ya una primera producción académica, aunque de circuito restringido, centrada principalmente en la descripción y denuncia del modelo económico, social, ideológico y político vigente, por una parte, y en la reevaluación de los procesos sociales precedentes al régimen militar por otra, junto a una incipiente búsqueda de reformulaciones de marcos teóricos y analíticos.

Se trata de un periodo de estallido de todos los marcos analíticos previos y del desarrollo de una ciencia social orientada básicamente

a la denuncia, a través de estudios e informes que circulan entre ciertas instituciones, clandestinamente y en el extranjero, y a un primer intento de comprensión crítica de la naturaleza de la crisis vivida, aunque aún hay un tono apologético de la experiencia previa a la dictadura.

En este periodo es difícil visualizar un nuevo proyecto para las ciencias sociales como los que se dieron en las etapas de fundación y consolidación, para lo que se puede sugerir dos planos de explicación. En primer lugar, la dimensión crítico-cultural, inseparable de las ciencias sociales, es reprimida y sólo logra ser desarrollada en espacios muy reducidos. En otras palabras, el proyecto de dominación vigente trata de reducir el espacio institucional de las ciencias sociales sólo a su dimensión técnico profesional. Por otro lado, en contenidos intelectuales, el proyecto histórico del régimen militar, a diferencia del periodo democrático, no se basa conceptualmente en las diversas tradiciones de las ciencias sociales ni encuentra en ellas su contraparte. Sus conceptos fundamentales provienen o de la tradición geopolítica y disciplinas castrenses, como el concepto límite de seguridad nacional, o de la convergencia en torno a este concepto de diversos cuerpos doctrinarios que tampoco se han desarrollado con las ciencias sociales modernas. En este sentido, no hay espacio intelectual en el propio proyecto militar-civil de dominación que no sea el destinado a disciplinas que legitimen dicha dominación, como ocurre con la economía.

Posteriormente, surge un nuevo tipo de reflexión más allá de la denuncia de la dictadura y su modelo de sociedad y de la comprensión de la crisis pasada y que apunta a desentrañar la naturaleza de las transformaciones estructurales e institucionales y también, aunque en menor grado que en el periodo posterior, lo que ocurre con los actores sociales. Las técnicas son, básicamente, el estudio estadístico, las observaciones sistemáticas, las prácticas de la investigación-acción y, sobre todo, el trabajo documental. Las encuestas siguen oficialmente prohibidas. A diferencia de lo que ocurrió en la década de los sesenta y principios de los setenta, no hay el recurso a marcos teóricos omnicomprensivos, respetándose más la indagación de la realidad. Como contraparte hay un cierto rezago de la reflexión teórica propiamente tal y un retardo particular en la evolución teórico-metodológica de algunas disciplinas.

En los centros académicos independientes —CAI— el grueso de la actividad de investigación y de la producción intelectual se orienta a

la descripción, análisis e interpretación de la realidad chilena emergente a partir de 1973. Tenemos, por un lado, la revisión y rescate histórico más de largo plazo, y no sólo circunscrito al periodo 1970-1973, tanto en el nivel político global como sectorial donde destacan los estudios sobre determinados periodos políticos, el papel del estado en la economía y las políticas sociales. En segundo lugar, encontramos la búsqueda de un diagnóstico de las nuevas estructuras de la sociedad, es decir, de las transformaciones ocurridas en el país en estos años, lo que implica también un análisis de la ideología que orienta estas transformaciones y de las políticas específicas que las implementan (Lladser, 1988). El supuesto más o menos compartido de estos trabajos es el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad, caracterizada por un modelo de desarrollo, un sistema institucional y un modelo cultural que rompen bruscamente con los rasgos que caracterizaban al país durante el siglo xx. Un tercer campo de investigación tiene relación con el enfrentamiento de problemas más teóricos que surgen de los cambios que experimenta la sociedad y que lleva a una producción intelectual que, a partir de análisis empíricos, asume también un corte más especulativo. Entre ellos están los temas de la democracia, los estilos de desarrollo, la reconstitución de la sociedad civil, las relaciones entre movimientos sociales y estructuras políticas, la dialéctica mercado-estado, los modelos económicos alternativos globales y sectoriales, la redefinición de la esfera política, la reemergencia de lo cotidiano en la vida social, la revaloración de lo corporativo, los nuevos modos de inserción internacional y el impacto de la transnacionalización, la renovación del pensamiento socialista. Así, más que líneas, se trata de grandes áreas o campos de preocupación intelectual o investigación (Arrau, 1984; Baño, 1984; Brunner, 1986 y 1988, Garretón, 1982).²⁰

Tal como en el pasado la referencia metacientífica estuvo dada por los conceptos del "desarrollo" y la "revolución" o el "socialismo", el concepto límite de este periodo es la "democracia", el que por su propia naturaleza se aleja de visiones globalizantes y excluyentes. Esta referencia a la democracia tiende a redefinir el papel de los intelectuales y los científicos sociales, con vinculaciones ideológicas ligadas

²⁰ Dos compilaciones que ilustran el tipo de trabajo, para los primeros diez años de este periodo son FLACSO-Chile (1983) y para la última parte del régimen militar y el llamado periodo de transición Drake y Jaksic (1992).

más a posiciones éticas y opciones históricas que a verdades y certezas inmutables.

Profesionalización e inserción de egresados

El cierre de instituciones universitarias, la interrupción de los estudios universitarios y de las carreras, la salida al extranjero, las altas tasas de cesantía y la estigmatización de los científicos sociales, provoca una reducción fuerte del mercado ocupacional. Sólo con la creación de los centros independientes se proveerá un mercado ocupacional restringido y relativamente elitario, el que aumentará con la docencia en las nuevas universidades privadas y la proliferación de consultoras y estudios de mercado.

Hasta 1980, con la interrupción de los estudios, la expulsión y exilio de estudiantes, se produce una importante brecha intergeneracional que se va a atenuar con la formación de grado y posgrado en el extranjero. Más adelante, se empiezan a diferenciar claramente las formas de inserción social de los científicos sociales.

A diferencia del resto de las ciencias sociales, hubo una irrupción masiva de economistas en la administración pública y en la empresa privada sobre todo en el ámbito financiero. Como profesionales símbolo del modelo económico del régimen, que aparece mostrando un ilusorio éxito, los economistas alcanzan los niveles más altos de prestigio, lo que descenderá bruscamente a partir de 1981 con el fracaso del modelo económico.

Entre aquellos profesionales de las otras ciencias sociales que logran insertarse en el mercado ocupacional mientras el campo universitario se halla cerrado, se tiende a producir una acentuada jerarquización y desigualdad en el acceso a recursos y comunicación pública. Algunos científicos sociales deben destinar su tiempo al esfuerzo empresarial de construcción institucional de los centros independientes. En el ámbito de un estrecho espacio público, algunos de ellos participan en debates y publican en los medios de masas, manteniendo la continuidad de un papel de intelectual crítico. Otros se insertan en espacios como los ofrecidos por las iglesias para desde ahí realizar una descripción y análisis crítico de la situación y también vincularse a la reconstitución de organizaciones sociales. Otros juegan un papel de renovación ideológica en el seno de los partidos y organizaciones políticas. Una parte importante del tiempo se destina

a una docencia informal a estudiantes y organizaciones sociales, tanto en términos de análisis conceptual, como sobre todo de difusión de la investigación y reflexión sobre los problemas de la realidad nacional. Por último, un número pequeño logra insertarse profesionalmente en las agencias publicitarias y de *marketing*.²¹ Hacia el final del periodo, respecto de la inserción en la sociedad, es posible percibir una mayor identificación de los científicos sociales con sus intereses propios o corporativos, lo que refuerza su mayor autonomía respecto de los campos económico, político e ideológico.

Internacionalización

La internacionalización bajo el régimen militar sigue dos tendencias fundamentales: la formación en el extranjero de los científicos sociales expulsados del país, en pregrado y posgrado, y la cooperación financiera y académica con los CAI (Garretón, 1989a).

En el subperiodo que va desde mediados de los setenta hasta los primeros años de los ochenta, cabe destacar los siguientes aspectos.

Por un lado, tiende a culminar hacia fines del periodo la formación de posgrado en el exilio y una buena cantidad de científicos sociales logra ubicarse profesionalmente en el extranjero y afianzar una carrera académica y una producción intelectual que plantea el problema de comunicación entre "lo que se hace dentro y lo que se hace fuera". Por otro lado, se tiende a canalizar cada vez más recursos hacia los centros extrauniversitarios que logran financiarse sólo con recursos externos. Esta ayuda, que en un primer momento adquiere un carácter de asistencia y solidaridad, tiende a orientarse cada vez más por criterios de calidad académica y a enfocarse hacia proyectos específicos, lo que plantea el problema de la relativa inestabilidad de las bases presupuestarias institucionales. En tales centros, una buena cantidad de investigadores independientes participa en los concursos internacionales por subvenciones individuales a través de Fundación Ford, Friedrich Ebert, Servicio Universitario Mundial (WUS), Guggenheim Foundation, Social Science Research Council, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), entre otros (Stromquist, 1984).

²¹ Para ejemplos de la inserción de los sociólogos a mediados de los años ochenta, véase Brunner (1986).

Por otro lado, hubo un impacto de la internacionalización en el contenido de las ciencias sociales, el que es transmitido en gran parte por quienes regresan del exilio, así como por los frecuentes viajes a encuentros y seminarios internacionales de quienes permanecen en el país. Quizás el aspecto más importante sea que los debates en torno a la crisis de los paradigmas y, sobre todo, la crisis del marxismo, permiten que influencias de nuevas corrientes de pensamiento, parciales y menos globalizantes, sean tomadas libremente para el estudio de las realidades del país. El tipo de reflexión en torno a la no determinación estructural, la importancia de los actores sociales, la cuestión de la democracia, la dimensión cultural y del discurso²² tienen, a su vez, influencia en otros países de América Latina, donde aún se asiste a un debate propio de décadas anteriores.

Hacia finales del régimen militar, con un nuevo modelo ya conformado, se observa la paradoja de que en el momento de mayor dependencia financiera del extranjero —que sostiene a los CAI— se da el momento de mayor autonomía intelectual y de mayor creatividad local de las ciencias sociales. Si bien hay un momento en que las fundaciones parecen privilegiar la investigación orientada hacia la acción, hay un diálogo entre centros y fundaciones que permite redefinir los intereses y expectativas mutuas. Se empiezan a desarrollar además nuevas formas de colaboración internacional: intercambio de profesores visitantes, el desarrollo de programas conjuntos de posgrado y de proyectos de investigación o encuentros de trabajo sobre ciertos temas entre los centros e instituciones académicas extranjeras, la reapertura de sistemas de becas no estatales (fundaciones, universidades) para estudiantes chilenos en el extranjero más allá de problemas de emergencia, entre otros.

LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL PERIODO POSTAUTORITARIO

En 1990 se inaugura un régimen democrático, aunque incompleto y con enclaves autoritarios. Dicho panorama se hace patente en las nuevas relaciones entre estado y sociedad, en el clima cultural y es-

²² Algunos de estos temas a comienzos del periodo tienen su origen en la influencia del pensamiento europeo, que permite distanciarse del modelo marxista ortodoxo.

pecialmente en las instituciones educativas. Es un periodo en el que problemas de corto plazo que afectan al país predominarán por sobre los de largo plazo, redefiniéndose el papel mismo de la política.

La recuperación democrática de las universidades públicas no significó un cambio institucional en la educación superior. Si bien se reincorporaron en algunos casos científicos sociales desplazados por la dictadura y se abrieron oportunidades en universidades privadas como veremos, no ha habido una política sustantiva de apoyo especial a las ciencias sociales desde el estado a través de los organismos de política científica como la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT). Con el término de las dictaduras y los nuevos requerimientos del estado, el modelo de centros académicos independientes que sucedió temporalmente en América Latina y Chile al modelo fundacional de las ciencias sociales, fue perdiendo su vigencia. Ello, en parte por el regreso a la Universidad y las actividades desarrolladas en el aparato de Estado central y descentralizado, y también por el despliegue de consultoras y otros tipos de trabajos que resaltan básicamente la dimensión profesional. A diferencia de otras situaciones, en Chile el modelo universitario no se ha recuperado del embate privatizador que acarrió la desarticulación del sistema de educación superior bajo la dictadura, el deterioro de las universidades públicas y la introducción de mecanismos de mercado y de una competencia salvaje entre las universidades con desmedro de la calidad. Ello ha afectado especialmente a las ciencias sociales, a lo que se suma una política científica estatal relativamente desconocedora de la naturaleza y significación de éstas (Bravo, 1991; Courard y Frohman, 1999).

En el plano de los contenidos, a partir de la re inserción de las disciplinas en las universidades y con la incorporación de muchos sociólogos en puestos gubernamentales, la creación de nuevas carreras y de posgrados en las ciencias sociales, aparecieron nuevas temáticas tanto en la escena académica como en el debate público, especialmente vinculadas al proceso de democratización política, a las transformaciones estructurales y culturales y a la redefinición de los actores sociales, derivadas del modelo socioeconómico heredado de la dictadura y parcialmente corregido por los gobiernos democráticos desde 1990.

Respecto de los procesos de internacionalización, éste cambia su orientación. Así, disminuye drásticamente el financiamiento externo a los centros académicos independientes, sin que esto signifique que

se canalicen fondos significativos a las universidades en materia de fortalecimiento institucional. Pero, en cambio, se refuerzan los convenios para organizar estudios de posgrado con universidades extranjeras, se reinauguran los programas de becas de gobiernos y fundaciones para estudios de posgrado y se despliega el intercambio académico en materia de participación en seminarios y congresos, muchos de los cuales tienen por objeto el debate en torno al proceso socioeconómico y político vinculado a la democratización.

La problemática central de las ciencias sociales en este periodo es, por un lado, repensar su paradigma y reconstruir sus disciplinas. Por el otro, reconstruir el lugar o espacio institucional de su desarrollo.

Contexto político y socioeconómico

El año 1988 se realizó el plebiscito para determinar la continuidad de Pinochet y su régimen, en el marco de la Constitución de 1980. La oposición, organizada bajo el lema "Concertación de Partidos por el No", ganó el plebiscito. Ello originó la transición democrática, que tiene como hitos importantes el plebiscito de 1989, donde se votaron casi por unanimidad las reformas que facilitaron la elección presidencial de diciembre del mismo año y la transformación de la coalición de oposición a la dictadura en la "Concertación de Partidos por la Democracia" como coalición electoral de centro-izquierda y de futuro gobierno. Este proceso de transición culminó con la elección del primer gobierno democrático en diciembre de 1989.²³

El régimen político inaugurado en 1990, puede ser calificado como democracia incompleta (Garretón, 1999, 2003), en tanto ha habido gobiernos democráticos y vigencia de las libertades públicas, pero en un marco de enclaves autoritarios. La Constitución impuesta en 1980, salvo reformas parciales, es símbolo de ello. Los mecanismos heredados del régimen militar tienen un fuerte impacto en el actual sistema de educación superior y cualquier modificación supone un

²³ La Concertación de Partidos por la Democracia, luego de la desaparición de algunos partidos menores, está constituida por el Partido Demócrata Cristiano, en el centro, Partido por la Democracia y Partido Socialista más a la izquierda, y por un partido de centro-izquierda más pequeño, el Partido Radical. Los tres gobiernos de la Concertación han sido los de Patricio Aylwin (1990-1994), Eduardo Frei R-T (1994-2000) y Ricardo Lagos (2000-2006), los dos primeros demócrata cristianos, el tercero Socialista-Partido por la Democracia, con una identidad más social-demócrata.

cambio en el sistema electoral binominal mayoritario que le da a la primera minoría prácticamente el 50% de los escaños y un gran poder de veto, y excluye una tercera fuerza o una segunda minoría. A ello hay que agregar el papel tutorial asignado por la Constitución a las Fuerzas Armadas,²⁴ y la intangibilidad de un modelo económico que ha restringido fuertemente el papel del estado y que ha transformado por completo el panorama de actores sociales, disminuyendo su peso político tradicional. La situación de impunidad respecto de los crímenes cometidos durante la dictadura militar que prevaleció hasta la detención de Pinochet en Londres, y que tiene, en parte, su base en la ley de amnistía decretada por el propio Pinochet en 1979, ha ido cediendo paso a una justicia lenta, con significativos avances aunque aún insuficientes, lo que, junto con la recalcitrancia de los sectores civiles involucrados en las violaciones de derechos humanos, hace difícil hablar de una reconciliación efectiva. Tras catorce años de gobiernos democráticos, aún continúa una enorme concentración de medios de comunicación en manos de sectores adherentes de la dictadura, con pocos espacios para una prensa pluralista.

La derecha, por su parte, a partir de la tercera elección presidencial marca una primera distancia con Pinochet, lo que le hace subir su porcentaje de votos y, en el futuro, sus posibilidades de ganar el gobierno.²⁵ Durante todo el periodo democrático, la derecha ha mantenido su poder de veto y ha llegado a conformarse como el bloque civil político de expresión de los nostálgicos del régimen militar y de las nuevas generaciones de esa procedencia. Ha logrado, indudablemente, una capacidad de acción política más autónoma, pero sin dar "el salto" de ruptura con la herencia del autoritarismo que permita hablar de una derecha democrática en sentido estricto.

En esta situación de empate político-institucional entre las fuerzas heredadas de la dictadura y las fuerzas democráticas, son innegables los logros de los gobiernos de la Concertación: duplicación de la

²⁴ PS. Este aspecto, junto con los senadores designados y otros, fueron modificados en septiembre de 2005, aunque se mantuvo a nivel de ley orgánica constitucional el sistema electoral, clave de la institucionalidad heredada de la dictadura. En diciembre de 2005 y luego en enero de 2006 se realizaron las cuartas elecciones presidenciales del periodo democrático, triunfando nuevamente la Concertación con la candidata Michelle Bachelet que asumió en marzo de 2006 por un periodo de cuatro años.

²⁵ En las elecciones de 1999-2000 el candidato de la derecha, Joaquín Lavín, se distanció un tanto de Pinochet, con lo que aumentó su votación y sus posibilidades en el futuro de ganar una elección.

economía; recuperación de los salarios al nivel de 1970; crecimiento sostenido de un 7% en los siete primeros años; reducción drástica de la inflación; reducción en un 50% de la pobreza; reforma educacional, de la justicia y de la salud; mayor construcción de obras públicas que en todo el siglo XX; tratados económicos internacionales con los bloques regionales, entre otros. Hacia 1997, con los efectos de la crisis asiática de la economía, el clima de optimismo parece revertirse y, aunque se compensan algunos de sus efectos comparados con otros países de América Latina, se genera una distancia entre actores sociales, jóvenes y "sociedad civil" con respecto a la Concertación y las ilusiones generalizadas en torno al consumo, "la modernidad" y al papel positivo del mercado ceden espacio a un cierto escepticismo y a la crítica cultural. Durante el gobierno de Lagos, se retoma el camino del crecimiento y se profundiza la inserción de Chile en la economía globalizada, mejoran levemente los indicadores de igualdad y superación de la pobreza, las Fuerzas Armadas se distancian de su identificación con la herencia de Pinochet, todo ello sin que se produzcan, sin embargo, los cambios necesarios en la institucionalidad política legada por la dictadura militar.

Así, los tres grandes problemas no resueltos aún por la democratización política que constituyen el núcleo de los debates nacionales son, por un lado, la cuestión de la reconciliación y de la justicia respecto de la violación de los derechos humanos bajo la dictadura.²⁶ Por otro lado, la corrección del modelo económico, principalmente lo referido al papel del estado y a las desigualdades sociales. En tercer lugar, la ausencia de una institucionalidad consensuada y legitimada, especialmente en lo que respecta a la Constitución.

Institucionalización y disciplinas

El periodo postautoritario se caracteriza por la expansión y diferenciación de las instituciones de ciencias sociales universitarias, bajo el marco regulador de la enseñanza superior heredado, y sin un esfuerzo especial de los gobiernos democráticos en materia de ciencias sociales (Lagos, *et al.*, 1991).

²⁶ Los hitos de las políticas de gobierno en materia de derechos humanos, han sido, primero, la "Comisión Rettig" bajo el gobierno de Aylwin, luego la "Mesa de Diálogo" durante el gobierno de Frei y finalmente, con el presidente Lagos, "No hay mañana sin ayer" que generó la Comisión sobre Tortura y Prisión Política

La existencia de 65 universidades en el país significó un enorme aumento de la matrícula, alrededor de 320 000 en el año 2000, 70% de la educación superior, y con una creciente proporción de matrículas en universidades privadas. Las matrículas en las carreras de ciencias sociales aumentaron de 7.8% respecto del total de matrículas de educación superior en 1985, a 11.8% en 1995, 11.7% en 2000 y 12.5% en 2002 (datos del Consejo de Rectores). Desde 1996 existen cinco carreras de antropología considerando todas las universidades, ciencia política pasó de cuatro a ocho carreras en 2001 y sociología de 9 a 12. En 2003 existían seis posgrados acreditados en ciencias sociales de tipo interdisciplinario como género, estudios culturales, gestión pública y proyectos, políticas públicas, estudios latinoamericanos y un doctorado latinoamericano.²⁷

Muy pocas universidades privadas tienen un número significativo de personal docente de tiempo completo en las carreras de ciencias sociales, por lo que en general se incorpora a profesores provenientes de universidades públicas para dictar cursos, dado el muy bajo nivel de remuneración de éstas. Las becas nacionales para estudios de posgrado en el extranjero y los proyectos de CONICYT tienen una muy baja proporción de ciencias sociales.

Ello va acompañado por el debilitamiento de los CAI debido a factores como la migración de los principales académicos que animaron estos centros durante la dictadura y la transición hacia el gobierno, consultoras y en parte universidades; el desplazamiento del financiamiento internacional; la ausencia de un esfuerzo estatal en esta materia, pero también las decisiones equivocadas que tomaron los dirigentes de algunos de estos centros respecto del futuro académico de sus instituciones. Por otro lado, se da una reorientación hacia un trabajo más de ONG que de centros de investigación, lo cual está relacionado también con el regreso de científicos sociales jóvenes, las demandas sociales de actores y el surgimiento de nuevas temáticas que la democratización política dejaba de lado.

Junto con el renacer de las carreras en las disciplinas, acusando algunas de ellas una mayor realidad corporativa como la ciencia política, empiezan a aparecer las revistas especializadas. Si en la primera mitad de la década predominaron revistas de ciencias sociales o intelectuales de carácter general (ej. *Estudios Públicos*, *Mapocho*, *Propo-*

²⁷ Véase <<http://www.conicyt.cl/becas/resultados/resultados-acred.html>>.

siciones), en los últimos años la tendencia es que cada institución universitaria en ciencias sociales, disciplinaria o interdisciplinaria, publica su propia revista.

Sin embargo, hay algunos límites de fondo en la reinstitucionalización y reapropiación de las identidades disciplinarias en términos formales e institucionales. Por un lado, los enfoques, temáticas y abordajes, así como las técnicas de investigación caminan en sentido inverso y cuesta distinguir en la práctica de trabajo las especificidades disciplinarias. Hoy existen fenómenos complejos como la mundialización, la irrupción de nuevos modelos de modernidad o la redefinición de las relaciones entre lo micro y macrosocial a través de los procesos de constitución de las identidades colectivas, que redefinen el campo disciplinario. Por otro lado, hay campos que pertenecieron a las ciencias sociales y que hoy día se autonomizan y se transforman en campos autónomos, con ciclos de formación desde el pregrado hasta el posgrado como los estudios de educación, las comunicaciones, los estudios de género, los estudios culturales, la ecología, el urbanismo o las relaciones internacionales. En tercer lugar, y ello se ve especialmente al nivel del posgrado, las ciencias sociales tal como las conocemos fueron débiles en tanto ingenierías sociales, con excepción de la economía, es decir, en su capacidad de intervención.²⁸ Y hoy, desde diversos campos aparecen ciertas técnicas, ciertas ingenierías sociales con enorme debilidad de conocimientos sobre lo social, pero con gran capacidad de *marketing* y de resolver problemas concretos. Por último, carreras que antes sirvieron como base de formación universitaria general, como la sociología, han sido reemplazadas en la última década en esta función por otras como periodismo y psicología.

De este modo, pareciera estar subrepticamente cambiando, bajo el florecimiento de disciplinas variadas, el paradigma de las ciencias sociales que se basó en la univocidad de un determinado objeto para cada disciplina. Aparece así como inevitable una fase "plástica", que puede durar mucho tiempo, en que coexiste la diferenciación formal en términos de carreras y formación y la semejanza sustantiva de los trabajos de todas estas disciplinas y de las nuevas especialidades que surgen. Ello no es muy distinto a lo señalado por el Informe Gulbekian (Comisión Gulbekian, 1996) y la necesidad de "abrir las ciencias

²⁸ Para una evaluación crítica de los estudios de posgrado, Larraín (s.f.).

sociales”, obligando a pensar en nuevos paradigmas disciplinarios, donde los fenómenos sociales a los que estamos asistiendo sean replanteados combinando las formas de trabajo más clásicas con las emergentes.

Orientaciones predominantes

Al principio de este periodo existe una cierta relación de continuidad con el periodo inmediatamente precedente en materia de contenidos y orientaciones temáticas de las ciencias sociales. Como hemos indicado, ya desde mediados de los ochenta hay una producción de los centros académicos independientes y de ONG en que trabajan científicos sociales en torno a la redemocratización posible, con un enorme impacto de los trabajos en el periodo de preparación del plebiscito y en su resultado. Todos estos trabajos de diagnóstico en los diversos ámbitos de la vida social, de estudio de las transiciones, de encuestas y estudios cualitativos, de creación de un espacio de debate público, de vinculación y discusión con la clase política, así como la inserción de muchos científicos sociales en los trabajos políticos propios del plebiscito, implicaron una nueva forma de relación entre política y ciencias sociales. En ellos, la ciencia política aparece desempeñando un papel mucho más significativo que en los modelos anteriores. A su vez, la participación de la oposición en el plebiscito estaba preparada por el trabajo más ideológico realizado por los científicos sociales en la renovación del pensamiento político, especialmente lo que se llamó la “renovación socialista”. Al producirse aperturas políticas que originan la transición surge un nuevo actor típico de los fenómenos de democratización: la opinión pública. Desde mediados de la década de los ochenta, especialmente suscitados por procesos como el plebiscito, muchos de los centros independientes dedicados a la sociología y la ciencia política realizaron una amplia gama de estudios de opinión pública, contribuyendo a la racionalidad de las acciones políticas y a la predicción de resultados de procesos electorales.

Desde los inicios de los gobiernos democráticos en 1990 hasta 1997, la producción de las ciencias sociales se caracteriza por la diversificación de estudios monográficos que, partiendo del debate sobre los resultados de la democratización política, se extiende a nuevos ámbitos, pero sin una visión crítica de conjunto. A partir de esa fecha, ella se caracteriza por el retorno del debate más crítico

sobre la sociedad y la discusión en torno al carácter de la modernidad y la calidad de la democracia.²⁹

Al comienzo de este periodo, el proceso de transición o de democratización enfrentado a fenómenos de modernización e integración nacional, más que el autoritarismo, empieza a ser el contexto de estudio principal, ya sea en términos del proceso mismo o de actores o ámbitos específicos. La pregunta en el trasfondo es si estamos en presencia sólo de un cambio de régimen o si asistimos a un cambio de época y del tipo de sociedad. Así, en el comienzo de este periodo, el foco principal, especialmente para la ciencia política y la sociología, es la naturaleza de los procesos de democratización, la que parece presidir casi todos los análisis de fenómenos más específicos. La discusión generalizada en estas disciplinas sobre democratización en otros contextos histórico-geográficos es aplicada al caso chileno, a partir de algunas evaluaciones de las transformaciones ocurridas durante el régimen militar y de las primeras evaluaciones de la transición chilena y del nuevo régimen democrático. Asimismo, a la luz del proceso de democratización política se hacen esfuerzos aún incipientes de debate plural sobre lo que fueron los antecedentes y causas del derrumbe democrático en 1973. Todo lo anterior explica que, a diferencia de la década anterior, haya una menor reflexión sobre las disciplinas mismas y sobre las ciencias sociales y también que la preocupación mayor sea sobre el uso que la sociedad hace del conocimiento de las ciencias sociales.

Sin embargo, el fenómeno de la democratización no agota el estudio de la sociedad en sus dimensiones de dominación. De ahí que, en un momento relativamente consensual, la sociología y las ciencias sociales vuelven también su mirada hacia el fenómeno de la dominación y la resistencia a ella. Por un lado, el estudio de la exclusión y el sometimiento y de las luchas de los sectores afectados reencuentra una dimensión histórica. Con relación a estos temas de exclusión, dominación y luchas contra ellas hay otras dos líneas de estudio, una es la que profundiza el análisis de los sectores o grupos a los que la democratización social llega con rezagos o destaca el

²⁹ Ejemplos del tipo de trabajos entre 1990 y 1997 a los que nos referiremos, con un completo estado del arte de la producción en las tres disciplinas puede encontrarse en *Handbook of Latin American Studies* (1991, 1993, 1997). Las referencias para

carácter testimonial del actor estudiado, la otra se refiere más bien a las políticas desde el Estado y la sociedad civil contra la pobreza y las exclusiones.

Por otro lado, el énfasis en los procesos de democratización no puede separarse del impacto que produjo en la sociedad chilena el régimen militar. Llama la atención, sin embargo, que en la fase que va hasta 1997, los legados del régimen militar dejan de ser objetos de investigación y debate con relación al carácter que toma el proceso de democratización. Hay muy pocos trabajos que liguen ambos aspectos, ello quizá por la influencia de la política general de los primeros gobiernos de la Concertación que buscaban privilegiar lo que se llamó, equivocadamente, la "democracia de los acuerdos". De ahí que el aspecto principal de los análisis sobre el periodo militar destaquen los efectos del modelo neoliberal que desde la economía intentó refundar las relaciones entre estado y sociedad civil, contribuyendo muchas veces al mito de una dictadura que, aunque represiva y violenta, habría sido modernizadora y creado las bases del futuro crecimiento económico, lo que estudios recientes prueban como carente de toda base empírica, debiéndose el proceso modernizador precisamente a la democratización posterior a la dictadura (Ffrench-Davis, 1999).

También se ha estudiado el régimen militar en otros ámbitos más específicos, como la violación de los derechos humanos; así como lo que ocurrió con los actores sociales, el sector agrario y el aparato de estado a nivel central y local o descentralizado. El tema del estado, como agente de unidad nacional, de desarrollo y modernización, y también de dominación, aparece en un lugar privilegiado cuando se habla de épocas de cambio de régimen político y también de transformación social a través de procesos de modernización. Por un lado, hay una reflexión sobre la dimensión histórica del estado chileno y sus relaciones con la sociedad; por el otro, se analizan las transformaciones del estado en el marco de un nuevo tipo de economía al que el estado debe adaptarse o con un énfasis especial en los procesos de descentralización y en las dimensiones de eficiencia. Por ello, el tema específico de transformación del estado, sin embargo, tiene un desarrollo sociológico aún incipiente.

Por otra parte, en una sociedad en que el cambio no se reduce a la dimensión de régimen, los estudios sobre la cultura cobran un interés creciente. va sea a través de la discusión general del sentido

de las transformaciones culturales, ya sea a través del estudio de la cultura popular, de sus identidades y expresiones religiosas, ya sea con relación al impacto de los medios de comunicación.

En síntesis, la producción de las ciencias sociales en el periodo postautoritario, presenta dos características principales. Primera, aunque con modificaciones después de 1997, hay un cambio desde estudios o ensayos más globales e interpretativos sobre la sociedad, hacia estudios empíricos más monográficos y sectoriales, con una atención especial a las dimensiones metodológicas y técnicas tanto de la recolección de datos como de su análisis. Segunda, cuando se hace referencia a procesos más globales, el análisis tiende a referirse a cinco áreas diferentes: la construcción de la democracia política, donde el problema ahora es más la calidad y relevancia de la democracia que el establecimiento o la consolidación de instituciones democráticas; la democratización social concebida como la superación de las desigualdades y de la extrema pobreza; los efectos de los ajustes económicos estructurales, la transición hacia un nuevo modelo de desarrollo y la transformación de los actores sociales, finalmente, el debate en torno al modelo de modernidad, esto es, las relaciones entre globalización e identidades nacionales. De acuerdo con las características institucionales que presentamos más arriba, los trabajos más importantes en estas distintas áreas suelen ser compilaciones o trabajos colectivos más que el producto de una sola investigación (Garretón y Mella, 1995; Tolosa y Lahera, 1998).

Como resultado hay muy buenos estudios especializados que proveen una sólida base de datos y que tienden a orientarse a la elaboración o evaluación de políticas públicas. Algunas, como las transformaciones rurales, fueron estudiadas en el pasado y ahora son reconsideradas; otras fueron poco consideradas en el pasado y ahora atraen la atención de los científicos sociales, por ejemplo, género, descentralización y medio ambiente.

En el plano del debate social quizá los trabajos de mayor influencia, especialmente de ciencia política, sociología y psicología social, son los producidos mediante encuestas socioeconómicas y de opinión pública y los *focus groups* y grupos de discusión. Respecto de las encuestas de opinión, éstas se han transformado en el principal material para el análisis de comportamientos culturales y políticos motivando debates tanto metodológicos, como sobre la conformación de nuevas tendencias que podrían llevar a constituir una nueva cul-

tura política.³⁰ De ahí que no es de extrañar que cada tendencia política cuenta con sus respectivos centros especializados en este tipo de investigaciones.

El clima muy propio del optimismo reinante hasta 1997, se revierte con la aparición de ciertos trabajos (Moulián, 1998; PNUD, 1998, 2002) que inician una línea apenas esbozada en la fase anterior de cuestionamiento más general de la sociedad y sus proyectos. Hay casos en los que se vuelve a una visión totalizante que no deja otra salida que el testimonialismo radical y profético. En respuesta a esta visión crítica surgen obras más apologéticas (Tironi, 1999) que ponen el acento en las ventajas de la modernización. Con todo, hay ciertos trabajos más equilibrados respecto del balance de los procesos de modernización y democratización en el marco de la globalización (Hopenhayn, 1995; Garretón, 2000). Hay, asimismo, la presencia de importantes obras hechas desde una perspectiva estrictamente disciplinaria, en Ciencia Política (por ejemplo, Huneeus, 2001); en Sociología (ej. Larraín, 2001); en Antropología (ej. Montecino, 1991).

Frente a la ausencia de "el" tema de discusión o teorías globalizantes —como ocurría en el pasado— encontramos ahora diferentes procesos segmentados que exigen muchas y particulares aproximaciones teóricas, metodológicas y profesionales. Sin embargo, hay un fenómeno más profundo que se insinúa desde la época de la dictadura, pero que la trasciende. Las ciencias sociales y la reflexión más general sobre la sociedad dejan de tener una teoría crítica de la sociedad en su conjunto que sea a la vez desciframiento de sus tendencias y proyección de la sociedad deseable. Es lo que antes se asumía como la función intelectual de las ciencias sociales. La brutalidad y aberración de la dictadura misma y la voracidad del modelo económico que se empieza a implantar en esa época hicieron tan evidente la crítica global a la sociedad, que ocultaron otras transformaciones que van a dejar obsoletas o al menos reducidas a la parcialidad las clásicas teorías críticas de la sociedad moderna, industrial o capitalista. Para las nuevas formas de dominación, opresión o alienación de la vida social e individual, vinculadas en parte importante a los pro-

³⁰ Las encuestas de opinión pública más sistemáticas son las del CERC (Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea), Centro de Estudios Públicos (CEP) y Latino-barómetro.

cesos de globalización, no existe ya una teoría que dé cuenta en conjunto de ellas y que provea los sujetos y medios de superarla en una síntesis utópica. La sociedad aparece desgajada o fragmentada en diversas esferas en que la idea de totalidad, inseparable de la dimensión intelectual crítica, parece haber desaparecido. Ya no parece haber una esfera de la sociedad, un poder central, que ordena al conjunto de ella o que determina las otras esferas, con lo que cada crítica aparece como parcial, permitiendo sólo cambios graduales y mínimos. De modo que el análisis crítico tiende a confundirse con la descripción de lo que ocurre al nivel de las conductas, interacciones, estructuras, organizacionales e instituciones, evaluando sus distorsiones y proponiendo mejorar su eficiencia y gestión. Por su lado, la crítica profética tiende a confundirse con la denuncia apocalíptica y nostálgica. Ello se acompaña de la reducción de espacios en que se constituya la dimensión intelectual crítica y se produzca el debate indispensable para ello.

Profesionalización e inserción de egresados

Los campos de reclutamiento de las ciencias sociales se diversifican y expanden: las ONG más de acción que de investigación, las organizaciones del estado, las municipalidades, los organismos de estudio de mercado y consultoras de comunicaciones, las Universidades para tareas de docencia y, en menor medida, para la investigación.

El rasgo principal en el campo profesional es que hoy día hay una multiplicidad de oficios y tecnologías sociales: los científicos sociales hacen cosas muy distintas como diagnósticos socioeconómicos, dirección y evaluación de proyectos, asesorías comunicacionales, estudios de opinión y mercado, estudios científicos cuantitativos y cualitativos muchas veces ignorándose entre sí, planificación sectorial, desarrollo local y organizacional, etc. Así, para el caso de la sociología, hay que llamarle sociología al conjunto de prácticas intelectuales, científicas y profesionales que los sociólogos realizan. Con la antropología se da algo parecido excepto en cierto campos bien específicos de la investigación universitaria. Esto significa que el campo profesional mismo está en reconstitución, y que en él se realizan antiguas prácticas, con otros sentidos y otras bases de conocimiento, pero también aparecen prácticas nuevas en las que se insertan saberes que llamamos ciencias sociales.

Nuestra hipótesis básica aquí es que estamos en presencia de un nuevo tipo de profesionalización. La profesionalización en ciencias sociales desde la formación de las primeras generaciones incluida la época del predominio de los CAI, se basó en la unidad, siempre problemática y contradictoria, es decir unidad y tensión interna, entre las dimensiones intelectual, científica y profesional, con diversos contenidos y peso entre ellas, según los momentos. Así, la idea predominante era que la profesión de sociólogo o antropólogo se basaba en una ciencia que tenía una función de comprensión de las contradicciones de la sociedad y que, a la vez, acompañaba la lucha de los actores sociales. Esta unidad ha estallado en sus diversos componentes y podría estar en curso la reconstitución de una nueva unidad. Hoy día, los componentes intelectual (análisis ideológico-teórico-crítico), profesional (académico), y científico (investigador) dan origen por separado a diversos tipos de científicos sociales. Y ello, evidentemente permite una creciente expansión, en la medida en que si un mercado se restringe (académico), se mantienen las oportunidades en los otros, por ejemplo, a través de proyectos sociales, políticas públicas, consultorías y asesorías.

Internacionalización

Los procesos de internacionalización también se han redefinido. Por un lado ha disminuido drásticamente el financiamiento a los CAI y tampoco se canalizan fondos significativos a las universidades para fortalecimiento institucional de las ciencias sociales. Los fondos internacionales tienden a privilegiar las ONG y las temáticas de la sociedad civil, juventud y mujeres, donde la investigación es muy reducida. Las fundaciones, por su parte, intentan un equilibrio entre la investigación y la acción, a través de temas como la ciudadanía o las memorias históricas. Por otro lado, se refuerzan los convenios y acuerdos institucionales para organizar estudios de posgrado con universidades extranjeras (Bravo, 1991; Courard y Frohman, 1999; Garretón, 1998, 2000),³¹ así como se reinauguran los programas de becas de gobiernos y fundaciones para estudios de posgrado en el extranjero.

³¹ Por ejemplo, el doctorado de Estudios Latinoamericanos de la Universidad ARCS en convenio con universidades francesas.

Si alguna influencia externa se hace predominante, y éste es un cambio mayor al menos en el campo de la sociología, es la europea. Ello es menos cierto en el caso de la ciencia política, pero el modelo referencial ya no es exclusivamente el norteamericano.

Por último, puede indicarse que vuelve a aparecer lo latinoamericano como objeto de investigación y como referencia para el trabajo intelectual, prácticamente en todos los ámbitos. El impacto del neoliberalismo y la globalización, de los procesos de democratización, de nuevas formas de integración económica, del movimiento étnico, de las cuestiones de ciudadanía y género, van en esta línea de reforzamiento de las temáticas comunes al conjunto de Latinoamérica, lo que se expresa en las publicaciones, intercambios de profesores, seminarios y encuentros. Con el desarrollo del Mercosur parecen abrirse más posibilidades de intercambios y de estudios comparados.

CONCLUSIÓN ¿UN NUEVO MODELO DE CIENCIAS SOCIALES?

Hemos mostrado que el desarrollo de las ciencias sociales en Chile, tanto en lo que se refiere a su institucionalización y profesionalización como a sus contenidos y temáticas, o a su internacionalización, está asociado a los procesos socioeconómicos, culturales y, sobre todo, políticos. En un primer momento, este contexto actuó como clima o espíritu de la época con una relativa autonomía de las disciplinas, predominantemente la sociología. Al terminar el periodo fundacional, en una fase de expansión, se produce una identificación mayor entre procesos políticos y desarrollo científico-social en las dimensiones mencionadas. Bajo la dictadura, las ciencias sociales se desarrollan al margen de las universidades en una situación nacional e internacional de rechazo al contexto dominante. Pero en ambos momentos se da la triple asociación entre las dimensiones profesional, intelectual y científica de cada disciplina y del conjunto de ellas.

Hoy parece haber una disociación entre los componentes de lo que podríamos llamar la comunidad de científicos sociales, los profesionales del ámbito de las ciencias sociales, las instituciones y los ejes temáticos. El escenario original de dicha comunidad, la universidad, enfrenta problemas serios de proyecto para el desarrollo de la visión científico-crítica y los otros escenarios, como las consultorías,

las ONG, el estado mismo, los centros académicos independientes de tanta importancia en el pasado, se desarrollan con lógicas distintas a la unidad de estas tres dimensiones

Las ciencias sociales que conocimos se movieron en dos espacios. Uno es el espacio intelectual de la sociedad-nación, el país, como objeto de estudio, y éste aparece estallado por la globalización. El otro es el espacio institucional donde las ciencias sociales se constituyeron y desarrollaron: las universidades, especialmente las públicas, cuestionado hoy por los mercados y formas institucionales que destacan sólo los aspectos instrumentales de las disciplinas. En este contexto, la pregunta que surge es si estamos ante la formulación de un nuevo modelo de ciencias sociales, que no sea la edición corregida del que se ha heredado (Bravo, 1991; Courard y Frohman, 1999; Garretón, 1998, 2000).

Lo cierto es que, junto a la expansión de carreras y estudiantes así como a la presencia y diversificación de las ciencias sociales en el debate público, se plantea una gran interrogante sobre la especificidad disciplinaria y profesional. El campo de las ciencias sociales en sus tres dimensiones intelectual, científico y profesional aparece estallado. Se trata entonces de reconstruir un nuevo paradigma en las ciencias sociales donde de algún modo lo económico, lo cultural, lo político y lo psico-social puedan ser analizados en un determinado espacio, a la vez teórico e institucional, considerando tanto su autonomía como su condicionamiento mutuo.

ANEXOS

CUADRO 1. PANORAMA POLÍTICO-INSTITUCIONAL SEGÚN PERIODO DE INSTITUCIONALIZACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

<i>Periodo</i>	<i>Fundacional 1950-1973</i>	<i>Ruptura 1973-1989</i>	<i>Postautoritarismo 1990-2003</i>
<i>Régimen político y su evolución</i>	Presidencial democrático, basado en la Constitución política de 1925, con lenta gradualidad de inclusión electoral.	Dictadura militar Imposición. Constitución política 1980 y modelo neoliberal. Descentralización y privatización con visión geopolítica del poder.	Régimen presidencial, proceso de democratización incompleta. Presencia de enclaves institucionales autoritarios. Sistema electoral binominal que sobrerrepresenta a la derecha. Inicialmente poder de veto militar.
<i>Tipo y consistencia del sistema de partidos</i>	Espectro completo de partidos de derecha a izquierda. 1952-1958: Intento de destrucción sistema partidario (Ibáñez). Ley electoral 1958 permite consolidación y expansión sistema partidario reflejado en elección 1964. Radicalización y polarización (1967 en adelante).	Eliminación de registros electorales y proscripción de partidos políticos. Reemergencia de partidos políticos de centro e izquierda de oposición y creación de nuevos partidos de derecha. A partir de 1987 existencia de coaliciones políticas contra (centro-izquierda) o a favor (derecha) de la dictadura.	Creación de grandes coaliciones de partidos. Concertación de partidos por la democracia (centro izquierda). Alianza por Chile (centro derecha y derecha más conservadora predominante). Partidos de izquierda (Comunistas, etc.) sin representación parlamentaria.

<i>Periodo</i>	<i>Fundacional 1950-1973</i>	<i>Ruptura 1973-1989</i>	<i>Postautoritarismo 1990-2003</i>
<i>Contexto socio-económico</i>	Modelo desarrollo hacia adentro basado en industrialización sustitutiva de importaciones. Creciente movilidad de actores sociales. Reforma agraria desde 1965. Nacionalizaciones y "vía chilena al socialismo" (1970-1973).	Modelo neoliberal. Proceso radical de privatizaciones y desregulación. Gran crisis económica 1982-1983. Creciente pobreza y desigualdades.	Intento de modelo de economía social de mercado, con correcciones de políticas contra la pobreza y papel del estado.
<i>Papel histórico del estado</i>	Estado benefactor. Y reformista. Agente principal en desarrollo económico social y referente de la acción social.	Reducción sustantiva de su papel en el desarrollo. Papel principal de represión y control. Políticas focalizadas reducidas.	Estado regulador. Papel activo en la globalización, infraestructura y políticas sociales.

CUADRO 2. INSTITUCIONALIZACIÓN E INTERNACIONALIZACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES SEGÚN PERIODO DE INSTITUCIONALIZACIÓN

<i>Periodo</i>	<i>Fundacional 1950-1973</i>	<i>Ruptura 1973-1989</i>	<i>Postautoritarismo 1990-2003</i>
<i>Contexto socio-político y cultural</i>	Modelo de desarrollo "hacia adentro", basado en la industrialización sustitutiva de importaciones. Régimen político-democrático estable. Gradual democratización social progresiva pero segmentada.	Dictadura militar. Imposición Constitución Política 1980. Modelo neoliberal. Descentralización y privatización con visión geopolítica del poder. Intento de eliminar y desarticular la movilización y or-	Régimen presidencial, proceso de democratización incompleta. Presencia de enclaves institucionales autoritarios; Sistema electoral binominal no representativo, clima de impuni-

<i>Periodo</i>	<i>Fundacional 1950-1973</i>	<i>Ruptura 1973-1989</i>	<i>Postautoritarismo 1990-2003</i>
	Creciente movilización de actores político-sociales dotados de identidad ideológica y orgánica. Ideología proclive a los cambios sociales. Papel del estado como motor del desarrollo económico y como referente de la acción colectiva. Papel del sistema partidario en la conformación de actores y orientaciones. Polarización y radicalización desde mediados de los sesenta.	ganización social previa. Uso intenso y extendido de la represión a individuos y organizaciones. Instauración. Permanente "estado de emergencia".	dad (decreciente a partir de 1997) para los crímenes cometidos por la dictadura. Mecanismos heredados del régimen militar tienen un fuerte impacto en el actual sistema de educación superior. La prensa independiente es mínima frente a la concentración de los medios de comunicación. Desde 1990, tres gobiernos de coalición de centro-izquierda, con correcciones al modelo socioeconómico heredado, especialmente políticas sociales.
<i>Institucionalización de disciplinas</i>	Creación de institutos y escuelas de sociología y antropología en las principales universidades desde mediados de los cincuenta. Ciencia política sólo en una universidad en 1970. Centros interdisciplinarios en varias universidades desde mediados de los sesenta.	Desarticulación del modelo previo y lucha por la sobrevivencia. Intervención militar en las universidades, reducción cuantitativa y cualitativa especialmente en sociología y antropología. Exilio. Reconstrucción fuera de las universidades de centros independientes (CAI) desde 1976. Alguna presencia de	Reformulación del modelo ciencias sociales. Expansión y diferenciación de instituciones de ciencias sociales universitarias, bajo el marco regulador de la enseñanza superior heredado de la dictadura y sin un esfuerzo especial de los gobiernos democráticos en materia de cien

<i>Periodo</i>	<i>Fundacional 1950-1973</i>	<i>Ruptura 1973-1989</i>	<i>Postautoritarismo 1990-2003</i>
		las ciencias sociales en la docencia en nuevas universidades privadas.	cias sociales. Debilitamiento de los Centros Académicos Independientes, ahora con carácter de ONG. Apertura de ciclos de formación en pre y posgrado (magister): en todas las ciencias sociales y posgrados en áreas interdisciplinarias como educación, comunicaciones, género, cultura, ecología, urbanismo, relaciones internacionales.
<i>Profesionalización y mercado de trabajo</i>	Mercado ocupacional en expansión relativa. Empresas: economistas. Estado: economistas y sociólogos. Universidades: economistas, sociólogos, antropólogos, historiadores. Organizaciones sindicales, campesinas, Iglesia, etc: sociólogos.	Cierre de instituciones universitarias, interrupción de carreras, exilio, altas tasas de cesantía, estigmatización de los científicos sociales causa salida del mercado ocupacional. Centros Independientes y docencia en Universidades privadas, Iglesias, publicidad y marketing.	Diversificación y expansión. Nuevo tipo de profesionalización. Mercado laboral: ONG, instancias de gobierno nacional, regional y local, organismos de estudios de mercado, consultoras de comunicaciones, universidades para tareas de docencia y en menor medida de investigación.
<i>Contenidos y orientaciones</i>	Proyecto Científico-Profesional y proyecto Científico-Intelectual. En las escuelas predo-	Producción intelectual fuera de las universidades. No hay paradigmas únicos y excluyen-	Transición, democratización, modernización e integración nacional como ob-

<i>Periodo</i>	<i>Fundacional 1950-1973</i>	<i>Ruptura 1973-1989</i>	<i>Postautoritarismo 1990-2003</i>
	minan los modelos, estructurales y funcionalismo parsoniano. En los Centros, al esquema del dualismo estructural se agregan el del desarrollo-subdesarrollo y el de la marginalidad. Enfoques integrados a problemas nacionales: desarrollo, agricultura, educación, planificación regional, etc. También análisis globales de la sociedad: reformas estructurales, modernización, vías no capitalistas de desarrollo, etc. (académicos y profesionales). Desde mediados de los sesenta, predominio del marxismo estructuralista y enfoques de la dependencia y clases sociales.	tes. La producción académica restringida, describe y, hasta mediados de los ochenta, principalmente denuncia el modelo económico, social, ideológico y político vigente. Reevaluación de los procesos sociales precedentes al régimen militar y nuevos temas como estado, democracia, renovación de la política y el socialismo. Incipiente búsqueda de reformulación de marcos teóricos y analíticos. Reflexión orientada a comprender la naturaleza de las transformaciones estructurales e institucionales. Estudio de actores sociales. Técnicas: estudio estadístico, observaciones sistemáticas, investigación-acción, trabajo documental. Encuestas prohibidas hasta mediados de los ochenta y luego	jeto principal de estudio. Fenómenos de dominación y resistencia; temas de exclusión, políticas públicas, sociedad civil. Un nuevo actor: la opinión pública. La cuestión básica es si estamos en presencia de un cambio de régimen o de época y del tipo de sociedad. Menos reflexión sobre las disciplinas y más sobre el uso que la sociedad hace del conocimiento de las ciencias sociales.

Periodo	Fundacional 1950-1973	Ruptura 1973-1989	Postautoritarismo 1990-2003
		despliegue junto con <i>focus groups</i> .	
Internacionalización	Instituciones internacionales dedicadas a las ciencias sociales (División Asuntos Sociales-CEPAL, FLACSO, Escolatina). Apoyo externo a la formación de fundación de centros, escuelas e institutos que posibilitan la institucionalización de las disciplinas, con el intercambio para la formación académica. Subvenciones institucionales, formación de posgrados en el extranjero.	Formación en el extranjero de científicos sociales expulsados del país a nivel de grado y posgrado. Cooperación financiera y académica con los CAI, alternativos a las universidades. Papel crucial de la cooperación de gobiernos y fundaciones privadas extranjeras, redes internacionales.	Redefinición. Por un lado, reducción del financiamiento a los centros académicos independientes y de fondos significativos a las universidades para fortalecimiento institucional. Por otro, reforzamiento de convenios para estudios de posgrado con universidades extranjeras; reinauguración de programas de becas de gobiernos y fundaciones para estudios de posgrado. Importancia de estudios latinoamericanos comparados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahumada, J. (1958), *En vez de la miseria*, Santiago, Editorial del Pacífico.
- Arnold, M. (1990), *La antropología social en Chile. Producciones y representaciones*, Santiago, Escuela de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Arrau, A. (1984), *La sociología en Chile: Antecedentes, problemas y perspectivas. Materiales para la discusión*, vol. I: *Primer Congreso Chileno de Sociología*, Santiago, Colegio de Sociólogos AG.
- Atria, R., M. J. Lemaitre (1983), "El desarrollo de la sociología en Chile", en Corporación de Promoción Universitaria, *Las ciencias sociales y del comportamiento en Chile. Análisis de siete disciplinas en Chile*, pp. 27-41, Santiago, Corporación de Promoción Universitaria.
- Baño, R. (1984), "Nuevos estilos y nuevos temas en los análisis de las ciencias sociales en la última década", FLACSO-Chile, Material de discusión núm. 60.
- Barrios, A., J.J. Brunner (1986), *La sociología en Chile: instituciones y prácticas*, Santiago, FLACSO.
- Bengoá, J. (1997), "La antropología en Chile", en "La trayectoria de la antropología en Chile", Santiago, Universidad Academia de Humanismo Cristiano (Apuntes de clase, manuscrito).
- Berdichewsky, B. (1998), "Notas críticas en torno a la historia de la antropología", en Actas del Tercer Congreso Chileno de Antropología.
- Bravo, G. (1991), "Las ciencias sociales y la FLACSO en el post-autoritarismo: algunos desafíos teóricos e institucionales" (Notas de Discusión, manuscrito).
- Briones, G. (1970), *Métodos y técnicas de investigación para las ciencias sociales*, Buenos Aires, Paidós.
- Brunner, J.J. (1985), "La participación de los centros privados en el desarrollo de las ciencias sociales", Santiago, FLACSO (Documento de Trabajo núm. 257).
- (1986), "Las ciencias sociales en Chile, Institución política y mercado en el caso de la sociología", Santiago, FLACSO (Documento de trabajo núm. 35).
- (1988), *El caso de la sociología en Chile. Formación de una disciplina*, Santiago, FLACSO.
- Brunner, J.J., A. Barrios (1988), *Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*, Santiago, FLACSO.
- CEPAL (1965), *El desarrollo social de América Latina en la post-guerra*, Santiago, CEPAL.
- Comisión Gulbenkian (1996), *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI.
- Courard, H., A. Frohman (1999), *Universidad y ciencias sociales en Chile, 1990-1995*, Santiago, Nueva Serie Flacso.
- Dahse, F. (1978), *El mapa de la extrema riqueza*, Santiago, Editorial Aconcagua.
- Drale, P.W. e I. Jaksic (1992), *The Struggle for Democracy in Chile, 1982-1990*, Latin American Studies, Nebraska, University of Nebraska Press.

- Faletto, E. y F.H. Cardoso (1968), *Dependencia y desarrollo*, México, Siglo XXI.
- Fernández, M. de los Ángeles (1997), "Los meandros de un saber. Sobre el origen, desarrollo y perspectivas de la ciencia política en Chile", tesis de maestría presentada al Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile.
- Ffrench-Davis, R. (1999), *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad. Tres décadas de política económica en Chile*, Santiago, Dolmen.
- FLACSO-Chile (1983), *Chile 1973-?*, Santiago, Ediciones FLACSO-Chile.
- Garbulsky, E. (1998), "La antropología en la Universidad de Concepción: (1967-1973). Apuntes de un participante", en *Actas del Tercer Congreso de Antropología*, Santiago.
- Garretón, M.A. (1978), "Proyecto científico social y proyecto sociopolítico: esquema para una revisión crítica de la sociología en Chile", *Revista Ensayos* 1: pp 43-63.
- (1982), *Las ciencias sociales en Chile. Situación problemas y perspectivas*, Santiago, Ed. Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- (1989a), "La evolución de las ciencias sociales en Chile y su internacionalización. Una síntesis", Santiago, FLACSO (Documento de trabajo núm. 432).
- (1989b), *The Chilean Political Process*, Nueva York, Unwin and Hyman.
- (1997), "What society? What sociology? The Chilean post-democratization debate", *Contemporary Sociology* 26 (5): pp. 576-579.
- (1998), "La Triple problemática intelectual, científica y profesional en la sociología de hoy", *Némesis, Revista de estudiantes de sociología de la Universidad de Chile* 1: pp. 25-31.
- (2000), *La sociedad en que vivi(re)mos*, Santiago, Ed. LOM.
- (2003), *Incomplete Democracy*, Chapel Hill, NC, North Carolina University Press.
- Garretón, M.A. y O. Mella, eds. (1995), *Dimensiones actuales de la sociología*, Santiago, Bravo y Allende Editores.
- Germani, G. (1964), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- Godoy, H. (1960), "El ensayo social en Chile", *Anales de la Universidad de Chile*, diciembre.
- (1967), "La sociología en Chile", *Anuario de sociología de los pueblos ibéricos*, vol. II, Madrid.
- ed. (1971), *Estructura social de Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico.
- (1974), "El desarrollo de la sociología en Chile. Resumen crítico e interpretativo de su desenvolvimiento entre 1950 y 1973", Ponencia presentada al XI Congreso Latinoamericano de Sociología, San José de Costa Rica.
- Hamuy, E. (1961), *El problema educacional del pueblo de Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico.
- Handbook of Latin American Studies (1991), Volume 51, United States of America Library of Congress University of Texas Press

- Handbook of Latin American Studies (1993), Volume 53, United States of America, Library of Congress, University of Texas Press.
- Handbook of Latin American Studies (1997), Volume 55, United States of America, Library of Congress, University of Texas Press.
- Harnecker, M. (1970), *Los conceptos fundamentales del materialismo histórico*, México, Siglo XXI.
- Heintz, P. (1960a), *Curso de sociología. Algunos sistemas de hipótesis*, Santiago, FLACSO.
- (1960b), *Sociología del poder*, Santiago, FLACSO.
- Hopenhayn, M. (1995), *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*, Santiago, Fondo de Cultura Económica.
- Horowitz, I.L., ed. (1967), *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship Between Social Science and Practical Politics*, Cambridge, MA, The MIT Press).
- Hunceus, C. (2001), *El régimen de Pinochet*, Santiago, Editorial Sudamericana.
- Lagos, R., N. Lechner, G. Rosenthal (1991), *Las ciencias sociales en el proceso de democratización*, Santiago, FLACSO.
- Larrain, J. (2001), *Identidad chilena*, Santiago, Editorial LOM.
- (n.d.), "Los estudios de postgrado en ciencias sociales en Chile: algunas consideraciones críticas", manuscrito.
- Lechner, N. (1990), "Las condiciones políticas de la ciencia política en Chile", Santiago, FLACSO (Documento de trabajo núm. 453).
- Lladser, M. T. (1988), "La investigación en ciencias sociales en Chile: su desarrollo en los centros privados. 1973-1988", en *Taller de Cooperación al Desarrollo. Una puerta que se abre. Los Organismos No Gubernamentales en la Cooperación al Desarrollo*, Santiago.
- Montecino, S. (1991), *Madres y huachos. Alegorías de un mestizaje*, Santiago, Editorial Cuarto Propio.
- Moulián, T. (1998), *Chile: Anatomía de un mito*, Santiago, Editorial LOM.
- Orellana, M. (1988), "La reforma de la Universidad de Chile y la institucionalización de las ciencias antropológicas (1967-1971)", Santiago, Corporación de promoción universitaria (CPU). Documento de trabajo núm. 11/88.
- Pinto, A. (1953), *Chile: un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Editorial Universitaria [3a. edición].
- PNUD (1998), "Paradojas de la modernidad", *Informes de desarrollo humano en Chile*. Santiago, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo-PNUD.
- PNUD (2002), "Nosotros los chilenos. Informe de desarrollo humano en Chile", Santiago, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo-PNUD.
- Sepúlveda, A. (1996), "El desarrollo de la ciencia política en Chile", *Política* 34 (Instituto de Ciencia Política, Universidad de Chile).
- Silvery y J.P. Mery (1975), "Las Universidades chilenas y la intervención militar", vol. I, mimeo.

- Stromquist, N.P. (1984), "The Role of Donor Agencies in the Legitimation of Knowledge: a View from within", ponencias presentadas en el 5th World Congress of Comparative Education.
- Tironi, E. (1999), *La irrupción de las masas y el malestar de las élites. Chile en el cambio de siglo*, Santiago. Grijalbo.
- Tolosa, C. y E. Lahera (1998), *Chile en los noventa*, Santiago, Editorial Dolmen.
- Touraine, A. et al. (1966), *Lota y Huachipato*, París, Centre National de la Recherche Scientifique.
- Varios autores (1970), *Chile hoy*, México, Siglo XXI.
- Vasconi, T. (1996), *Las ciencias sociales en América del Sur y Chile. 1960-1990*, Working Paper Centro de Investigaciones Sociales, Universidad ARCIS.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN MÉXICO

JOSÉ LUIS REYNA

1. INTRODUCCIÓN

La emergencia de las ciencias sociales en México, tal como las conocemos y ejercemos hoy en día, tienen una profunda raíz en dos disciplinas cuyo desarrollo se asoció con los procesos sociales del país: la antropología y la historia. No es fortuito que estas dos disciplinas sean la matriz de la que se desprenderían, con el tiempo, la sociología y la ciencia política, entre otras ramas del conocimiento. La antropología, por un lado, fue la simiente académica a través de la cual hemos conocido muchos de nuestros rasgos prehispánicos los que, desde un punto de vista cultural, definen en gran medida nuestra identidad nacional. La historia, por su parte, fue una disciplina que se cultivó poco tiempo después de la llegada de los españoles y los diferentes relatos, algunos de los que se mencionarán más adelante, nos dejan un legado que nos permite conocer con profundidad la trayectoria de este país, desde la colonia hasta la actualidad. Estas dos áreas de conocimiento tienen un recorrido paralelo con nuestra trayectoria como nación.

El desarrollo de las ciencias sociales en México, sobre todo cuando entró en su etapa de institucionalización tiene una estrecha relación con el poder político. En otras palabras, el estado mexicano es uno de los pivotes que permiten el desenvolvimiento institucional de las diversas ciencias, tanto las llamadas duras como las denominadas "blandas". La premisa básica de este trabajo es que, sin el apoyo del estado, el proceso de institucionalización de la ciencia en México hubiera sido casi imposible. Con base en esta hipótesis se intentará hacer un análisis de cómo fue la emergencia institucional, en particular de la sociología, la ciencia política y la antropología, durante un periodo que abarca más de ochenta años. Como consecuencia de lo anterior, es necesario hacer un poco de historia y, a la vez, desme-

nuzar los rasgos de esa relación entre el aparato estatal y las diversas instituciones que fueron emergiendo en el transcurso del tiempo.

Puede empezarse con una referencia histórica que tiene su origen más de 400 años atrás. Antes de la llegada de los españoles (1521), los conquistadores del México indiano, había culturas asentadas en el país con grandes niveles de desarrollo cultural. Podrían citarse, a manera de ejemplo, los aztecas y los teotihuacanos en la zona central, Los mayas en el sureste y los mixtecos y zapotecos en el sur. Estas civilizaciones, término que no es desproporcionado para cada una de ellas, son ejemplos notables de lo que podría definirse como el origen de nuestra identidad, nuestra cultura y también nuestra raíz como sociedad.

El legado de nuestro pasado prehispánico es fundamental para entender nuestra idiosincrasia. Somos mexicanos y nos sentimos como tales, entre otras cosas, porque tenemos un pasado cultural enorme, el que nos define y nos marca, que nos diferencia de otras culturas y, a la vez, nos afirma una raíz cultural que no toda sociedad tiene como acervo en su sentido amplio del término. Esa raíz es imprescindible para entender los diversos procesos sociales del país y la sociedad de la que formamos parte. Venimos de lejos y, pese a ello, nuestro pasado está presente en lo que somos. Pese a nuestro mestizaje, venimos desde hace mucho "por cuenta propia". Lo que fuimos ayer, nos modela hoy y nos modelará mañana. No hay olvido del origen que nos dio lugar, aunque a veces lo neguemos e incluso en ocasiones desarrollemos desplantes discriminatorios contra aquellos que siguen siendo indios. Nuestro desdén por las culturas que nos dieron vida suele ser aberrante, sin embargo en términos de ideología y cultura son parte integral de nosotros mismos. Los mexicanos tenemos una vena indígena la que, por cierto, no niega la otra que nos conforma, y forma parte de nuestro ser social y de nuestra identidad: una parte nuestra vino del otro lado del Atlántico. La otra tiene un cimiento profundo aquí.

Las civilizaciones prehispánicas estuvieron familiarizadas con lo que hoy en día se podría definir como hallazgos científicos, basados en la observación y ordenación sistemática de los fenómenos. Los mayas, por ejemplo, desarrollaron disciplinas científicas, como en el mundo "moderno", cuyo sustento eran bases de observaciones empíricas durante largos periodos de tiempo; registro de regularidades. Por tanto, no es fortuito que sus conocimientos astronómicos y ma-

temáticos alcanzaran niveles de sofisticación muy avanzados. Pudieron explicar el movimiento de los astros, encontrar las fórmulas que daban cuenta de los movimientos de rotación y traslación de la tierra. Los mayas construyeron edificaciones (la pirámide del Castillo en Chichén Itzá, por ejemplo). Su conocimiento científico hizo posible la predicción de los equinoccios, celebrándolos con el descenso de serpientes, labradas en piedra en los barandales de esa pirámide, espectáculo que simula el movimiento, su descenso desde las alturas, efecto que es generado por la luz solar. Se tiene la sensación de que el edificio piramidal estuviera vivo.

Se menciona lo anterior no como una apología a nuestro pasado sino más bien por el hecho irrefutable de que ese pasado permanece como parte de nuestra cultura nacional. Ese pasado se transmite de generación en generación. La escuela es el vehículo principal para mantener esa herencia vigente. Desde la infancia, los mexicanos aprendemos de nuestro pasado. Se pone el acento en el origen; nuestra proveniencia. Lo anterior, por supuesto, tiene una estrecha relación con la emergencia y el desarrollo de las ciencias sociales mexicanas. Es posible decir que cada país tiene su raíz específica en la medida que se considere la emergencia de lo que, genéricamente, llamamos ciencias sociales.

En el caso mexicano, nuestro pasado es tan importante que mucho del conocimiento clasificable como perteneciente a la ciencia social se vincula con nuestra historia, con la antropología y con nuestro remoto punto de partida: el origen. Sirva de ejemplo, entre otros, la extraordinaria investigación de Vicente Riva Palacio, elaborada en el último tercio del siglo XIX. Ahí se encuentran cuatro siglos de la trayectoria del país, que nos permite recorrer muchas partes significativas de nuestro desenvolvimiento, desde la conquista española hasta la mitad del siglo XIX. Insistimos: las ciencias sociales de México tienen su embrión en la historia y en la antropología. Los procesos sociales que ocurrieron en el tiempo hicieron de esas dos disciplinas los ejes para el desarrollo de otras perspectivas de análisis.

La historia de un país es, en gran medida, la historia de su cultura. El estudio de las instituciones, cuya construcción, consolidación y derrumbe, son una respuesta a los ciclos por los que un país determinado atraviesa, es parte esencial para escudriñar las demandas que desde la misma entraña de la sociedad se engendran y entender en lo posible los problemas económicos, políticos y sociales y de cual-

quier tipo inherentes a todo conglomerado social. La historia de una nación, de su cultura, tiene una vinculación íntima con sus instituciones. Por ello es que el proceso de institucionalización de las ciencias sociales es un medio no para conocer sólo el desarrollo disciplinario que cada una tiene sino una forma de conocer los problemas que enfrentaron y enfrentan, y en todo caso las soluciones a las que llegaron o los intentos para encontrarlas.

México tiene pocos estudios en el campo de la institucionalización de las ciencias sociales. Por lo tanto, este trabajo tiene como objetivo esbozar las instituciones más importantes relacionadas con las disciplinas en cuestión en aras de mostrar cómo la investigación y la docencia adquirieron el nivel que, al día de hoy, detentan. Implica el estudio de sus mutaciones del (o los) objeto(s) de estudio. La institucionalización tiene una dinámica y la pretensión es aprehenderla (véase el cuadro 2 para una sinopsis).

Este trabajo inicia con el recuento de los esfuerzos que permitieron que las ciencias sociales emergieran en un contexto institucional. Las primeras menciones que se imponen son el Instituto de Arqueología cuya fundación data de 1916, el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) fundado en 1939, El Colegio de México que se estableció en 1940, el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM) creado en 1930 y reestructurado nueve años más tarde y la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, perteneciente también a la UNAM, fundada en 1951.

Para terminar este apartado, permítaseme exponer la hipótesis de trabajo en la que descansa esta investigación: el desarrollo y la institucionalización de las ciencias sociales tienen una fuerte relación con el poder político. Las ciencias sociales pudieron ingresar a contextos institucionales por el apoyo que recibieron desde el estado. Que hayan existido diferencias entre los practicantes de estas disciplinas y el poder político no implica que el vínculo entre ambos se haya diluido o roto. Ha habido momentos de mayores cercanías y lejanías pero el nexo se mantuvo. Bajo esta premisa descansarán las reflexiones de este trabajo.

ANTECEDENTES

México era una nación aun antes de la llegada de los españoles, si por nación entendemos un conjunto de culturas y etnias distribuidas por el país. La Conquista es un evento fundamental que cambió la fisonomía de esa nación y, con ello, el curso de nuestra historia. Los españoles no sólo sometieron a los miembros de esa nación sino también intentaron destruir lo que nuestros antepasados habían creado, edificado y construido con el fin de imponer una cultura diferente: la de ellos. Sin duda lograron mucho aunque tal vez la cultura mexicana fue menos dañada que la parte física de esa nación. Al no lograrse, lo que dio fue una mezcla cultural que fusionó partes de lo que los europeos trajeron con lo que aquí se había edificado.

De ellos aprendimos nuevas pautas religiosas, fundamentalmente las que se desprenden de la religión católica y su intolerancia de aceptar alternativas a la misma. El politeísmo que prevaleció hasta la llegada de los españoles se diluyó y se remplazó, sin opción de rechazo, por el catolicismo. No fue fortuito que con la conquista llegaran instituciones como la Santa Inquisición cuya función principal era imponer nuevas formas de pensar y con ello nuevas formas de sometimiento.

Con la conquista, sin embargo, vino también un idioma y algo muy valioso como fue la literatura en español. De ellos, además, aprendimos un estilo de hacer política y, aunque sea atrevida la afirmación, muchos de los componentes de la misma asociaban el poder con la corrupción, una práctica tan vigente hoy como en el pasado; la corrupción institucionalizada. Esa forma de hacer política se combinó con nuestra idiosincrasia y el resultado fue un político astuto, marrullero, pragmático, escurridizo, difícil de descifrar y cuya expresión más o menos acabada empieza a perfilarse después de la independencia de España en 1821, para consolidarse en la segunda mitad del siglo XIX.

Pese a las diferencias culturales, una fusión tuvo lugar: el mestizaje. Esta mezcla pavimentó el camino para la emergencia de una nueva nación. El pasado y el presente interactuaron para su conformación. El legado prehispánico y "lo occidental" definieron lo que hoy en día somos. En este contexto, tiene especial relevancia, y no menos simbolismo, el haber tenido un presidente indígena, en la segunda mitad del siglo XIX. Benito Juárez es el modelo del hombre

que se forjó a sí mismo. Escaló a la cima del poder desde la más humilde posición social imaginable: indígena y analfabeta. Incluso desconoció, en su infancia, el idioma español.

Oaxaqueño de origen, se trasladó a la capital de su estado natal y ahí estudió leyes. Su orientación hacia la política le abrió el camino para alcanzar la presidencia de la República. Enfrentó y derrotó el Imperio, encabezado por Maximiliano de Habsburgo, que los conservadores quisieron imponer, decretó las Leyes de Reforma que implicaban la separación del estado y la poderosa Iglesia católica. La educación pública se hizo laica gracias a esas leyes y, en buena medida, él fue quien labró los cimientos del estado moderno mexicano. Éste, antes de Juárez, era una entidad fragmentada e inconexa. Cuestión de revisar nuestra historia entre la independencia y la llegada del presidente indio: el estado era una especie de ficción y dejó de serlo para convertirse en una estructura fuerte y articulada.

La conquista, el mestizaje y las vicisitudes políticas definieron el marco en el que empezaban a desarrollarse, en primer término la historia y después la antropología. Puede argumentarse que por las circunstancias de nuestro desenvolvimiento histórico, hubo desde siempre un gran interés por explorar nuestros orígenes (interés que perdura hasta nuestros días; la arqueología es una disciplina viva ante los continuos hallazgos de piezas y monumentos prehispánicos). La búsqueda del porqué las civilizaciones prehispánicas alcanzaron niveles de desarrollo tan elevados. A pesar de que la antropología, como disciplina, no se consolidaría hasta el siglo xx, la curiosidad arqueológica y antropológica estuvo de alguna manera presente en la explicación de ese esplendoroso pasado y el legado del mismo.

No menos se podría decir de la historia, como disciplina en búsqueda de explicaciones. Sus primeros destellos, bastante significativos por cierto, empezaron a aparecer poco después de la conquista. Sirva de ejemplo el libro de fray Bartolomé de Las Casas (1999), publicado originalmente en 1552, en el que se da cuenta de la destrucción de la cultura india. Este libro es un documento extraordinario en el que se devela que la dominación española tenía como uno de sus objetivos principales el exterminio de las culturas ancestrales con el fin de cimentar las bases de un "nuevo sistema" de gobierno y justificar, a la par, el advenimiento de una civilización diferente a las que habían florecido y prevalecido en suelo mexicano.

Algunos estudios, empero, han argumentado lo contrario con el fin de legitimar la conquista y mostrar las bondades que trajo consigo. Un ejemplo de esta corriente de pensamiento lo representa Francisco Javier Clavijero¹ cuyo propósito era ofrecer una historia política de la Nueva España en la que sus rasgos distintivos eran el desarrollo de una conciencia "constructiva" entre los miembros de la elite criolla que estuvo en el poder, formalmente, hasta fines del siglo xviii y principios del xix y que la dominación española se asoció con innumerables beneficios que fueron asimilados por los antiguos habitantes de este país.

Listar y reseñar la enorme cantidad de libros que vinculan la historia de la Nueva España con la política definiría otro tema de investigación. Sin embargo, no pueden pasarse por alto nombres de afamados historiadores, que desde perspectivas diferentes permiten una reconstrucción del México prehispánico y el que fue colonizado. Baste mencionar, como ejemplo, a Justo Sierra, Lucas Alamán, José María Luis Mora, Vicente Riva Palacio y, más recientemente, Francisco Bulnes, Emilio Rabasa y Andrés Molina Enríquez (principios del siglo xx).

En México, la historia y la política son hermanas gemelas. Ésta nutre a aquélla. La contribución de ambas al entendimiento de los procesos sociales y políticos así como la descripción histórica de eventos diversos que permiten entender nuestra idiosincrasia se derivan de la investigación histórica con ese peculiar sesgo político que desde siempre tuvo en México. En el contexto de este estudio, vale la pena subrayar que todos aquellos esfuerzos encaminados a explicar algún evento específico, a entender el surgimiento de un personaje político o los intentos de reconstrucción de periodos de la historia nacional, dependieron de iniciativas individuales más que de proyectos institucionales.

Lo anterior no niega que en este país hubo bibliotecas públicas e incluso algunas casas editoriales. Habría que recordar, tan sólo, que en México se estableció la Universidad (ahora Nacional Autónoma de México) a mediados del siglo xvi. La producción literaria y de otro tipo que se producía en España y en Europa llegaba directamente a los acervos de las bibliotecas públicas. Los teóricos políticos

¹ Clavijero (2000). Un breve pero sustantivo comentario sobre este libro, y que trata el tema fue publicado recientemente por Lorenzo Meyer (2004).

franceses (Rousseau, por ejemplo) no eran ajenos a quienes encabezaron el movimiento de independencia de España en 1810. Sin embargo, mucho tiempo tuvo que pasar para que se diera una relación entre las actividades académicas y las instituciones propiamente dichas. Sobre esta base, entraremos en el apartado siguiente a describir las primeras etapas de la profesionalización y la institucionalización de las ciencias sociales en México.

LOS PRIMEROS PASOS

La investigación sociológica y política son actividades de cuño reciente en nuestro país. La producción académica que se considera para los fines del presente trabajo se basa en el criterio de que su manufactura se hizo dentro de un marco institucional. Los primeros trabajos de investigación institucionalizada se produjeron dentro del área antropológica. En este trabajo se sostiene que el pionero de la institucionalización científica social fue el antropólogo Manuel Gamio. Él fundó, en 1916, la Dirección de Arqueología y Etnología que dependía de la Secretaría de Agricultura y Fomento. Esa Dirección puede considerarse como la primera iniciativa institucional en el México contemporáneo. En 1919, tomó el nombre de Dirección de Antropología y su dependencia continuó siendo de la misma Secretaría, que era parte del gobierno federal.

Gamio fue el primer mexicano que se graduó de doctor en ciencias sociales en los Estados Unidos, en la Universidad de Columbia. Fue un alumno distinguido del profesor alemán, antropólogo de formación, Franz Boas, autor de numerosas investigaciones. Tal vez lo más importante de señalar es que Gamio, durante su entrenamiento profesional en esa universidad, aprendió a hacer investigación científica. Para decirlo de manera breve, entendió la función de los principios teóricos, la construcción de teoría y la prueba empírica de las hipótesis que en toda investigación se encuentran implicadas.

El bagaje de conocimientos antropológicos y arqueológicos adquiridos en su formación estadounidense, los puso a disposición, por decirlo de alguna forma, de la fracción triunfante del movimiento revolucionario que se inició en 1910. Dicha fracción, encabezada por el presidente Venustiano Carranza, aceptó la propuesta de Gamio que consistía en investigar nuestro pasado remoto, nuestras raíces

ancestrales con el fin de desarrollar una nueva ideología, que a la postre sería la del nacionalismo revolucionario y cuya base fundamental era nuestro pasado indígena. Esa ideología sustituiría la que por décadas mantuvo la larga dictadura de Díaz: el positivismo. De esta manera, una disciplina científica se orientó a la búsqueda y la exploración de nuestras raíces históricas más profundas, esto es aquellas previas a la conquista hispánica.

Nuestro pasado indiano fue la base para conformar un sentido de nación y convertirlo en un nacionalismo del que todos, sin excepción, estaríamos orgullosos. El grupo triunfante de la cruenta revolución que azotó al país lanzó un proyecto que además del nacionalismo que nos daba identidad, proponía un programa de reforma agraria, en un país cuya concentración de la tierra sencillamente hacía impensable que los intereses de los terratenientes, grandes y pequeños, pudieran ser afectados. Baste recordar que alrededor de uno por ciento de la población mexicana, de principios del siglo xx, poseía más del 90 por ciento de la tierra.

Gamio emprendió una magna investigación del valle de Teotihuacan, en la que rescató no sólo elementos que demostraron el avance de la civilización que en ese lugar se desarrolló, sino que estimó la población que habitó el valle y por medio de herramientas arqueológicas pudo conseguir una gran cantidad de datos y piezas que le permitieron reconstruir muchos aspectos de los mexicanos-teotihuacanos. Este estudio interdisciplinario incluyó el análisis de algunas variables demográficas que le permitieron la estimación de la población de esa civilización. Integró un equipo, además, con especialistas en geología y en lingüística.² Esta investigación, podría sostenerse, fue la primera que se hizo en México dentro de un marco institucional que le brindó, como se anotaba, la creación de la Dirección de Arqueología, dependiente del gobierno federal. Otro de los magnos proyectos emprendidos por Gamio (1926) tuvo como objetivo de estudio el análisis del flujo migratorio mexicano hacia Estados Unidos. Un estudio pionero al haberse hecho hace 80 años, y que es, ahora, uno de los problemas que más afectan la relación bilateral entre México y su vecino del norte, al compartir una larga frontera

² Gamio (2002). En este libro se encuentra un recuento completo del arqueólogo Manuel Gamio. Para muchos, él es el padre de las ciencias sociales en México. Uno de los temas que aquí se abordan es el de la migración, que es básico para entender a México.

de 3 200 kilómetros. El apoyo gubernamental fue importante para la realización de ambos estudios.

Es por ello que la hipótesis en que descansa este trabajo sugiere que en la institucionalización de las ciencias sociales el poder político tiene una fuerte influencia y una contribución significativa. Si algo explica la creación del Departamento de Antropología sería la relación entre académicos y políticos. Gamio, no sin obstáculos, supo negociar con aquéllos instalados en la cúpula del poder, en general políticos poco letrados, y tuvo la capacidad de convencerlos de los beneficios que podría aportar el trabajo científico para fines políticos, sobre todo en una coyuntura en la que el país salía de un largo conflicto armado.

Gamio escribió, entre otros, dos libros cuyo intento no se restringió tan sólo a la aportación científica de sus contenidos sino también tuvieron la intención de diseñar plataformas políticas de los gobiernos que nacían del proceso revolucionario que tuvo lugar en nuestro país. Adicionalmente al libro sobre Teotihuacan, elaboró dos obras cuyos títulos fueron *Forjando patria* (1916) y *Hacia un México nuevo* (1935). Este último trabajo le permitió entablar un vínculo fuerte con el presidente Lázaro Cárdenas y era la reafirmación de la ideología nacionalista que desde un principio, veinte años antes, se había encargado de diseñar: el nacionalismo revolucionario.

De esta manera, no es fortuito que durante la administración de Cárdenas, se haya fundado, en 1939, el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Alfonso Caso, otro ilustre arqueólogo, fue su primer director y Gamio estuvo cerca del INAH desde su creación. El INAH desempeñó un papel muy importante para la institucionalización de las ciencias sociales en México y es fácil desprender que en el nombre de la institución creada estaban los objetivos que se perseguirían: aquéllos vinculados con la historia y la antropología. El INAH, en muchos sentidos, consolidó una relación con el gobierno y de la misma se desprendió el impulso que la institucionalización de la ciencia mexicana requería. Con base en este hecho puede afirmarse que ese proceso es una consecuencia de la relación entre el poder y la academia.

Por lo mismo, llama la atención que el presidente Venustiano Carranza (1916-1920) apoyara sin condiciones el proyecto científico-académico propuesto por Gamio, en una época en que si bien las grandes disputas político-militares habían casi concluido, las rencillas

entre los distintos grupos participantes en el conflicto armado prevalecían todavía. Cuando se creó la mencionada Dirección que encabezó Gamio en la época inmediata posrevolucionaria, no existía todavía un acuerdo político sólido entre las distintas facciones políticas y no se había fundado el partido de Estado que cohesionó, por tantas décadas, a la clase política. Todo caudillo se sentía, en una palabra, con el derecho de ocupar la silla presidencial. La no reelección tal vez fue uno de los logros más importantes que desde la segunda década de este siglo se instituyó. Era una reacción que impedía la sucesión ininterrumpida de un grupo en el poder, como fue el caso de Porfirio Díaz (1876-1911).

La Revolución mexicana redefinió al país y aunque prevaleció el férreo y vertical sistema presidencialista, y la desigualdad social no fue abatida, las masas empezaron a contar. Se dieron los primeros pasos para impulsar una reforma agraria, los obreros se agruparon en sindicatos que a la postre se convertirían en apéndices del estado pero, en todo caso, alcanzaron ciertos privilegios que antes no tenían. Ahí está, como ejemplo, la Ley del Trabajo promulgada en 1931, la que, entre otras cosas, les garantizaba (aunque fuera en teoría) el derecho de huelga y se establecía (ése sí en la práctica) el salario mínimo, aunque éste fuera magro.

Lo más importante de subrayar es que en la segunda década del siglo xx una nueva "actitud" hacia el trabajo científico empezó a emerger.³ A pesar de que no se disponía de un presupuesto para impulsar la ciencia y el trabajo que la acompaña, Gamio emprendió la investigación de Teotihuacan que, como se anotaba, servía para fines de legitimación política del nuevo régimen.

Otro pionero de la institucionalización de las ciencias sociales mexicanas fue José Vasconcelos. Un intelectual notable que promovió la educación en México, especialmente cuando ocupó el cargo de secretario de Educación Pública (creada en 1921) durante el gobierno de Álvaro Obregón (1920-1924). Las condiciones adversas por las que atravesaba el país, en los años veinte, se caracterizaron por un alto grado de inestabilidad política. Diversos grupos seguían confrontados entre sí, todos en la búsqueda del poder. Además, los niveles

³ Este punto lo desarrolla Guillermo Zermeño (2003). La lectura del libro de Annick Lemperiere (1992) es provocativa al respecto. Para mayores datos es recomendable consultar el artículo de Edmundo Matos Mactezuma (2001).

de analfabetismo eran aterradores y el crecimiento económico esperaba las condiciones mínimas para poder despegar.

Vasconcelos, empero, visualizó que un estado fuerte y además moderno no podía carecer de un sustento educacional. Aunque todavía sin la definición de una política científica, su apuesta al frente del ramo educacional fue elevar la escolaridad, en particular la de los primeros años. Su labor fue notable pues no sólo se difundieron y tradujeron textos clásicos entre los estudiantes en sus primeras etapas escolares, sino que un énfasis especial se puso en la alfabetización de la población que, en los años veinte, era un verdadero desastre. Bajo la guía de Vasconcelos, el sistema educativo mexicano empezó a tener una fortaleza relativa, en particular en sus cimientos, condición fundamental para el desarrollo de cualquier nación.

Para avanzar en esa empresa, se rodeó de distinguidos intelectuales de la época, entre los que se pueden citar a Alfonso Caso, Pedro Henríquez Ureña, Diego Rivera, José Clemente Orozco, Daniel Cosío Villegas y Samuel Ramos, sólo para mencionar un puñado de tan ilustre universo. Se trató de una etapa en la que la educación se convirtió en una política de estado, en que hubo avances pero a la vez quedaron pendientes trechos por recorrer para afianzar los objetivos educacionales que el estado mexicano se había propuesto después de que la Revolución armada llegó a su fin.

En este contexto de efervescencia educacional se funda el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología y el Departamento de Cultura Indígena. La formación de estas dos instituciones fue un factor que contribuyó a impulsar la investigación científica, siempre vinculada al poder político (Florescano, 2004). En 1925, Manuel Gamio fue designado para encabezar el Departamento de Antropología. Su nombramiento tuvo el rango de subsecretario y desde esta posición desarrolló proyectos científicos, los que no sólo satisfacían la curiosidad intelectual sino también las expectativas políticas de las administraciones que surgían después del movimiento revolucionario.

EL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

En 1938, durante el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas se envió un proyecto de ley en el que se proponía diseñar el andamiaje institucional necesario con el fin de "preservar el patrimonio nacio-

nal". El legado cultural mexicano es enorme y no existía (y de hecho la legislación actual no es suficiente todavía) una ley que protegiera el acervo y la herencia de nuestros antepasados. Una muestra de ello fue la enorme red de contrabandistas de piezas prehispánicas y coloniales, tanto mexicanos como extranjeros, que saqueaban lo que en su camino encontraban. La impunidad imperaba y fortunas personales inmensas se hicieron vendiendo, en un mercado cuyo rasgo fue una gran demanda por ese tipo de piezas, y que los mexicanos jamás tuvimos la oportunidad de conocer. Hoy en día, muchas de ellas son parte de colecciones privadas que se encuentran en cualquier lugar de México y el mundo.

El proyecto de ley contempló el diseño institucional de un espacio que promoviera el estudio científico de los grupos indígenas, sus raíces, su desarrollo cultural, de manera que los hallazgos que se obtuvieran contribuyeran a reafirmar nuestra identidad nacional. De esta manera, el Congreso aceptó la propuesta de ley que transformaba el Departamento de Artes, Arqueología e Historia en un instituto nacional, dependiente del gobierno federal por el conducto de la Secretaría de Educación Pública, pero con la autonomía para definir sus propias normas de funcionamiento (Negrete, 1988).

Así, en 1939 fue fundado el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Su primer director, como ya se mencionó, fue Alfonso Caso. Uno de sus méritos fue el descubrimiento de la zona arqueológica de Monte Albán (Oaxaca), sitio que albergó una parte importante de la cultura mixteco-zapoteca y que la UNESCO ha considerado como patrimonio de la humanidad. Sus hipótesis y los análisis que acompañaron el descubrimiento de esta otra cuna de la civilización prehispánica, permitieron conocer aspectos nuevos de nuestro pasado: pirámides, tumbas que acogían los restos de los principales gobernantes, confirmándose el vasto desarrollo que tuvo lugar en México antes de la conquista española.

En un principio, el INAH integró a su planta de profesionales a distinguidos historiadores, antropólogos y arqueólogos, quienes iniciaron sus trabajos con proyectos como la construcción de bibliotecas a nivel nacional, entre otros. Las publicaciones de los hallazgos científicos en revistas especializadas, en boletines, fue también un objetivo importante durante el comienzo de esta innovadora institución. De nueva cuenta, vale insistir que sin el apoyo del gobierno federal, esta empresa orientada hacia el conocimiento poco pudo haber logrado.

La creación del INAH es parte de la evidencia que tiende a confirmar el vínculo estrecho entre las ciencias sociales y el poder político. No puede entenderse la institucionalización de estas disciplinas sin el apoyo que desde el estado fue otorgado para su desarrollo.

Uno de los objetivos fundamentales del INAH fue y es la preservación del patrimonio nacional del país. Esto implicó no sólo el resguardo, y la investigación correspondiente, de las culturas prehispánicas sino también abarcó el tramo comprendido durante la época colonial que, a final de cuentas, es la semilla y el desarrollo de nuestro mestizaje: lo indio con lo europeo. Por esta razón, el Instituto elaboró acuerdos puntuales con cada uno de los gobiernos locales de las diferentes entidades federativas del país. Los primeros que vieron la luz fueron con las administraciones de los estados de Puebla, entidad federativa con un amplio desarrollo colonial y muy cercano al corazón de la Nueva España: la ciudad de México, Yucatán, mientras tanto, fue otro de los lugares en los que se elaboraron convenios. Razones había: la cultura maya se había extendido desde ese estado a Belice, Honduras, Guatemala y El Salvador. En esta amplia zona la cultura maya alcanzó niveles extremos de grandeza: baste mencionar las zonas arqueológicas de Chichén Itzá y Uxmal para tener una idea de su magnificencia.

El proyecto que dio lugar al INAH no fue de corte burocrático. Los acuerdos a los que se llegó entre el Instituto y los diferentes gobiernos locales no se reducían al resguardo del patrimonio cultural sino implicaba, adicionalmente, la promoción de investigaciones de campo, hechas por especialistas y con la finalidad antes mencionada de buscar, bajo principios científicos, nuevos elementos que acrecentaran el acervo cultural de la nación. De esta manera, desde su creación el Instituto ha trabajado ininterrumpidamente y no hay año o mes que no se informe de un nuevo hallazgo, unos de mayor importancia que otros, pero a final de cuentas descubrimientos a lo largo y ancho del país.

En 1952, el INAH experimentó una reorganización importante que resultaba de las nuevas necesidades que se desprendían de su trabajo cotidiano. Se fundó el Centro de Estudios Prehispánicos cuya finalidad principal, aparte de dedicarse de manera prioritaria a la investigación arqueológica, fue la creación de museos locales, que aunque pequeños en tamaño aprovecharon sus espacios respectivos para mostrar los objetos y piezas de las regiones en donde estuvieran enclavados. Además, dentro de los museos, se diseñaron centros

educativos cuya función era familiarizar a los estudiantes, en particular aquellos inscritos en los primeros ciclos escolares, con nuestro pasado histórico.

Esta idea tuvo una buena acogida por parte del gobierno federal que financió con fondos públicos la diseminación de estos centros. Esta idea tuvo tanto éxito que un año después, en 1953, se fundó el Departamento de Acción Educativa. La Secretaría de Educación, dependiente del gobierno federal, envió profesores a diferentes partes del país, en particular donde se hallaban establecidos. Puede afirmarse, que esta práctica se convirtió en una especie de extensión del sistema escolarizado formal, ya que contribuían al proceso de aprendizaje de la niñez y de la juventud del país, sin necesariamente seguir un curso determinado.

Los museos siempre han tenido importancia en el desarrollo cultural mexicano. No es fortuito, en consecuencia, que en 1962 fuera inaugurado uno de los más importantes en el mundo: el Museo Nacional de Antropología e Historia. Éste da cabida a miles de piezas provenientes de nuestro pasado prehispánico en un edificio cuya arquitectura es impresionante y que, a final de cuentas, reafirma nuestra identidad nacional.

La disciplina antropológica tuvo su propio departamento de investigaciones hasta 1952. Desde su creación, dio gran importancia a la biología humana. Esta importancia se explica porque se partió del supuesto de que a través de esta rama del conocimiento se podría estrechar la relación entre la antropología física y la arqueología. La investigación que se hizo bajo esta premisa permitió que en 1954 se creara el Departamento de Investigaciones Antropológicas y, como su nombre lo indica, el principal objetivo era hacer investigación. Con el fin de poder realizar este objetivo, diversas medidas estratégicas fueron tomadas unos años antes. Una de ellas fue la integración, en 1942, de la Escuela Nacional de Antropología (ENA). Hasta ese año formaba parte del Instituto Politécnico Nacional (IPN), otra institución académica diseñada durante la presidencia de Lázaro Cárdenas y fundada en 1936. El propósito de la Escuela fue (y es) la formación de los recursos humanos capaces de desarrollar tareas de investigación. En otras palabras, se creó un semillero que con el tiempo nutriría las labores esenciales del INAH.

Cabe anotar que el desarrollo institucional del INAH contó con el apoyo de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y

de El Colegio de México cuya creación data de octubre de 1940. El IPN participó también en la conformación curricular de la ENA por lo que ésta pudo iniciar sus labores docentes, como se anotó, en 1942. La Escuela, hay que subrayarlo, no se orientó exclusivamente a la antropología. Se enseñó y se entrenó a los estudiantes en los campos de la etnología, la arqueología y la lingüística. En 1946, la historia, como disciplina, se añadió al currículum académico de la Escuela y desde este año la ENA fue conocida como la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Estas importantes modificaciones fueron el sustento de una investigación más sistemática y más institucionalizada.

Las publicaciones son parte fundamental de la vida académica. Exponen el trabajo de un grupo que hace, que piensa, que investiga. Esta premisa es tan válida como lo fue para institucionalizar la ciencia en México, como ahora, cuando circulan tantas revistas que uno es incapaz no de leer, sino tan sólo de revisar. El INAH, en 1945, empezó a publicar una revista especializada: *Acta Antropológica*. Se hacían públicos los hallazgos de investigación y aunque el número de lectores fuera reducido, como suele suceder en países como los de Latinoamérica, su impacto no dejó de tener resonancia entre aquellos que se dedicaban a los temas que ahí se publicaban.

La revista abordaba temas especializados y asumió el gran reto de toda publicación: su periodicidad, que en gran medida se cumplió. De esta manera, se abrieron las puertas para que las primeras tesis que fueron elaboradas en la ENA, dieran a luz, en porciones reducidas, los descubrimientos científicos que los estudiantes de la institución, con base fundamental en la investigación de campo habrían podido encontrar. No se diga de los profesores e investigadores de la propia Escuela que publicaban investigaciones "mayores". El punto que se quiere subrayar es que el INAH tuvo un vehículo informativo por medio del que difundía sus avances de investigación.

En resumen, la actividad del Instituto, la publicación de diversas obras de Manuel Gamio así como de otros investigadores, permiten entender la edificación de una de las bases desde la que se desarrolla el proceso de institucionalización de las ciencias sociales mexicanas, en particular en las disciplinas que han sido mencionadas.

EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

El Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM (IISUNAM) se fundó en 1930. Un año antes, la Universidad Nacional había obtenido su autonomía como institución universitaria. Dejaba de ser parte del gobierno federal aunque su presupuesto provendría del propio gobierno, del estado. La autonomía fue un paso importante en su desarrollo académico e institucional porque no dependió más del estado para diseñar sus planes de estudio y sus proyectos de investigación. Además, sus autoridades, empezando con el rector, los directores de escuelas y facultades serían nombradas por los miembros de la propia comunidad. En pocas palabras, la autonomía significó libertad de cátedra, de investigación y designación de autoridades.

Fue al presidente Emilio Portes Gil (1929-1930) quien promulgó el decreto correspondiente que se otorgó a la sazón de diversas luchas para obtener la mencionada autonomía. La concesión, empero, no tiene rasgos absolutos de generosidad. Tan es así que hay una versión de que fue el presidente Plutarco Elías Calles (1924-1928) quien captó la importancia de la Universidad y el beneficio político que traería consigo la concesión de su autonomía. Independientemente de lo anterior, el objetivo de los gobiernos emanados del movimiento de la Revolución era ensanchar la franja de la legitimidad, la que era crucial para articular un estado naciente. Tan era así, que el Instituto, en el desarrollo de sus actividades, podía desarrollar trabajos críticos, aunque es bien sabido que con la mesura correspondiente; a final de cuentas se trataba de un sistema autoritario.

La creación del Instituto de Investigaciones Sociales es un parteaguas en las ciencias sociales mexicanas. La disciplina sociológica, estrictamente hablando, encontró un hábitat para desarrollar tareas de investigación que, hasta ese momento, no se llevaban a cabo de manera institucionalizada. Aunque las cátedras de sociología seguían impartándose en la Facultad de Derecho, el Instituto abrió un nuevo espacio para el quehacer de la disciplina. Para tener una idea de qué "tipo" de sociología existía en el país, vale tomar los libros de texto más usados precisamente en las cátedras: uno de ellos era *Sociología genética* mientras que el otro era *Sociología sistémica*, ambos escritos por el ilustre científico social mexicano Alfonso Caso. La enseñanza era, en muchos sentidos, la punta de lanza por medio de

la que la ciencia sociológica intentaba pavimentar una vía institucional, ya que la investigación era, de hecho, inexistente.

La enseñanza de la sociología construyó un espacio que permitió a muchos estudiosos vincularse a los problemas sociales. Con el tiempo, la ciencia política cumpliría la misma función. La sociología se aprendía, pero en ese proceso se construyó una perspectiva crítica que se reflejaría en el tratamiento de los problemas sociales. Los trabajos de investigación del IISUNAM así lo muestran. Sin embargo, para hacerlo tuvieron que pasar nueve años para consolidarse como institución y, a la vez, remodelar su organización interna. En efecto, en 1939 se propone un Instituto diferente al original, cuya diferencia con aquel fue un conjunto de proyectos de investigación que colindaban directamente con la "problemática sociológica". El nuevo Instituto inició sus actividades con recursos escasos. De hecho, y haciendo un paréntesis, en la actualidad lo son todavía pues ésa ha sido la pauta histórica: aunque los fondos para financiar instituciones de educación superior provienen del Estado, éstos no son suficientes para satisfacer y, aún más, impulsar un desarrollo significativo en los campos de la ciencia y la tecnología.

Pese a no tener los recursos indispensables, ello no impidió que la investigación social empezara a caminar con pasos firmes. Nuestra realidad, en muchos aspectos, empezó a explorarse y a desvelarse. Diversos proyectos se iniciaron teniendo como temas los problemas agrarios, tan profundos en los años treinta. Se empezó a tocar la temática de los conflictos laborales, la marginalidad de la población indígena, los procesos políticos, aunque éstos de manera superficial.

El encargado de remodelar y dirigir (durante un cuarto de siglo por cierto) el IISUNAM fue Lucio Mendieta y Núñez. Formado como abogado, con el tiempo se convirtió en un fino analista social. El nuevo formato institucional en el que descansó el Instituto a partir de 1939 le imprimió una dinámica en que su objetivo fundamental era hacer investigación y más investigación. El propio Mendieta lo resumió con claridad: "desarrollar el trabajo científico con el fin de que sus resultados tuvieran una aplicación inmediata".

La investigación tuvo como pilares la teoría y su contraste con la realidad: no se trataba, en consecuencia de trabajos ensayísticos, sino de investigaciones empíricas en las que la plausibilidad de una hipótesis dependía del dato y no de la interpretación, subjetiva (o no), del investigador en su contacto con la realidad. Uno de los autores

clásicos de la sociología que ejerció una enorme influencia en Mendieta fue el francés Émile Durkheim.⁴ Puede decirse que pesaron mucho en su consideración las argumentaciones teóricas y metodológicas del sociólogo francés, bajo el supuesto de que la investigación que se desarrollase en esos términos, por definición, sería rigurosa. Dicho de manera más directa: en el Instituto se buscaba la comprensión de los problemas pero, a la vez, intentos de solución a los mismos. La influencia "durkheimiana" era considerada como una garantía al respecto.

De lo anterior puede desprenderse que Mendieta tenía en mente promover una ciencia social aplicada, que se "introdujera" en la realidad social, y así encontrar los factores asociados al problema en cuestión, cualquiera fuera éste, con el fin de encontrar algún indicio, al menos para su solución. Aún más: Mendieta estaba convencido de que el trabajo científico podía ser un mecanismo que contribuyera a encontrar criterios significantes que guiaran la conducta social. Además, sostenía con firmeza que la investigación social no podía mantenerse indiferente ante el futuro de la sociedad. Al reconocer problemas del presente podrían adelantar escenarios en los que propusieran soluciones tentativas a los mismos.

La investigación desarrollada en el Instituto privilegió los temas sociales, aunque otras disciplinas también fueron consideradas como se verá más adelante. Vale decir que sus actividades tenían un cimiento relativamente sólido ya que antes de 1939, año en que Mendieta se convierte en su longevo director (lo fue hasta 1966), una pléyade de ilustres pensadores habían trabajado y colaborado con el "viejo" Instituto. La dirección de éste era rotativa. Al frente del mismo estuvieron personajes de la talla de Alfonso Caso, Narciso Bassols y Vicente Lombardo Toledano, entre otros. Por supuesto que su actividad no se redujo tan sólo al trabajo administrativo sino habría que subrayar que su contribución más significativa fue en el área de la investigación y en el desarrollo de las ideas, tal como sus obras lo demuestran.

Otro ilustre académico fungió como secretario general del Instituto antes de 1939: Miguel Othón de Mendizábal. Él se encargó de la función de coordinar todas las actividades académicas del Institu-

⁴ Mendieta (1939). Vale la pena subrayar que el trabajo del sociólogo francés Émile Durkheim le dio un fuerte impulso al Instituto. El rigor teórico y empírico que se desprendía del trabajo de este sociólogo moldeó las primeras etapas del Instituto.

to que, pese a su todavía frágil estructura institucional, empezaba a generar resultados e ideas (Loyo, *et al.*, 1990).

Sobre estas bases el "nuevo" Instituto, el IISUNAM, definió un conjunto de principios organizacionales, derivados de áreas específicas de investigación y apoyo que sirvieron para su reestructuración: a) sociología, b) medicina social, c) ingeniería y arquitectura social, d) economía y trabajo y e) la biblioteca y las relaciones que por su conducto podían establecerse con otras instituciones.

El director Mendieta tuvo muy claro un criterio para impulsar el desempeño del Instituto: sus tareas de investigación podrían vincularse en términos de cooperación con la administración pública y, a la vez, con organismos privados. Es muy probable que la idea de Mendieta fuera la de abrir su institución con tal de colaborar en la solución de problemas diversos en distintas áreas. De esta forma se subsanaba, en muchos sentidos, el conflicto que la Universidad Nacional había tenido con el gobierno federal para obtener su autonomía. El planteamiento de colaborar con la administración pública era la prueba de que por la vía de un Instituto, el conflicto antes mencionado quedaba superado.

La concepción del Instituto fue integral. Junto con la remodelación que se ha descrito se creó una revista especializada que cumpliría la función de difundir lo que los investigadores del Instituto producían. Se dio cabida también a las publicaciones de académicos de otras instituciones, incluyendo aquellos radicados fuera del país. Una revista "moderna" por decirlo de alguna forma. Especializada y plural para darle su peso específico.

Así, en el mismo año de la refundación del Instituto se lanzó el primer número de la *Revista Mexicana de Sociología (RMS)*. Desde 1939 aparece trimestralmente. Casi siete décadas de una publicación, que no ha visto interrupción alguna en sus entregas, y que ha recogido durante su trayecto valiosos trabajos de investigación tanto de académicos mexicanos como del exterior. Cientos de artículos han sido publicados referidos a México y países de todas las regiones del mundo. Es la revista de la especialidad más antigua de América Latina y su calidad científica no ha tenido vaivenes que la hayan puesto en entredicho. Una revista, hay que reconocerlo, de excelencia.

El primer número de la *RMS* incluyó, además de la presentación del Instituto por Mendieta y Nuñez, artículos de Raymond Aron, entonces un joven sociólogo francés. Su contribución fue intitulada

"El concepto de clase" y su argumentación significó una contribución muy innovadora sobre el tema abordado. Aron esbozó una serie de argumentos sobre la problemática de las clases sociales treinta años antes de que los estudiosos latinoamericanos se enfrascaran en serias discusiones sobre el tema. Luis Recaséns Siches, un prestigiado exiliado español, también escribió en el primer número de la *Revista*. Se trató de un provocativo ensayo cuyo título lo dice todo: "La actual revisión crítica de la sociología". Sirvan de muestra estos dos artículos para poder afirmar la calidad con la que fue diseñada la *RMS*. En 1939 se inició un gran cambio caracterizado, entre otras cosas, por una alta productividad de los académicos de la época.

En los años cuarenta, publicar no era una demanda "burocrática", como se ha ido convirtiendo paulatinamente en nuestro país, aunque el problema no es exclusivo de México. Publicar era una expresión del trabajo intelectual, de divulgar los resultados de la investigación sin tener la condicionante del tiempo ni tampoco un determinado número de artículos en un lapso determinado. En este contexto tiene que verse el papel que desempeñó la *RMS* pues aparte de llenar un hueco al acoger la producción de los distintos académicos de la época, no puede ocultarse que impulsó de manera significativa el proceso de institucionalización de las ciencias sociales, en particular la disciplina sociológica. Cabe subrayar que el conocimiento que se difundía tenía un rasgo definitorio: estaba orientado al empirismo científico.

Es conveniente apuntar algunos datos en torno a la *Revista*: durante los primeros diez años de su existencia fueron publicados 114 artículos por autores mexicanos o académicos residentes en nuestro país. A la par, 159 colaboraciones fueron escritas por analistas extranjeros, en ese lapso. Los estadounidenses encabezaron la lista, seguidos por autores franceses.

El IISUNAM se dedicó, desde sus inicios, a la tarea de investigar. Teorías y datos, hipótesis y puesta a prueba empírica de las mismas caracterizaron la actividad investigativa del Instituto. El rigor para hacer investigación fue un común denominador del quehacer del nuevo organismo universitario. Al leer los primeros números de la *RMS* se tiene la impresión de que los investigadores se comprometían, con entusiasmo, en la fascinante aventura de la investigación científica. Puede concluirse, sin riesgo de error, que el Instituto fue un elemento de gran importancia para impulsar la institucionaliza-

ción de las ciencias sociales mexicanas. Casi 70 años después de que fue fundado, el Instituto sigue manteniendo un sitio privilegiado en el quehacer científico-social mexicano (Reyna, 1979).

EL COLEGIO DE MÉXICO

El origen de El Colegio de México (COLMEX) fue la Casa de España. Ésta se fundó por iniciativa del gobierno de México encabezado por el presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940). La guerra civil española devastaba a España durante la segunda mitad de los años treinta y Cárdenas instruyó a la misión diplomática mexicana radicada en el país ibérico de salvar cuantas vidas fuera posible, traerlas a México y protegerlas de la cruenta persecución de que eran objeto por quien se convertiría en su dictador por más de 35 años: Francisco Franco. En 1937 llegó la primera instrucción de Cárdenas y en ese momento el flujo de exiliados empezó a llegar al país. Daniel Cosío Villegas fue uno de los promotores de la idea de que había que proteger a los españoles perseguidos. Su sugerencia fue más que bien recibida por el presidente Cárdenas.

De esta manera, México se convirtió en un espacio seguro que dio cobijo a trabajadores, intelectuales, artistas y muchos otros de profesiones diversas. España se sumía en una verdadera tragedia que cobró miles de vidas. La actitud mostrada por el gobierno de México fue, para muchos, un salvavidas que los alejó de la barbarie que se desató en ese país de Europa.

En este contexto se fundó, en 1938, la Casa de España en México. Fue un lugar especial y privilegiado pues permitió a algunos de los trasterrados continuar con sus labores académicas que, por razones obvias, se habían interrumpido. La Casa fue diseñada como un foro adecuado para la reflexión, la investigación y el análisis, en particular para aquellos que se habían formado en los campos de las ciencias sociales, las humanidades y las artes.

Al principio, sin embargo, la Casa acogió también a profesionales que practicaban las ciencias "duras". Por sus pasillos anduvieron químicos, médicos y psiquiatras. Cabe anotar que el compromiso contraído por el estado mexicano, de traer sanos y salvos a muchos republicanos, se hacía en un momento precario. En marzo de 1938, el gobierno cardenista había expropiado el petróleo. Las compañías

inglesas y americanas lanzaron una campaña que rozaba en la desestabilización del gobierno mexicano. Los recursos eran escasos. No obstante, la Casa empezó a funcionar tres meses después de la expropiación.

Uno de los rasgos distintivos de esta nueva institución fue la definición de un reglamento que sus miembros, sin excepción, tenían que cumplir. Eran los albores del trabajo académico institucionalizado. Una de sus normas era la exigencia de dedicarle tiempo exclusivo al trabajo en la institución y no se permitía que se desarrollaran tareas distintas o en otras instituciones. El salario era modesto pero era la retribución que se otorgaba a cambio de la exclusividad y la productividad de los investigadores. Una biblioteca apoyaba los trabajos de la Casa y ese conjunto de principios se extendieron a El Colegio, cuando éste fue fundado.

La Casa fue, en toda la extensión de la palabra, una verdadera empresa intelectual. Con el paso del tiempo, se consolidó como un prestigiado centro de estudios, dada la calidad de su producción académica y, como se verá más adelante, de la difusión que se hizo de la misma. La Casa de España fue la semilla que le dio vida a El Colegio de México. Éste fue fundado en octubre de 1940, en los últimos momentos de la gestión presidencial de Cárdenas. Después de casi siete décadas de promover la enseñanza y la investigación, esta institución es uno de los pilares que contribuyeron al proceso de institucionalización de las ciencias sociales en México.

Desde su fundación, la institución demandó exclusividad a los miembros de su planta académica. En la actualidad la mayoría de sus programas de estudio son de posgrado y hay dos que se encuentran en el nivel de licenciatura. Hacia finales de 2004, la planta de profesores e investigadores era de 315 académicos que atendía a un conglomerado estudiantil cuyo número era de 331. Una relación de uno a uno.

El Colegio de México tuvo como fuente principal de recursos el gobierno federal, punto que sirve para insistir en la hipótesis de este capítulo de que sin la presencia del poder político, léase el estado, la institucionalización de las ciencias sociales habría enfrentado grados muy altos de dificultad. El Colegio, como un esfuerzo académico inédito para la época en que se funda dependió de personajes de gran talento. En su cimentación participaron dos de los más distinguidos pensadores mexicanos del siglo xx: Alfonso Reyes y Daniel

Cosío Villegas. El primero fue un destacado humanista, prolífico escritor y diplomático. Reyes fue el primer presidente de El Colegio de México (1940-1959) y previamente había encabezado la Casa de España. Cosío, mientras tanto, era un economista riguroso, un metódico historiador y se distinguió como un fino observador y analista de la realidad mexicana. Fue un crítico implacable del acontecer nacional. Fungió como secretario general de El Colegio de México, misma posición que ocupó en la Casa de España.

Tal como se insinuaba líneas arriba, algunos historiadores sostienen que la idea de construir una institución como la Casa de España fue de Cosío Villegas (Lida *et al.*, 2000), quien vio una oportunidad de impulsar la docencia y la investigación en México apoyándose en el talento y la experiencia de los refugiados que se acomodaban en su nuevo destino. A primera vista se trataba de un arreglo temporal que beneficiaría el quehacer académico mexicano y ayudaba a los españoles en uno de los momentos más difíciles de su historia. La idea fue abrir un espacio de "residencia temporal" que sería aprovechada para fortalecer áreas del conocimiento como la historia, la sociología, el derecho y el arte, entre otras.

Sin embargo la temporalidad se alargó por una eternidad. El "caudillo" Francisco Franco fue longevo y murió 35 años después de fundado El Colegio: en 1975. Muchos exiliados permanecieron en México, otros se fueron a distintos países latinoamericanos, como fue el caso de José Medina Echavarría que abandonó México y terminó sus días en Santiago de Chile, ocupando un puesto importante dentro de las Naciones Unidas, en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social. Algunos más, tal vez los menos, al pasar de los años y antes de la muerte de Franco, regresaron a su tierra.

De esta manera, las nacientes ciencias sociales mexicanas, sobre todo desde una perspectiva institucional, se vieron enormemente beneficiadas por factores que, para decirlo de alguna forma, provenían del ámbito internacional. Para decirlo brevemente, la fundación de El Colegio funcionó con éxito. El ambiente académico mexicano, vale decirlo, se nutrió de ideas frescas y novedosas, muchas de ellas innovadoras.

Conviene recordar que muchos de los que se integraron a las instituciones de educación superior, El Colegio incluido, habían pasado tramos de su vida profesional formándose en universidades europeas, no sólo españolas. Un número no desdeñable se entrenó

en instituciones establecidas en Alemania y Francia. En ambos países las ciencias sociales habían experimentado avances notables. Un dato que ilustra este punto fue el primer curso que impartió Medina Echavarría en 1939 en la Universidad Nacional de México. Un curso de sociología que se basó en buena medida en publicaciones alemanas y complementadas con trabajos desarrollados en Francia, Inglaterra, Estados Unidos y algunos países latinoamericanos, Argentina, Brasil y México entre otros.

El Colegio es una institución singular. Si se revisa el área que podría llamarse historia institucional, puede afirmarse que ha estado muy descuidada pues no ha sido investigada con rigor, tanto en México como en América Latina. No obstante, hay una institución comparable a El Colegio: The New School of Social Research, ubicada en el este norteamericano, en Nueva York. Uno de los objetivos de esta institución estadounidense de educación superior era acoger, como la Casa, a aquellos intelectuales europeos que empezaban a ser expulsados por la corriente fascista que tomaba, en los años treinta, gran fuerza en el viejo continente, particularmente la Alemania de Hitler. En 1932, los primeros intelectuales alemanes llegaron a The New School, procedentes de Frankfurt.

En la década de los treinta y los cuarenta, Europa se convirtió en un sitio de masacres y destrucción. En la España franquista la intolerancia llegaba a extremos inconcebibles, y se eliminaba a quien se opusiera al "caudillo". El Colegio y The New School tienen rasgos que los unen porque ambas instituciones cumplieron una función similar: acoger y ofrecer un trabajo a los académicos perseguidos por la intolerancia política, el racismo, la ideología fascista, y todas las fuerzas detrás de estos deleznable fenómenos. Ambos países recibieron el beneficio de ese éxodo a través de nuevos planteamientos que, en el caso norteamericano, complementaban una ciencia ya con un grado relativamente alto de desarrollo y en el caso mexicano abrían espacios desconocidos para las tareas de la investigación y la docencia.

Pese a que el régimen político mexicano no era, estrictamente hablando, democrático, el liberalismo de Cárdenas jugó un papel importante en relación con el exilio y, por tanto, en la formación de las instituciones a las que ese flujo migratorio se dirigió. Aunque algunos de sus colaboradores no aprobaban del todo la medida, puede decirse que la decisión presidencial aludida fue recibida con beneplácito por personajes de la talla de Isidro Fabela. Genaro Estrada,

uno de los más ilustres diplomáticos con que ha contado el país, y Francisco Múgica, el secretario de Guerra del gabinete presidencial cardenista, sólo para mencionar unos cuantos nombres.

Con el fin de precisar lo que hasta ahora se ha expuesto, en julio de 1938 se expidió el decreto presidencial que creó la Casa de España en México. Al tratarse de una empresa intelectual y académica, un órgano fue diseñado para evaluar sus actividades. Ese órgano fue una Junta de Gobierno, integrada por distinguidas personalidades fundamentalmente del ámbito académico, que se haría cargo de revisar su desempeño académico y financiero. Recuérdese que el presupuesto de la Institución provenía de recursos públicos, del gobierno federal. Esta Junta de Gobierno, a su vez, tenía que rendir cuentas a una Asamblea de Socios que estuvo conformada por la Secretaría de Hacienda, el rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y por el presidente del Consejo Nacional de Educación Superior, dependiente de la Secretaría de Educación Pública.

La composición de esa Asamblea cambió cuando la Casa cedió su espacio institucional a El Colegio. Fue integrada, como lo está en la actualidad, por el secretario de Educación Pública, el Fondo de Cultura Económica, casa editorial dependiente del gobierno federal, y el Banco de México, la institución encargada de manejar y definir las políticas económicas, financieras y monetarias del país.

La institucionalización de las ciencias sociales dio un paso muy importante con la creación de El Colegio. El exilio español fundó una escuela, una forma de pensar e investigar. Fue un exilio que, aunque doloroso para todos los trasterrados, fue benéfico para quienes recibieron sus enseñanzas y compartieron sus experiencias. Como se ha dicho antes, sin el apoyo del estado mexicano, dicha empresa académica no se habría desarrollado para ocupar, hoy en día, uno de los lugares principales dentro del espectro institucional de la educación superior mexicana.

Puede decirse que el vínculo entre el poder político, con sus vaivenes, estuvo siempre presente en el desarrollo de la ciencia en México. Esto no quiere decir que la ciencia tenga el nivel requerido por las exigencias de los cambios internos del país y los externos que el mundo experimenta. Se tiene que invertir mucho todavía para consolidar la investigación científica y tecnológica del país.

Sin embargo, hay ejemplos positivos que se desprenden de ese vínculo. Podría mencionarse que la primera Ley de Población que se

promulgó en México fue diseñada en El Colegio de México con el apoyo, por cierto, del estado. En su elaboración participaron demógrafos de El Colegio y de la Universidad Nacional.⁵ Desde un punto de vista práctico, la instrumentación de esa Ley evitó que la población mexicana creciera a un ritmo que habría sido imposible de sostener, aun con elevadas tasas de crecimiento económico. El ritmo de crecimiento disminuyó de 3.5 por ciento anual a 1.2 que es el que se tiene en la actualidad.

UNAS PALABRAS MÁS ACERCA DE EL COLEGIO

José Gaos fue formalmente el primer miembro de la Casa de España. Cuando salió de su país era el rector de la Universidad de Madrid y un destacado profesor de filosofía. Es imposible, en un espacio reducido como éste, mencionar a todos y cada uno de los que integraron la Casa (Lida *et al.*, 2000: 40-55) y con ello pusieron uno de los cimientos para el inicio de la institucionalización de las ciencias sociales.

Sin embargo, es pertinente mencionar que la llegada de tan distinguidos académicos no estuvo exenta de algunos roces. Muchos se hicieron la pregunta de si los intelectuales mexicanos estarían dispuestos a aceptar la presencia de los recién llegados. ¿Había la posibilidad de que se desarrollaran actitudes xenofóbicas? ¿Qué relación podría establecerse con Gaos, por ejemplo, un hombre formado en la filosofía alemana, con una personalidad fuerte y hasta avasallante? A pesar de que hubo algunas diferencias, puede decirse que la actitud de la comunidad académica mexicana fue la de otorgarle a los exiliados el beneplácito por su llegada. Se iniciaba un proyecto académico que fue compartido por los que llegaban y por los que estaban.

La pléyade de investigadores mexicanos era también notable. Pueden mencionarse algunos nombres para tener una idea de la valía de los académicos mexicanos. Alfonso Caso, un arqueólogo distinguido, los poetas Carlos Pellicer y Xavier Villaurrutia, Octavio Paz y Samuel Ramos, Antonio Castro Leal son una muestra representativa de los mexicanos que aceptaron con agrado la llegada de los refugiados españoles.

⁵ Carrillo Flores (1974). Las contribuciones de Raúl Benítez, Gustavo Cabrera y Víctor Urquidí, todos profesores de El Colegio de México, fueron fundamentales para el logro de esta meta.

La Casa de España se organizó alrededor de cuatro áreas temáticas: a) la impartición de cursos en instituciones que dependían de la Secretaría de Educación Pública (en particular Universidades estatales) y en la propia Universidad Nacional, b) actividades diversas encaminadas a atender intereses de audiencias "no académicas", c) seminarios breves, en distintos campos del conocimiento, en instituciones de educación superior de preferencia fuera de la ciudad de México (una idea, por cierto, muy innovadora) y d) la publicación de libros y artículos en revistas especializadas.

Tal como lo escribió Alfonso Reyes en una carta dirigida a uno de sus amigos: "estamos (la institución) difundiendo el conocimiento a lo largo y ancho del país, con conferencias y seminarios" (Lida y Matezans, 1993). En efecto, la actividad que desplegó la institución desde su fundación tuvo un impacto significativo en muchos segmentos de la sociedad así como en instituciones de educación superior.

En el transcurso de 1939 otro trasterrado español llegó a tierras mexicanas: el sociólogo José Medina Echavarría. En México continuó su brillante y fructífera carrera, iniciada en España. Una de sus primeras actividades tuvo lugar en la Universidad de Michoacán, en Morelia, donde pronunció un conjunto de conferencias bajo el tema "Problemas fundamentales de la sociología". Medina se había formado en la ciencia jurídica y, posteriormente, emprendió estudios en Alemania que lo convirtieron en filósofo pero sobre todo en sociólogo. Hizo de la lengua alemana su segunda lengua, y su tesón lo llevó a conocer en profundidad la sociología alemana, cuyo desarrollo era notable en la tercera década del siglo xx.

Dos años después de que esas conferencias fueron impartidas, el Fondo de Cultura Económica las reunió, con lo que se consiguió, sin exageraciones, la publicación de un libro central para el desarrollo y la enseñanza de la sociología: *Sociología. Teoría y técnica* (1941). Se trató de un planteamiento innovador que contribuyó de manera notable a promover la investigación científica en esta área del conocimiento. La misma casa editorial le encomendó a Medina la traducción de *Economía y sociedad*, una de las obras clásicas del sociólogo alemán Max Weber. Fue la primera traducción de esta obra, fue al español y la publicó en 1944 el Fondo de Cultura Económica.

En abril de 1943, Medina diseñó un proyecto que habría de tomar forma en el Centro de Estudios Sociales de El Colegio. Este Centro, infortunadamente, fue de corta duración. Ya para 1946 había desapa-

recido. No obstante, tres años bastaron para formar a alrededor de 15 estudiantes en un programa de posgrado que hoy en día luce como envidiable por su diseño. Medina fue su primero y único director. En ese Centro, Medina desplegó su talento y su experiencia. Inspiró una ética, una devoción por el trabajo e inculcó la idea de que para poder "sobrevivir" a la inmensa carga de tareas que los diversos cursos implicaban, no había otra alternativa excepto la de entregarse en cuerpo y alma, las veinticuatro horas del día, a la lectura, al estudio, a la investigación, a la creación.

La corta duración del Centro no impidió que los estudiantes fueran expuestos a un novedoso programa curricular, con profesores distinguidos en las materias que impartían. Con el Centro se fundó una Colección que, hasta la fecha existe, conocida como Jornadas de El Colegio de México. En 60 años se han publicado alrededor de 170 libros, muchos de ellos libros pequeños que tenían, y tienen, la intención de divulgar los hallazgos de investigación de los miembros de El Colegio. Cabe anotar que alrededor de un tercio de estas publicaciones aparecieron entre 1943 y 1946. En este acervo se encuentran trabajos notables, vigentes muchos de ellos. El primer trabajo publicado fue de Medina y se tituló *Prefacio sobre la guerra*, reflejando en el título la coyuntura mundial de la época. Otros autores que publicaron en la colección mencionada fueron Daniel Cosío Villegas, Octavio Paz, Raúl Prebisch, Agustín Yañez, Kingsley Davis, Moisés Pobrete y Troncoso, Julio Le Riverand y Leopoldo Zea. Los ensayos publicados tocaron temas relacionados con la guerra, la política en América Latina, la filosofía, la economía y muchos más.

Al considerar esta aventura de publicar, en un país pobre como era el México de los años cuarenta, se corría el riesgo de que la colección fracasara. Sin embargo, sucedió lo contrario. Fue un éxito. Esta afirmación se sostiene por el número de títulos que se publicaron en tan poco tiempo. Fue una de las consecuencias de que los miembros de El Colegio tuvieron una dedicación exclusiva a sus labores académicas, que la productividad de la investigación fuera alta y de calidad. En una palabra esa aventura se volvió atractiva para académicos e intelectuales pero también pero ese pequeño "público" ávido de conocer cosas novedosas. Sin duda alguna, la colección Jornadas, contribuyó de manera significativa al proceso de institucionalización de las ciencias sociales vía la difusión del trabajo científico.

Como ya se anotó, el Centro de Estudios Sociales se fundó en 1943. Puede afirmarse que fue el primer centro de estudios en México con

base fue un programa definido bajo los términos de una concepción integral de las ciencias sociales. La investigación y la enseñanza eran factores complementarios. Los estudiantes del CES se formaron en función de dos principios centrales: una perspectiva integral de las ciencias sociales que se definía por la impartición de cursos en sociología, filosofía, economía, demografía y ciencia política, complementados por cursos de estadística, antropología e historia (González Navarro, 2000). La otra era que por la vía de esta concepción integral se pretendía (cosa que se logró) formar investigadores cuyos conocimientos fueran sólidos en teoría social y metodología de la investigación. Una de las innovaciones del Centro fue despejar el tipo de enseñanza que hacía de cada disciplina una entidad independiente una de la otra. El proyecto de Medina las interrelacionaba y ello permitía la definición de un currículo académico completamente diferente a los que se conocían, al menos en México.

Así, Vicente Herrero enseñó el primer curso de introducción a la sociología. Manuel Pedroso impartió un curso sobre ciencia política. Javier Márquez y el entonces joven economista Víctor L. Urquidi (con el tiempo asumiría la presidencia de El Colegio de México durante el periodo 1966 a 1985), se encargaron de enseñar la parte económica. Medina dictó un curso sobre Weber, teniendo como base su propia traducción de la obra del sociólogo alemán. Quién mejor que él para enseñar un curso tan complejo teniendo como texto *Economía y sociedad*.

El Colegio de Reyes, Cosío y Medina instrumentó un currículo académico altamente innovador. Muchos de sus ingredientes se siguen usando en algunos programas actuales de la institución. Los estudiantes se familiarizaban con rapidez en las teorías del poder y el estado, una señal que insinuaba que la sociología no era muy lejana a la política. El pragmatismo de Cosío pretendía que un estudiante no sólo tenía que estar preparado para desempeñar las tareas propias de la vida académica, sino a la vez entender el ejercicio del poder ya que los entrenados en el CES tenían también que participar en la administración pública: eran recursos potenciales para integrarse a las funciones de gobierno. Por cierto, Medina no compartía del todo esta posición. Independientemente de este desencuentro entre ambos personajes, hubo un curso que fue enseñado por Antonio Martínez Báez titulado *Democracia: principios e instituciones*. Esta materia resultaba una especie de paradoja en un país autoritario

como era México en los años cuarenta, con un partido hegemónico y corporativo. Sin embargo, el curso se impartió con el fin de ensanchar la visión de los estudiantes del Centro.

Infelizmente, el CES llegó a su fin en 1946 y dejó un vacío que ha sido difícil de llenar. Medina se fue de México en un peregrinar que dejó frutos por donde pasó. Primero fue a Colombia por un breve periodo y después viajó a Puerto Rico (1946-1952). Estando en esta isla fue invitado para integrarse, en 1952, a la Comisión Económica para América Latina, fundada en 1948 y cuya sede fue (y es) Santiago de Chile. En esta institución escribió trabajos fundamentales para las ciencias sociales. Fue, además, el primer director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) también con sede en Santiago. Murió en 1977.

El Colegio de México es uno de los pivotes de la institucionalización de las ciencias sociales mexicanas. Antes, en 1941, a menos de un año de su fundación, se creó el Centro de Estudios Históricos bajo la dirección de Silvio Zavala y con ese Centro apareció la revista especializada *Historia Mexicana*, que fue por cierto la primera publicación formal de El Colegio.⁶ En poco tiempo se convirtió en un espacio para difundir los hallazgos de investigación, tanto de miembros de El Colegio como de fuera, en el área de la historia. Nótese que la creación de cada Centro siempre se hacía acompañar por una revista especializada.

Para finalizar vale la pena mencionar que en los años cuarenta, 1946 para ser exacto, fue creado otro centro de estudios en El Colegio: el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Este centro estaba muy cercano al interés académico de Alfonso Reyes y, como los demás centros, nació con una revista especializada que, al día de hoy, es considerada una de las mejores en su género en América Latina: la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. La importancia de este centro es que ha contribuido de manera importante al estudio de la lingüística y al análisis de la literatura, ambos temas importantes dentro de una institución, como es El Colegio, cuya orientación se dirige hacia las ciencias sociales y las humanidades.

Con el tiempo se formaron otros centros; el de Estudios Internacionales. Después vendrían el de Estudios de Asia y África, el Centro

⁶ El mejor recuento histórico de este Centro fue escrito por Luis González y González (1976). El número 100 de *Historia Mexicana*, traza, en su conjunto, un espléndido panorama del Centro y su reputada revista.

de Estudios Económicos y Demográficos, el Centro de Estudios Sociológicos. Todos con sus revistas y publicaciones propias y todos orientados a la formación de investigadores de alto nivel en las especialidades mencionadas.

Desde un punto de vista institucional, las funciones del INAH y la ENAH se orientaron más hacia el periodo prehispánico, sin descuidar por supuesto, la parte histórica que arranca después de la conquista española. El Colegio, sin embargo, puso el énfasis en el periodo colonial y en el acontecer que tuvo lugar después de la independencia del país, en 1810. Importantes esfuerzos de investigación se dirigieron a la reconstrucción de la historia del siglo XIX y muestra de ello es la obra monumental coordinada por Cosío Villegas: *La historia moderna de México*, un trabajo que abarca 10 volúmenes, cuya intención era explicar los aspectos políticos, económicos, la política exterior y la economía de un siglo que, para México fue turbulento y, a la vez, la base para constituir el estado moderno del país.

Para resumir, al final de la década de los cuarenta, El Colegio de México, el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y el Instituto Nacional de Antropología e Historia podrían considerarse instituciones consolidadas, todas ellas orientadas hacia la investigación con el fin de contestar y explicar algunos de los problemas del país. Después de pasar esa época turbulenta de principios del siglo XX, las instituciones académicas empezaron a jugar un papel importante en la formación de recursos humanos y el análisis de la realidad nacional. El estado mexicano fue un pivote en este proceso, no sólo para las ciencias sociales sino para la ciencia en general.

No es fortuito que por iniciativa de este estado, en 1947 se propusiera un impresionante proyecto arquitectónico que albergaría a la Universidad Nacional. En ese campus estarían concentradas todas las facultades, institutos y escuelas de manera que la interacción entre la docencia y la investigación se diera en un espacio perfectamente delimitado. Se estudiaba en las facultades y escuelas, se investigaba en los institutos: un flujo retroalimentado. Se trataba, además de un proyecto arquitectónico, de un modelo educativo que reforzara las actividades fundamentales de la universidad. Ese campus, la Ciudad Universitaria, abrió sus puertas en 1952. Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros le dieron el toque estético a ese complejo arquitectónico con murales que evocan nuestro ser nacional. Ese magno proyecto, al que no faltaron las mejores instalaciones deportivas aparte de tener

una biblioteca casi única en América Latina, fue financiado por el gobierno del entonces presidente Miguel Alemán (1946-1952). Hoy en día es emblemático de la educación superior pública mexicana.

EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Daniel Cosío Villegas fue también uno de los principales creadores de esta importante casa editorial. El Fondo permitió a los estudiosos de México y, en general, a los lectores iberoamericanos la publicación de obras fundamentales escritas en América Latina, Europa y en Estados Unidos. La traducción de textos floreció en el Fondo. En un principio, la idea era poner en contacto a los investigadores de estas latitudes con obras económicas, por eso el nombre de la editorial. Posteriormente se diversificó y empezó a publicar textos relacionados con las ciencias sociales y dio a conocer obras de literatura provenientes de cualquier parte del mundo. Sin el Fondo no se habría avanzado lo que se avanzó en los años cuarenta.

No fue fácil la creación de esta casa editorial. En un principio, Cosío puso a disposición de dos editores, Espasa-Calpe y Aguilar, ambas radicadas en España (Krauze y Cosío Villegas, 1980), el proyecto que echaría a andar al Fondo de Cultura. Sin embargo, nunca recibió respuesta de los representantes de esas editoras a pesar de que Cosío insistió por un buen tiempo. Tan fue así que cuando pasó un tiempo en España, en el año de 1933, la negociación no la interrumpió, aunque el resultado fue el mismo: ningún interés en hacer realidad el proyecto de Cosío.

Sin embargo, la idea no fue archivada y, hacia finales de 1933, logró convencer a Alberto Misrachi, dueño de una compañía llamada Central de Publicaciones, para financiar algo más modesto: una revista especializada que aparecería cada tres meses a la que se le puso el título de *El Trimestre Económico*. El primer número de esta revista apareció en 1934 y, a final de cuentas, fue la semilla que fundaría poco tiempo después a la casa editorial. Pasaron sólo nueve meses. Han pasado más de 70 años de la aparición del *Trimestre* y su publicación nunca se ha visto interrumpida y, más importante, se convirtió con el tiempo en una referencia obligada para los estudiosos de la disciplina económica, tanto en México como en América Latina e incluso otras latitudes.

A mediados de los años treinta, el Fondo empezó a publicar obras cuya intención era promover la investigación y la docencia. Su área de "influencia" rápidamente rebasó las fronteras nacionales y las publicaciones eran utilizadas en los programas académicos de un buen número de países iberoamericanos. Cosío Villegas fue su primer director. Se empezaron a traducir obras clásicas y posteriormente la nueva institución empezó a darle cabida a los trabajos de investigación, de literatura, que se producían en México y Latinoamérica. En poco tiempo, puede decirse que el Fondo se convirtió en una de las casas editoriales más importantes del mundo hispanoparlante.

De esta manera, a principios de los años cuarenta ya circulaban las obras fundamentales de Pareto, Weber, Keynes, Marx, Von Wiesse, Veblen, entre otros. Aquellos interesados en el estudio de las ciencias sociales tenían a su disposición una selecta bibliografía que contribuyó al desarrollo de las ciencias sociales como un todo integrado.

Por ello, se antoja difícil pensar en la institucionalización del trabajo científico social sin la presencia de esta casa editorial. Su función fue decisiva. Para terminar esta parte, valga decir que el Fondo se constituyó mediante la creación de un fideicomiso y su primera sede fue una institución del sector público: el Banco Hipotecario y de Obras. El Banco de México, o sea el Banco Central, junto con la Secretaría de Hacienda apoyaron financieramente los primeros pasos del Fondo. De nueva cuenta, instituciones del estado mexicano jugaron un papel central en la conformación de esta institución. Con el tiempo, el Fondo genera recursos propios pero parte de su presupuesto y su carácter siguen vinculados al sector público.⁷

LA ESCUELA NACIONAL DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

La Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales (ENCPS) de la Universidad Nacional Autónoma de México es una consecuencia y, a la vez, una extensión del Instituto de Investigaciones Sociales de la misma Universidad. Vio la luz en 1951. Mendieta y Núñez, director del Instituto fue el principal promotor y organizador de una escuela

⁷ Sólo para tener una idea de la importancia de esta casa editorial, su catálogo de publicaciones es de más de 600 páginas.

en la que los estudiantes pudieran aprender y entrenarse en los campos de la sociología y la ciencia política y la administración. Cuando se inauguró la escuela ofreció también, igual que hoy en día, las carreras de diplomacia (relaciones internacionales) y periodismo (comunicación). Las dos primeras, empero, eran al momento de su fundación las columnas vertebrales de la nueva escuela.

La Escuela se fundó 12 años después de creado el Instituto, dirigido por Mendieta como ya se ha anotado. En ese lapso, la institución encabezada por Mendieta había logrado su consolidación en términos de sus tareas de investigación. Sus miembros se dedicaban a investigar diversos tópicos sociales, incluyendo temas lingüísticos, lo que se refleja muy bien en la cantidad de artículos que se publicaron en su *Revista (Revista Mexicana de Sociología)*. El Instituto no sólo tenía presencia nacional sino que empezaba a figurar en foros internacionales, como la UNESCO.

Es por ello por lo que Mendieta entendió con claridad que era urgente el diseño institucional de un espacio para la formación de aquéllos interesados en las ciencias sociales. Había un hueco que era llenado por la Facultad de Derecho en donde se impartían la mayor parte de los cursos de sociología. Algunos también se dictaban en la Escuela de Antropología. La idea, por tanto, fue construir una institución que formara sus propios recursos en los campos correspondientes del quehacer científico social. Es en este contexto que se realizó el proyecto de tener una Escuela de Ciencias Políticas y Sociales.

Durante los años cuarenta, México había experimentado cambios notables. El México posrevolucionario, aunque autoritario, definió políticas públicas que promovieron la industrialización del país, por la vía de la sustitución de importaciones, el mercado interno se robusteció relativamente y, como consecuencia de la segunda guerra mundial, el sector manufacturero adquirió una importancia en el conjunto de la economía como nunca antes la había tenido en su historia.

La segunda guerra mundial jugó también un papel importante en la consolidación del estado mexicano. El proceso sustitutivo de importaciones permitió proteger el mercado interno, expandir la economía y obtener recursos que servirían precisamente para fomentar variadas políticas desarrollistas. En la medida en que la economía se afirmaba, el estado y el partido que fue creado desde la cima del poder imponían un control sobre diversos segmentos de la pobla-

ción, tales como el obrero y el campesino. Las demandas eran controladas por la vía de una red compleja de instituciones (incluyendo, por supuesto, las del partido) y, aunque autoritario el sistema, el régimen incluía, no excluía, a vastos sectores de la sociedad.

A la vez, la migración del campo a la ciudad intensificó su ritmo. Emergieron pequeñas y medias ciudades, síntoma claro de un claro proceso de urbanización. La población, además, empezó a crecer vertiginosamente. Hubo un *boom* demográfico. Una variable lo explica: la caída drástica de las tasas de mortalidad y, por otra parte, los niveles de fecundidad que alcanzaron valores muy altos. Los cambios social, económico y demográfico transformaban la fisonomía del país. No obstante, la estabilidad política que el país experimentó en esa época, y por muchas décadas después, se debió a la eficiencia de un partido político hegemónico que regulaba el conflicto sin acudir a medidas represivas de manera cotidiana. Hubo momentos en que se usaron, pero podría decirse que fue más bien la excepción que la regla en un periodo que abarcó muchas décadas.

Después de leer lo anterior, la pregunta que se impone es ¿cuál es la intención de las líneas anteriores? La respuesta es definir el contexto en que surge y se crea la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. Los cambios que el país experimentaba eran una suculenta invitación para abordar los problemas sociales que se vinculaban con los procesos antes descritos. Había que encontrar respuestas mínimas a una realidad que presentaba retos y enigmas. Se requería, por tanto, de investigación y de los profesionales que pudieran llevarla a cabo. Así fue como se formó la Escuela. Por primera vez se definió un currículum académico para formar sociólogos y científicos políticos que pudieran abordar las múltiples problemáticas que el desarrollo del país generaba.

La estabilidad que el país había logrado, a través de la estructuración de un régimen de corte autoritario, era notable, sobre todo si se compara con lo que sucedía en la mayoría de los países latinoamericanos. Había paz social. Sin embargo, la percepción de un partido político imbatible empezó a generar problemas que si bien no afectaron al sistema, sí contribuyeron a generar críticas políticas que, aunque la mayoría censuradas, dieron lugar al planteamiento de interrogantes que podrían ser abordados por los politólogos.

La oposición política, con el tiempo, creció y empezó a ser parte del análisis de algunos científicos sociales. Y, al mismo tiempo, desa-

rolló un vínculo estrecho entre la sociología y la ciencia política. En México estas disciplinas se institucionalizaron retroalimentándose. Las fronteras entre ambas son indelebles y puede decirse que lo que predominó (y en la actualidad así es) es la práctica de la sociología política.

El profesorado de la Escuela vino principalmente del IISUNAM. Para mencionar unos cuantos nombres: Óscar Uribe Villegas, un joven profesor de lingüística, sociología y estadística. José Gómez Robledo, dedicado al estudio de la biotipología. Ezequiel Cornejo, cuyo tema de interés era el análisis indigenista. Carlos Alba, abogado con una inclinación legal para el análisis de problemas sociales. Una importancia especial se le otorgó al aprendizaje de lenguas extranjeras, en particular el inglés y el francés. Las bibliografías tenían muchos textos en estos idiomas.

El primer director de la Escuela fue Ernesto Enríquez Coyro (1951-1953). Su sucesor fue Raúl Carrancá y Trujillo. Ambos abogados (Moreno Damián, 1995). Su formación, empero, no fue compatible con las expectativas de las ciencias sociales, pese a ser académicos prestigiados. Las primeras generaciones de estudiantes de la Escuela, sin embargo, empezaron a discutir las temáticas sociales aunque la investigación rigurosa, estrictamente hablando, no existía. Hasta 1951, la sociología era una "rama" del derecho y construir su autonomía llevó algún tiempo, tal como ocurrió. La Facultad de Derecho sin duda jugó un papel crucial en las primeras etapas de la recién creada institución, lo que contribuyó a la profesionalización de la sociología.

El nuevo campo académico que se abría no llamaba a la sociología por su nombre pues el programa original sugiere más bien la idea de las ciencias sociales. Es probable que haya sido una evocación del Centro creado por Medina en El Colegio, y que ya se ha discutido. Otra explicación, propuesta por Fernando Castañeda, insinúa que el objeto de estudio de la disciplina todavía no se había definido con precisión. El perfil del sociólogo, su praxis estaba todavía por diseñarse (Castañeda, 1990). Tan es así que las primeras generaciones tuvieron que tomar cursos en la Facultad de Filosofía y en la Facultad de Derecho. Con el tiempo, la Escuela empezó a ser autosuficiente y un grupo de jóvenes profesores empezaron a enseñar materias estrictamente vinculadas a las ciencias sociales y, en su impartición se subrayaba el énfasis que debería ponerse en la investigación rigurosa y científica.

Pablo González Casanova, formado como historiador en El Colegio de México, y después estudioso de la sociología, llegó a la dirección de la Escuela en 1958. Antes había ido a Francia, entre 1947 y 1950, donde obtuvo su doctorado en la especialidad bajo la dirección de George Gurvitch. Director y sobre todo maestro, diseñó un curso muy sugerente que tituló Sociología de México y que se impartió en los primeros años de los cincuenta. Era el curso que empezó a darle una identidad a la institución y a la disciplina como profesión en nuestro país.

El curso se basó en una revisión sistemática de los principales problemas que el país enfrentaba en esos años. Aparte de la revisión, el curso se distinguió por otra razón: uno de sus ingredientes fue una reflexión crítica de esos problemas, lo que se convirtió en una especie de imán que atrajo a muchos estudiantes. A mediados del siglo pasado era difícil y hasta osado señalar las debilidades y defectos del sistema político mexicano.⁸ El autoritarismo mexicano no fue cruento, pero sí censuraba todo aquello que le criticaba, que le molestaba, que no le era afín.

La Escuela integró a académicos que cumplieran los objetivos con los que se había diseñado. Llegó, por ejemplo, Moisés González Navarro, egresado del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México e impartió un curso sobre partidos políticos y opinión pública. Vale la pena anotar que el PRI, el partido de estado, nunca descuidó quedarse solo: siempre hubo pequeños partidos que proyectaban una fachada democrática al sistema, para impedir la percepción de que el monopolio político correspondía a un partido.

José López Portillo, a la postre presidente de México (1970-1976) dictó un curso de teoría del estado, una novedad para la época. Horacio Labastida fue el encargado de la enseñanza de la historia y Raúl Cardiel Reyes introdujo a los estudiantes a un curso, también innovador, que recorría la historia de las ideas políticas. Sin agotar todos los nombres, los mencionados muestran que el perfil de la Escuela empezaba a articularse y, con ello, se pusieron los cimientos para una formación apegada a los campos de conocimiento que ahí se impartían.

⁸ Daniel Cosío Villegas fue una excepción. En 1947, él escribió un artículo inusual-

Con la Escuela, una nueva revista fue creada. La idea era recoger lo que se investigaba dentro de la Escuela, y también lo que se producía fuera de la misma, la *Revista de Ciencias Políticas y Sociales*. Su primer número apareció en 1955. La Escuela, junto con su órgano de divulgación, sentaba dos condiciones fuertes para impulsar la institucionalización tanto de la sociología como de la ciencia política, en esos años los pilares sobre los que descansaba el quehacer académico de la institución.

Sin embargo, con el fin de precisar, todavía faltaban algunas etapas por recorrer para afirmar con certeza que la institucionalización era un proceso más bien completado. Hay una razón para sostener el argumento anterior. Los objetos de estudio de las dos áreas de conocimiento no habían alcanzado un mínimo que despejara cierta ambigüedad en el estudio y en la investigación que se llevara a cabo.

La llegada de González Casanova a la dirección de la Escuela, en 1957, contribuyó a tener una idea más precisa de lo que había que hacer. Bajo su conducción, diversos cambios fueron introducidos, los que redefinieron la trayectoria académica de la institución. Para empezar se elaboró un nuevo currículo de materias. Se le dio una importancia particular a los cursos de metodología de la investigación y se puso énfasis también en los de técnicas. Estas dos líneas de enseñanza junto con otros cursos tales como estadística, muestreo, fueron definitivos para orientar al estudiante hacia los derroteros de la investigación.

Si se añade a lo anterior el conjunto de materias relacionadas con los aspectos teóricos (sociológicos, políticos, acerca del estado, económicos), puede desprenderse que las condiciones necesarias para la profesionalización de las disciplinas estaban dadas. Así, el currículo académico contemplaba que los dos primeros años todos los estudiantes, independientemente de la opción terminal escogida (sociología, ciencia política, diplomacia, periodismo) tuvieran una formación común y, a partir del tercer año y hasta el quinto de la carrera, el proceso de especialización empezaba.

Se exigía hacer investigación de campo aunque no era una exigencia ineludible. Los trabajos de campo se orientaban en función de observación participante, una técnica más bien de corte antropológico. Era, empero, el comienzo. En 1959, los primeros cursos de computación se introdujeron y las encuestas basadas en cuestionarios y analizables en términos estadísticos empezaron a aparecer. Los

problemas sociales y políticos de México, para decirlo de una manera genérica, eran los temas de investigación tanto de estudiantes como de profesores. El hecho importante es que el contacto con la realidad se "integró" a la práctica y no se dependía tan sólo del libro de texto o de la cátedra magistral.

Hubo una transición del "particularismo" al "universalismo" para utilizar los conceptos desarrollados por el sociólogo estadounidense Talcott Parsons. La diferenciación dentro de la institución se inició con el fin de precisar mejor los temas a investigar. Se formó, en 1960, el Centro de Estudios Latinoamericanos y el Centro de Estudios del Desarrollo. América Latina y la problemática del desarrollo se convirtieron en dos campos de investigación.

A partir de este momento, la investigación empírica sobre temas nacionales relevantes se convirtió en uno de los objetivos de la Escuela. Se invitaba con frecuencia a profesores de Latinoamérica, de Europa o de Estados Unidos para impulsar el objetivo mencionado (González Casanova, 1957). Se tenía la expectativa, no infundada por cierto, de que los estudiantes que se graduaban ofrecieran, por la vía de las tesis correspondientes para obtener el grado de licenciatura, respuestas a los problemas del país, además de aquellos que estaban implicados en la modernización, uno de los temas que predominaban en los años sesenta (Moreno Damián, 1995: 76).

La corriente teórica que acompañó al nacimiento de la Escuela y bajo cuyos principios se realizaron las primeras investigaciones, fue estructural-funcionalista cuyos máximos exponentes fueron Robert K. Merton y Talcott Parsons (Merton, 1952; Parsons, 1951). Esta corriente tuvo una gran influencia en los profesores de la institución los que, a su vez, la transmitían a sus alumnos. No quiere decir lo anterior que autores como Marx o Weber fueran ignorados. Sencillamente se señala el predominio de una corriente de pensamiento. Puede decirse que la sociología norteamericana tuvo un papel muy activo en la institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales mexicanas, influencia que iría esparciéndose por toda América Latina.

Uno de los mejores ejemplos al respecto es el sociólogo argentino Gino Germani. Su contribución a la sociología de la región fue más que significativa y el "paradigma" que usó fue el estructural-funcionalista. Esta corriente, empero, no tuvo una larga vida. Un sociólogo estadounidense, pensador muy influyente en los años cincuenta y

sesenta, hizo críticas devastadoras en contra de esa teoría: Wright Mills. Su argumento principal es que la "gran teoría" conducía a un empirismo abstracto que en vez de explicar la realidad, se alejaba de ella. El uso de principios teóricos y pruebas empíricas no garantizaban, para Mills, el análisis de la sociedad ni la explicación que exigían los problemas inherentes a la misma.

Mills había ganado en América Latina una gran cantidad de seguidores. En 1959 publicó un recuento de su experiencia por Cuba, pocos meses después del triunfo de la revolución en ese país, un breve libro titulado *Escucha Yankee*. No se trató propiamente de una investigación sino más bien de una apreciación subjetiva y, a la vez, una apología de aquellos que resultaron victoriosos en Sierra Maestra: Fidel Castro y el Che Guevara. El triunfo revolucionario en la Isla le permitió a Mills desencadenar una crítica áspera en contra del imperialismo de su país.

Pero este autor fue más lejos; en 1961 publicó un libro en el que cuestionaba la forma de hacer sociología en los Estados Unidos, tal como se apuntaba líneas arriba (Mills, 1961). Concluía, entre otras cosas, la "inutilidad" de las ciencias sociales, al menos en Estados Unidos. De esta manera, la teoría con la que se empezó, repentinamente quedó envuelta en medio de un gran cuestionamiento que de alguna forma provocó desconcierto entre aquellos que se formaban y aquellos que basaban sus investigaciones en las premisas de esa corriente teórica.

Hacia la mitad de los años sesenta, la orientación teórica de muchos científicos sociales mexicanos (sociólogos, antropólogos y hasta politólogos) iniciaron un viraje: el estructural-funcionalismo fue paulatinamente remplazado por la teoría marxista y el análisis histórico. Los problemas se examinaban bajo esta perspectiva que, a todas luces, era antitética con la funcionalista. Eso explica, en buena medida, por qué cundió con rapidez y aceptación inusitadas la llamada "teoría de la dependencia", cuyos autores fueron Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto.

El problema, cualquiera fuera éste, se analizaba en su especificidad no en su regularidad. La historia, como disciplina, jugaba un papel fundamental en este quehacer pues proporcionaba la información para caracterizar, no generalizar, una problemática determinada. El marxismo como el gran paradigma y la "teoría de la dependencia" (que no es de corte marxista) pero sí atendiendo y ateniéndose a los

datos de la historia⁹ fue la alternativa adoptada por los analistas de la región. México, por supuesto, no fue la excepción. El análisis social de la segunda mitad de los años sesenta y todos los setenta se caracterizó, en mi opinión, por un sesgo ideológico: el análisis cuantitativo se convirtió en sinónimo de imperialismo; su origen: la sociología norteamericana.

El desarrollo y el subdesarrollo fueron dos problemas fundamentales con los que se enfrentó el análisis y la investigación. La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) se fundó en 1948. Su creación institucional influyó en que esos temas tuvieran la relevancia que adquirieron a partir de los años cincuenta. Se hicieron una buena cantidad de trabajos seminales, basados en la investigación y fundamentados desde una perspectiva no-marxista. Sirvan de ejemplos, sin citar sus obras, los análisis de Raúl Prebisch, Celso Furtado, Aníbal Pinto, Víctor Urquidí y Medina Echavarría. Por otra parte, las investigaciones pioneras de Gino Germani en Argentina, de Florestán Fernandes en Brasil, de Pablo González Casanova en México. La teoría usada se inscribió en el funcionalismo, en el uso de datos cuantitativos y obviamente generando resultados empíricos. Pese a que se transitaba de un paradigma a otro, las aportaciones de González Casanova y de Germani estimularon de manera significativa la investigación tanto en sus países como en otros países de la región (Germani, 1962; González Casanova, 1965).

Las ciencias sociales entraron en un proceso de fortalecimiento y el número de instituciones cuyo objetivo fue la investigación empezó a crecer como en ningún momento previo de la historia de la región. Chile, Brasil, Perú, Argentina, Uruguay México, entre otros países, experimentaron un *boom* en cuanto a hacer investigación y diseñar instituciones. Éste es el contexto en que nació la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. Una nueva época se inauguró en los cincuenta y los sesenta.

⁹ Fernando Cardoso fue un innovador del análisis sociológico en América Latina. En 1965 escribió un ensayo pionero titulado "América Latina. Hipótesis para una interpretación sociológica". En este ensayo, que circuló profusamente en una versión mimeografiada, introdujo por vez primera la noción de dependencia. Después, con Enzo Faletto, escribió el clásico libro *Desarrollo y dependencia en América Latina* (1969) cuya base se encontraba en el ensayo arriba mencionado.

HACIA LA CONSOLIDACIÓN INSTITUCIONAL

Bajo la guía de González Casanova, la Escuela adoptó una política institucional que a la postre resultó muy redituable. Desde el IISUNAM; Mendieta y Núñez hizo lo mismo. Ambos decidieron enviar a jóvenes estudiantes a continuar sus estudios, después de la licenciatura, al extranjero. La idea de contar con estudiantes posgraduados germinó y en poco tiempo un buen número de estudiosos se encontró en el exterior cursando programas de maestría. Los doctorados vendrían después.

Aquellos que fueron a estudiar fuera del país, a su regreso influyeron de manera notable en la formación de recursos, tanto en términos docentes como en el hacer investigación. De nuevo, mencionemos a algunos de ellos: Raúl Benítez estudió demografía, después de haber hecho su licenciatura en sociología en la Escuela, en el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE). Fernando Holguín y Jorge Martínez Ríos fueron a Brasil a la Universidad de São Paulo. Calixto Rangel Contla obtuvo su maestría en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Chile). Éstos, junto con los demás que siguieron sus pasos sobre todo a partir de la segunda mitad de los años sesenta vendrían a transformar el panorama de las ciencias sociales mexicanas. Todos ellos se integraron a la Escuela o al Instituto. El efecto cundió y una de sus consecuencias fue que los egresados salían mejor preparados para enfrentar el reto de la academia y de los trabajos que no necesariamente la involucraban. El Colegio de México se benefició también de estudiantes que se especializaron en el exterior, algunos de ellos en FLACSO-Chile, y a su regreso fueron integrados a las tareas académicas de investigación y docencia.

En pocas palabras, la formación en programas de posgrado, teniendo como base a los estudiantes formados en el extranjero, fue un elemento fundamental para reforzar la institucionalización de nuestras disciplinas. Las generaciones de estudiantes que tuvieron contacto con algunos profesores formados en el exterior fueron más profesionales que las previas. Se hicieron investigaciones más sofisticadas, en lo teórico y en lo metodológico. El dato, no como fin sino como medio de interpretar la realidad se integró al quehacer disciplinario. La docencia y la investigación, en los años setenta habían alzado el vuelo.

El profesorado de la ENCPS se benefició de dos distinguidos antropólogos: Ricardo Pozas Arciniegas e Isabel Horcasitas. El primero es el autor de un libro clásico de la literatura de ciencias sociales. Pozas abordó una temática lacerante de México: la realidad indígena (Pozas, 1951) que nunca se había estudiado desde una perspectiva cualitativa y en profundidad. Lo que se quiere subrayar, sin embargo, es que los dos investigadores hicieron una contribución notable en esos años de gran dinamismo institucional. Su contribución consistió en motivar al estudiante en la investigación de campo, lo que significaba salir del aula y ponerse en contacto con una realidad determinada.

Aunque su visión era antropológica, el bagaje que el estudiante adquiría de otras fuentes era complementada por aquélla. Así, describir un fenómeno social (una ceremonia religiosa, por ejemplo), escribir un informe de lo observado (el conjunto de hechos en torno al fenómeno) y obtener alguna conclusión de lo investigado empezó a ser una pauta distintiva en la formación del estudiantado. De esta manera, las "prácticas de campo" adquirieron una gran relevancia en el impulso a la investigación empírica. Las tesis de licenciatura experimentaron un cambio cualitativo: dejaron el corte ensayístico y se movieron hacia el campo de lo empírico, lo que significaba que en la conclusión que se obtuviera, cualquiera fuera ésta, había un ingrediente que además de intentar explicar un problema, podría encontrar eventualmente el germen de alguna solución al mismo.

De nueva cuenta, los ejemplos nos ilustrativos: el sociólogo Raúl Benítez (1931-2006) elaboró una tesis para obtener su grado de licenciatura cuyo objeto de estudio fue el análisis demográfico de México. Su investigación, sin negar las contribuciones previas del economista y demógrafo Gilberto Loyo, sirvieron como un punto de partida para inaugurar, en un marco institucional y profesional, el estudio de la población mexicana. Su contribución, junto con la de otro distinguido demógrafo formado en el CELADE, Gustavo Cabrera, conformó la base para institucionalizar y profesionalizar los estudios de población en México.

Otro ejemplo digno de mencionar es el del sociólogo Jorge Martínez Ríos. Su tesis consistió en poner a prueba algunas hipótesis funcionalistas de la teoría de Robert K. Merton, que se inscribía en lo que se conoció como "teorías de alcance medio": ni la gran teoría ni el empirismo ramplón. Oaxaqueño de origen, fue a su tierra natal y, en ese contexto, puso a prueba las hipótesis "mertonianas". Lo que

representó una confirmación de que la Escuela estaba formando investigadores profesionales cuyo criterio de actuar era el rigor científico. Calixto Rangel, para ofrecer un último ejemplo, incursionó en el problema del desarrollo regional. Su tesis fue pionera en el tema y su manejo de hipótesis y datos que la sustentaban, una muestra de rigor. El siguiente paso fue convertir la Escuela en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. La diferencia entre una y otra fue que se diseñó el primer curso de posgrado. Ésa es otra parte de la historia.

DE LA LICENCIATURA AL POSGRADO: UNA REDEFINICIÓN INSTITUCIONAL

Tuvieron que pasar dieciséis años para que la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales se convirtiera en Facultad. En 1967, los primeros cursos de posgrado fueron impartidos y se abrió la opción de obtener el grado de maestría en sociología y ciencia política. El director de la Escuela era Enrique González Pedrero quién sustituiría a González Casanova que había sido designado director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM en 1966. El posgrado fue un paso importante en la consolidación institucional de las ciencias sociales. Ese cambio fue posible, en buena medida, por el reclutamiento de profesores, egresados de la institución que habían ido a estudiar al extranjero. La mayoría de ellos regresaron con sus grados obtenidos en diversas instituciones del exterior.

Es importante señalar que en 1970 sólo se contaba con dos estudiosos que habían obtenido su doctorado en sociología. Uno de ellos era González Casanova. Después de ese año, muchos egresados se inclinaron por continuar sus estudios a un nivel superior y el número de doctores (Ph.D) empezó a crecer vertiginosamente. En este contexto, empero, es pertinente subrayar el papel que jugó la FLACSO cuya primera sede estuvo en Chile. El golpe militar que Pinochet le asestó a su país, terminó por una larga temporada con los exitosos programas de maestría de esa Facultad. Entre 1977, año de su fundación y 1973, año del golpe militar, decenas de egresados salieron y se distribuyeron por casi todos los países de América Latina. Las enseñanzas teóricas y de investigación que la FLACSO transmitía a sus estudiantes se vieron reflejadas en el trabajo académico de cada uno de ellos cuando retornaron a sus países de origen. La FLACSO tuvo

un efecto multiplicador en cuanto a la creación de programas de posgrado en toda América Latina.

En el caso de México, para no hacer generalizaciones infundadas, los estudiantes podían discutir algunos de los libros y artículos que conformaban una bibliografía con sus propios autores, esto es sus profesores. La publicación se convirtió en un deber y en una exigencia. Por fortuna, existían los medios, principalmente revistas que abrían los espacios para la producción que se gestaba. La *Revista de Sociología* del IISUNAM y la de *Ciencias Políticas*, de la Facultad recogieron innumerables trabajos de investigación que se generaban.

Las circunstancias mexicanas contribuyeron a la formación de una especie de círculo "virtuoso" cuyo resultado fue la multiplicación de profesores e investigadores de posgrado, que se obtenía por lo general en el exterior, particularmente Estados Unidos y Europa (Francia e Inglaterra, en ese orden): ese círculo fue el de profesor-investigador-estudiante. El regreso con el título de doctor, de nueva cuenta, influía en las tareas de investigación y motivaban al estudiante. Se reciclaba el círculo. Las instituciones de educación superior en ciencias sociales se fortalecían y se multiplicaban. En muchos sentidos la institucionalización, ese largo proceso que ha recorrido la ciencia en México, le abrió el paso a la profesionalización de las diversas disciplinas. Se generó un mercado de trabajo en el que había oferta y demanda por los especialistas de las ciencias sociales. Se confirmaba su relevancia.

Hay un hecho sobresaliente que resulta interesante conocer. En 1951, cuando la Escuela fue creada, 142 alumnos se registraron en las cuatro carreras que se ofrecían. Solamente tres de éstos optaron por cursar sociología. En 1979, la inscripción ascendió a 7000 estudiantes. La mitad de ellos optó por la sociología. En los años cincuenta y sesenta, la sociología como carrera profesional se ofrecía solamente en la UNAM. En los años setenta, prácticamente en todas las universidades del país se había creado la carrera.

Un estudio muestra que entre 1960 y 1990 la inscripción en la carrera de sociología aumentó 21 veces.¹⁰ Durante ese lapso, las razones ideológicas explican buena parte de ese incremento. Muchos

¹⁰ Consúltense Ramírez (1997), Moreno Damián (1995: 164), González Casanova (1957), Holguín (1959). Véase también el número especial de la *Revista de Ciencias Políticas y Sociales* 13 (47) (1967). El número completo revisa la trayectoria de la Escuela desde su fundación hasta mediados de los años sesenta.

de los que estudiaron la disciplina, pensaron que el conocimiento sociológico era un medio para propiciar el cambio social, incluso el mecanismo de promover los movimientos revolucionarios. La sociología aplicada al cambio estructural. Ésta fue una presunción en México y en América Latina. Lo anterior explica también el vuelco hacia el marxismo más como práctica que como orientación científica. La Revolución cubana contribuyó a esa redefinición académica y política, lo que sepultó por mucho tiempo los principios de la teoría funcionalista y los datos cuantitativos que fueron sustituidos por el análisis histórico y la historiografía.

Esta pauta es observable en casi todos los países de América Latina. Cuba, el Che Guevara en Bolivia, las guerrillas en el Cono Sur (montoneros y tupamaros) hacían pensar que, en efecto, la región cambiaría de rumbo político: del autoritarismo al socialismo. La euforia tuvo una duración cercana a un cuarto de siglo (1960-1985). Empezó, sin embargo, un marcado declive del análisis sociológico y también del interés por la disciplina. La utopía revolucionaria se diluyó. El mercado de trabajo demandaba especialistas cuyo entrenamiento y formación estuvieron más o menos exentos de "sesgos" ideológicos. Lo anterior se aplicaba, con rigor a sociólogos y economistas. Se inauguró una nueva época que coincide con la adopción de políticas neoliberales: se requería de analistas que contribuyeran, cuando menos, a insinuar la solución de problemas determinados.

La economía, el campo de estudio privilegiado de la segunda mitad de los ochenta y los noventa, se orientó hacia los principios de la teoría clásica, la econometría. Se regresó, no sólo en la economía sino en general en las ciencias sociales, al uso de los datos cuantitativos. Se pasó de los estudios "macro" a estudios "micro": problemas muy acotados eran los que se analizaban, abandonándose los "magños" estudios que involucraban, para casi todo al estado y a la sociedad. Lo que no se perdió fue el interés por la investigación. El conflicto social fue un detonante de muchos trabajos cuyo fin era encontrar explicaciones a nuestra realidad. Uno de ellos, el movimiento estudiantil que tuvo lugar en el otoño de 1968 fue crucial para estimular la investigación en este sentido. Podrían mencionarse también los conflictos obreros que ocurrieron en 1958 y un movimiento de médicos pertenecientes a los llamados sectores medios, que fue reprimido por el gobierno federal con lujo de violencia en 1965. Todos estos catapultaron la investigación dentro de las áreas

del conflicto y los movimientos sociales y su análisis y explicación no necesariamente involucraba la teoría de la lucha de clases.¹¹

Este tipo de análisis trajo consigo repercusiones diversas. Algunos cuestionamientos emergieron sobre el sistema político mexicano, su naturaleza autoritaria aunque el gobierno fue encabezado por civiles desde 1946, la estructura del poder piramidal, el escaso nivel de participación política, la desigualdad social y el déficit democrático que acompañó a este país por tanto tiempo. La investigación sobre estas problemáticas floreció.

Tres años antes de que estallara el movimiento estudiantil de 1968, que por cierto terminó con una cruel represión y abrió heridas que perduran en la sociedad mexicana por lo que se considera un parteaguas en nuestra historia, apareció un libro que cambió drásticamente el rumbo de las ciencias sociales mexicanas: *La democracia en México* de Pablo González Casanova.¹² Dicho cambio tuvo un impacto importante en el ámbito científico y social, pero también en términos políticos por una razón: promovió la crítica. Ese estudio,

¹¹ Zermeño (1978); véase también Pomiatowska (1971). En relación con los conflictos laborales de 1958, consúltese Pellicer y Reyna (1972). El movimiento médico de 1965 fue estudiado por Pozas Horcasitas (1993).

¹² González Casanova (1965). Puede argumentarse que este libro es un parteaguas en las ciencias sociales mexicanas y contribuyó al proceso de institucionalización de las ciencias sociales. Sin embargo, Hernández (1995) y Fernando Castañeda (1990) sostienen otra posición. Su punto de vista sugiere que el proceso de institucionalización de las ciencias sociales no se desprende necesariamente de este libro. Ese proceso es consecuencia, según estos autores, del trabajo de muchos pensadores, incluyendo algunos de principios del siglo xx. El elemento central de su postura es que antes de la aparición del libro de González Casanova hubo dos libros fundamentales que promovieron, de manera definitiva, la institucionalización. Uno de ellos fue escrito por José Iturriaga (1951) cuyo título es por demás sugerente: *La estructura social de México*. El otro pertenece a Manuel Germán Parra (1954): *La industrialización de México*. De acuerdo con ellos, *La democracia en México* es una continuación de esos dos trabajos; no es un punto de partida. Desde mi punto de vista, las investigaciones de Iturriaga y Germán Parra son indudablemente importantes, pero son independientes del trabajo de González Casanova. La base para sostener esta posición es que *La democracia* estimuló la hechura de innumerables investigaciones, desde ángulos tales como la sociología, la ciencia política y la economía. Fue un trabajo que planteó y, a la vez, integró problemáticas diversas. Las otras dos obras, sin duda realizadas con gran rigor, contribuyeron a descubrir aspectos desconocidos de la estructura social mexicana y del proceso de industrialización. Sin embargo, no estimularon en la misma medida la investigación en comparación con el libro de Casanova, por lo que abonaron menos para el proceso de institucionalización.

publicado en 1965, usó teorías diversas y poniéndolas a prueba en el terreno empírico, el libro inició un proceso cuyo común denominador fue la investigación de temas como los mencionados en el párrafo anterior.

El libro, al que se le puede hacer cualquier crítica menos la falta de rigor, sirvió para que grupos de investigadores o de manera individual cuestionaran y buscaran explicaciones a los problemas sin resolver que el país ha arrastrado desde siempre. En consecuencia, nuevas áreas de investigación se abrieron, con el objetivo de encontrar en el análisis respuesta a lo que laceraba a la sociedad. Este libro fue un parteaguas en la forma de hacer, pensar y plantear los problemas nacionales.

LA MULTIPLICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN INSTITUCIONALIZADA

Por décadas, el sistema presidencial mexicano o lo que es lo mismo su régimen político, censuró análisis y críticas de muchos problemas que aquejaban la vida nacional. Las instituciones de educación superior por lo general no ejercían la crítica por la vía de la investigación y sus resultados, una de sus funciones rectoras. Los medios de comunicación, por su parte, eran cautos a punto tal que ofender el sistema político era mantenido al margen, con excepciones que usualmente caían en el terreno de la censura.

En este contexto, Pablo González Casanova publicó su libro cuyo contenido se apartaba de lo que estaba, de facto, acordado. Fue como transgredir una frontera para aquellos que pretendían hacer de la crítica un espacio nuevo, dentro de la rígida sociedad mexicana. El libro de González Casanova fue un detonador que abrió las puertas a la crítica; mesurada y rigurosa, pero crítica a final de cuentas.

El libro sirvió de base para muchas investigaciones pero, a la vez, fue el motivo de diversas discusiones en torno a todos aquellos problemas soterrados que no tenían cabida en una sociedad como la mexicana de los años sesenta. Las elaboraciones teóricas y las investigaciones de campo empezaron a proliferar. Sus resultados empezaron a publicarse y, sin temor a exagerar, se inauguró un espacio diferente de intercambio de ideas entre estudiantes, profesores y, en menor medida, aquellos interesados de una o de otra forma en las problemáticas políticas y sociales.

Resulta pretencioso mencionar que uno de los primeros, si no es que el primer trabajo de investigación, dentro del campo de la sociología política y en particular referida al ámbito electoral mexicano se derivó del libro de González Casanova y fue elaborado por el autor de este capítulo. Se puso a prueba una hipótesis, entre las muchas que podrían derivarse del citado texto, que reflejó algunas peculiaridades del sistema político mexicano.¹³

Como estudiante del programa de maestría que FLACSO-Chile ofrecía a mitad de los años sesenta, escribí un trabajo de clase cuya exigencia era correlacionar dos variables: una que tuviera que ver con desarrollo económico y otra que recogiera (o indicara) problemas políticos. De acuerdo con las teorías en boga, era esperable que ambos factores, independientemente de cómo fueran medidos, se relacionaran de manera positiva (Lipset, 1960). En otras palabras, la expectativa en torno a la correlación estadística sugería que en la medida que creciera uno de los indicadores, el otro lo haría también. Resumiendo, la propuesta teórica insinuaba que el desarrollo económico era una condición de la democracia.

La tarea de escribir el trabajo de clase no representó muchos problemas. Por fortuna al libro de González Casanova lo acompañaba un novedoso anexo estadístico cuyos datos, al examinarlos, daban para hacer una buena cantidad de distintos análisis empíricos. Ahí se encontraba información referente a los procesos económicos, las elecciones locales y federales, el número de huelgas estalladas, las iniciativas mandadas al Poder Legislativo por el Poder Ejecutivo, etcétera.

Tomando en cuenta una porción de estos datos, estimé una correlación simple (un coeficiente de correlación de Pearsons) bajo la hipótesis de que en la medida que el desarrollo fuera mayor en las 32 entidades federativas (medido por el ingreso per cápita), el índice de participación electoral (medido por el número de votos depositados en las urnas y dividido entre el número de ciudadanos empadronados) en la elección federal mexicana de 1958, la asociación mostraría una disposición concordante. No obstante, el resultado obtenido apuntaba exactamente lo contrario. En todos los casos, esto

¹³ Reyna (1967). El autor egresó de la Escuela en 1963 y publicó en la Revista de la misma un trabajo de investigación que dio a conocer un hallazgo empírico. Se menciona esto no por ser la excepción sino, por el contrario, la regla. Más tarde, ese mismo año, se le otorgó el grado de doctorado. (Reyna, 1971)

es cambiando los indicadores que reflejaban el grado de desarrollo económico, los datos mostraban una relación inversa: las entidades federativas más pobres presentaban los mayores índices de participación electoral (política).

De este sencillo trabajo de investigación empírica se desprendió una interpretación que vendría a complementar, de alguna forma, el planteamiento de González Casanova. Si la votación mayoritaria tenía lugar en las zonas más atrasadas del país, y era menos abundante en las más desarrolladas, podría inferirse que el voto era controlado desde el Estado por la vía de su partido hegemónico. Esa idea de que por el simple hecho de que la gente pudiera votar se tenía una democracia formal tendió a desvanecerse. Era un voto controlado que corría de manera paralela con un régimen autoritario como el que México tuvo por tanto tiempo. Además, el otro hallazgo indicaba con claridad que las zonas relativamente más desarrolladas del país no sólo votaban menos sino que, cuando lo hacían, obsequiaban su voto a otro partido que no fuera el del estado. Esto era la oposición, si acaso así podía llamarse en esa época: se concentraba en las zonas urbanas, industriales, más educadas: era un voto menos manipulable. En otras palabras, la correlación entre desarrollo y "voto de oposición" (definido como los votos que no eran para el partido oficial sobre el número de empadronados) era positiva.

El México pobre, al menos electoralmente, era el sustento formal del régimen autoritario. Las instituciones políticas que se desarrollaron después de la revolución eran un enjambre que cubría al país, en toda su extensión, lo que permitía en muchos sentidos la "inducción" del voto, en especial en las zonas más atrasadas. Estos resultados, en alguna forma, iban en contra de la teoría de Lipset pues la dirección de la asociación, al menos en el caso mexicano, recorría el sentido contrario. Relato este ejemplo, no sólo por conocerlo de cerca, sino porque tiene un rasgo de "representatividad" de los múltiples estudios que el trabajo de González Casanova inspiró con su libro.

El libro en cuestión no era "completamente" sociológico. Era una combinación, tan frecuente de encontrar en México y en general en América Latina, que entrelazaba aspectos políticos y sociales en una especie de interpretación integrada. De esta manera, González Casanova abordó, en diversas partes de su trabajo, el problema de la estructura de gobierno, los factores del poder, la estructura social y al-

gunas de sus dimensiones como la estratificación y la movilidad sociales. Introdujo, además, un capítulo pionero acerca de la inconformidad social y la lucha civil dentro de la sociedad mexicana, lo que le permitió acercarse a otro gran problema; la desigualdad social.

Cuando el libro fue escrito (principios de los años sesenta), los argumentos sobre los que se basaba resultaban delicados de esgrimir y riesgosos de escribir. El libro, sin embargo, fue abriendo un espacio tal vez por su rigor analítico y también por el hecho de que el gobierno, aunque con infrecuencia, se mostraba tolerante a la crítica. Tan fue así que esta obra de González Casanova se reimprimió innumerables veces y, en la actualidad, continúa siendo un libro de lectura obligada. Pero, de nueva cuenta, para entender el tiempo de su hechura y los problemas que tocaba, se trataba de algo inédito.

El autor señaló que junto con el México "organizado", cuya base era un sólido sistema presidencialista, un partido de estado (el PRI), las poderosas centrales sindicales que dependían política y financieramente del aparato estatal, también existía un México "desorganizado", compuestos de amplios segmentos de la población ubicados en zonas de marginación, excluidos de cualquier beneficio: los pobres, los que no tienen. Esa parte de México carecía de cualquier instrumento político para plantear sus demandas esenciales, y le era imposible enfrentar la injusticia e inequidad en la que se hallaba inmerso.

Sin embargo, el punto a destacar es que ese México desorganizado era controlado plenamente por el México organizado. El estado se había encargado de integrarlo en sus estructuras e instituciones, en particular el partido de estado. Una especie de autoritarismo incluyente. El enjambre institucional que se desarrolló, como se mencionaba, después de la Revolución, era capaz de absorber esa porción del país por medios institucionales, lo que contribuyó de manera decisiva a que México se distinguiera de casi todo el resto de los países latinoamericanos por su perdurable estabilidad política y su autoritarismo manejado por civiles.

La democracia en México se convirtió en una fuente de ideas e inspiró a muchos jóvenes académicos a hacer investigación, al menos en dos campos cruciales del conocimiento e importantes para entender la realidad política nacional: procesos políticos y problemas sociales. Pese a que muchos estudiosos habían hecho trabajos sobre distintos aspectos de la realidad, por cierto más extranjeros que

mexicanos, la investigación en México estaba todavía en vísperas de florecer. Por ello la importancia del libro que se ha mencionado varias veces. Promovió la investigación empírica y permitió con ello descubrir diversos ángulos de una realidad que nunca antes había sido tocada. Sin riesgo de errar puede establecerse una fuerte asociación entre la institucionalización de las ciencias sociales mexicanas y el desarrollo de la investigación basada en principios teóricos y pruebas empíricas.

Es posible tener un listado más o menos completo de los hallazgos de investigación obtenidos durante la segunda mitad de los años sesenta. González Casanova y Ricardo Pozas Horcasitas escribieron un artículo en el que se señalan, aunque la importancia mayor se reconcedió al problema de la estratificación y la movilidad sociales.¹⁴ Es importante destacar que el concepto usado por estos autores fue el de estratificación y no el de clase social, que sería el gran tema de análisis y debate en México y América Latina a partir de los años setenta.

De esta manera, un buen grupo de investigadores orientaron sus esfuerzos para investigar problemas relacionados con grupos sociales determinados, problemas de diferenciación social y la estructura de clases.¹⁵ Una muestra de autores: Claudio Stern, Calixto Rangel, Ricardo Cinta, Manuel Villa, Lourdes Arizpe, Enrique Contreras, Kirsten Albrechtsen, entre otros. Tal vez el común denominador de todos ellos fue el análisis de la desigualdad social, entre diferentes grupos (clases). Los análisis regionales se hicieron para precisar mejor el fenómeno de la desigualdad en un contexto en el que los procesos de urbanización e industrialización mostraban una dinámica inédita, por su velocidad.¹⁶

¹⁴ González Casanova y Pozas (1965). Este artículo guarda una estrecha relación con algunos argumentos desarrollados en *La democracia en México*.

¹⁵ Un estudio pionero sobre este tema fue publicado por Arturo González Cosío (1965). El análisis se acerca al enfoque de la estratificación social, a pesar de que el concepto de clase social se hace explícito a lo largo del trabajo. La principal fuente de información proviene de los censos nacionales de 1940, 1950 y 1960. El concepto de clase social fue definido operacionalmente con base en cohorte y tomó en consideración variables como educación, para "medir" la clase. Este estudio, independientemente de cualquier crítica, trazó el perfil de la estructura social de México. En el momento de su publicación fue verdaderamente innovador.

¹⁶ Un recuento más o menos sistemático al respecto de este tema se encuentra en

El tiempo se encargó de remplazar la teoría funcionalista y, con ello, desplazar en muchos sentidos a la sociología norteamericana como la corriente predominante sobre la que podría hacerse investigación. Poco a poco la teoría marxista la remplazó. Esa mutación trajo implicaciones diversas. Los estudios cuantitativos, basados en análisis estadísticos sofisticados cedieron su lugar a los análisis cualitativos. La historia como disciplina se privilegió para encontrar la especificidad del dato lo que, a su vez, definía la unicidad del problema que se pretendía explicar.

Para seguir enumerando investigaciones que contribuían a conocer la realidad y también a institucionalizar el quehacer de las disciplinas sociales, pueden mencionarse los trabajos pioneros como los referidos a los campesinos y la problemática agraria,¹⁷ sobre las migraciones internas fueron hechos por Humberto Muñoz, Claudio Stern y Orlandina de Oliveira. Sus estudios trazaron una realidad en la que se reflejaba el intenso movimiento de personas que dejaban las zonas rurales y se dirigían a las zonas urbanas, en especial la ciudad de México.¹⁸ Ese movimiento poblacional traía muchas consecuencias: creación de empleos urbanos, hacinación, crecimiento desmesurado de las ciudades, intensificación de la desigualdad social, etcétera. En pocas palabras, la estructura social de México se transformó y su cambio fue confirmado y explicado por las investigaciones correspondientes.

Con base en lo anterior, es razonable afirmar que las ciencias sociales mexicanas, en los años setenta, estaban cercanas a consolidarse. Se hacía investigación y docencia. La Universidad Nacional, El Colegio de México, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y los centros que estructuraban a estas instituciones compartían el objetivo de formar recursos humanos y hacer investigación. Esa década presenció la creación de una cantidad significativa de programas

¹⁷ Un buen ejemplo al respecto es el trabajo de Rodolfo Stavenhagen (1970), puede consultarse también a Pozas Horcasitas (1979). Contribuciones muy importantes fueron hechas también por Arturo Warman. Escribió una buena cantidad de artículos y algunos libros. Con fines de "representatividad" se mencionaran dos trabajos. Uno publicado al inicio de su carrera (Warman, 1973) y otro al final (Warman, 2003). Por cierto el autor murió en 2003.

¹⁸ Muñoz *et al.* (1977). Este proyecto de investigación se basó en un detallado trabajo de campo, que incluyó estimaciones maestras diseñadas para medir los efectos de la migración y su impacto, entre otros, en el crecimiento de la ciudad de México.

de posgrado, los que fueron demandados por aquellos interesados en conocer la realidad del país. Se empezó con maestrías, luego siguieron los doctorados. Los setenta, además, presenciaron la creación de nuevas instituciones públicas de educación superior tales como la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), nuevos campus pertenecientes a la UNAM cuyo propósito era desconcentrar la Ciudad Universitaria. Dichos espacios se distribuyeron en la zona metropolitana de la ciudad de México (las Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales, ENEP).

En 1974 se fundó el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) cuyo objetivo principal era el análisis económico, las políticas públicas y su administración. Investigación y programas de posgrado se diseñaron para cumplir con el cometido de las metas expuestas. Por su parte, El Colegio de México redefinió sus alcances en la medida en que instituciones semejantes se establecieran en provincia, bajo el mismo principio: calidad en la investigación y excelencia en la docencia.

Se estableció, a fines de los setenta, El Colegio de Michoacán, en Zamora, y el Colegio de la Frontera Norte en la ciudad fronteriza con la estadounidense San Diego. Ambas instituciones impulsaron investigaciones que, desde ciertas regiones de México, han contribuido a entender mejor nuestros problemas históricos y, sobre todo, nuestros problemas fronterizos: 3 200 kilómetros de frontera con Estados Unidos son, además de un problema, un hecho irremediable. Pero eso no excluye que hay que entenderlo. Esa función la cumplió, desde principios de los años ochenta, el Colegio de la Frontera Norte. Después otros Colegios se formaron: el de Jalisco, San Luis Potosí, Puebla, el de la Frontera Sur. Todos ellos atendiendo problemáticas regionales y todas las instituciones mencionadas financiadas, aunque a veces no con lo suficiente, por el gobierno federal.

A partir de 1974, después del golpe de estado que Pinochet les asestó a los chilenos, México abrió sus puertas a los nuevos trasterrados. Un flujo importante de académicos vino de Chile. Después llegarían los perseguidos por la guerra sucia que se desató en la Argentina, también a mediados de los setenta. Diversas instituciones se beneficiaron con ese nuevo flujo de "migrantes calificados". Una de ellas fue la FLACSO, cuya sede se inauguró en México en 1975.

En Chile, habría que recordar, las ciencias sociales no tenían cabida en un régimen que las definió como amenazas marxistas para

la seguridad y para la convivencia. Ésa fue la razón para instalar una nueva sede de esa institución latinoamericana cuyo propósito sería el mismo que la rigió en Chile: formar recursos de alto nivel. La llegada de los académicos del Cono Sur (brasileños, peruanos, guatemaltecos y bolivianos también arribaron a esta tierra) contribuyó a que las ciencias sociales mexicanas se "latinoamericanizaran". La investigación que se hacía no sólo se refería a México sino extendió sus alcances geográficos y, por ende, de conocimiento. La docencia igual. Los cursos sobre diversas facetas de la región fueron integrados a los planes de estudios vigentes e impartidos a las generaciones que, por diversas razones, tenían cierta avidez de conocer más a América Latina (Cuba, Chile). Ello sirvió para hacer estudios comparados. La mayoría de los recién llegados fueron absorbidos en instituciones públicas. La UNAM, por ejemplo, reforzó su Centro de Estudios Latinoamericanos.

Estos cambios tuvieron impactos significativos. Las disciplinas sociales se diversificaron, continuaron su proceso de institucionalización y, en la década de los setenta, ya existía una infraestructura lo suficientemente sólida en la que descansaban muchas de las actividades relacionadas con esas disciplinas.

El estado, sin entrar en este capítulo a escudriñar en las razones por las que lo hizo, inició un esfuerzo enorme para descentralizar la educación superior que, de hecho, sólo tenía lugar en la ciudad de México. Las universidades públicas de las 31 entidades federativas restantes no tenían, estrictamente hablando, una presencia en sus respectivos lugares. Por eso los estudiantes que no habitaban en la capital del país, venían a cursar sus estudios en las instituciones que aquí se ubicaban.

El éxito de la descentralización se reflejó en mejores universidades en los estados de la federación y un indicador más importante es que retuvo a sus estudiantes en sus lugares de origen para estudiar ahí sus respectivas licenciaturas. Al principio la oferta fue poca. Pero con el tiempo, la misma se ensanchó. Hoy en día, las universidades públicas de las distintas entidades del país tienden a satisfacer, en buena medida, la demanda estudiantil, en particular a nivel licenciatura, aunque exista una cantidad importante de programas de posgrado en esas instituciones.

En los años setenta la demanda de profesores fue muy alta y cabe mencionar el papel tan importante que desempeñaron los exilados

sudamericanos. Muchos de ellos crearon escuela. A riesgo de cometer alguna injusticia por omitir nombres, podrían enumerarse algunos con el fin de calibrar su calidad y talento. Sergio Bagú, René Zavaleta, Ruy Mauro Marini, José Nun, Agustín Cueva, Juan Carlos Marín, Francisco Zapata, María Luisa Tarrés, Luis Maira, Juan Carlos Portantiero, entre otros.

Desde la otra perspectiva, la "latinoamericanización" de México implicó que sus puertas institucionales se abrieran a estudiantes que provenían de muchos países de la región. La FLACSO es un ejemplo emblemático. Sin embargo, no podría dejar de mencionarse a la UNAM, a El Colegio de México cuyos programas, hasta el día de hoy, tienen una composición en donde la extranjería es un ingrediente fundamental. Una extranjería más latinoamericana que de cualquier otra región. Las dictaduras latinoamericanas empezaron a extinguirse. Los exiliados emprendieron la retirada. Otros, tal vez los menos, se quedaron en el país. Su semilla, sin embargo, quedó sembrada con su consecuente resultado: ciencias sociales más afianzadas.

Mientras tanto, nuevos temas de investigación empezaron a ser abordados. Un interés especial surgió sobre la estructura de los grupos dominantes. Diversos estudios habían sido hechos en América Latina (Cardoso, 1972; de Ímaz, 1968). Quiénes eran las elites se convirtió en un objeto prioritario de estudio. En México esta corriente tuvo sus seguidores (Cinta, 1972; Cordero y Santon, 1977; Hoyo 1973; Labastida, 1972, entre otros). Vale decir que en los setenta se tenía, en México, un escaso conocimiento de los grupos económicamente dominantes de la burguesía. Es más, a principios del siglo XXI, las investigaciones sobre la conformación de estos grupos tienden a escasear. Tal vez sean difíciles de penetrar por lo que la información que fluye no es abundante. No obstante, las investigaciones que se llevaron a cabo arrojaron alguna luz sobre esa área de conocimiento y, gracias a eso, hoy sabemos más de lo que en el pasado solíamos conocer.

El movimiento obrero, tal vez como una reacción antitética del anterior tema, fue un tema privilegiado en los setenta y los ochenta. Una explicación al respecto es que muchos académicos e intelectuales partieron del supuesto de que una revolución social podría ser liderada por fracciones de la clase obrera. La investigación que se hizo sobre esta problemática arrojó muchos hallazgos interesantes que apuntaban más a su historia que a su posible papel como deto-

nador de un movimiento que modificara el orden de cosas establecido. Las centrales obreras crecieron de la mano del estado: petroleros, electricistas, entre otros. Todos estaban bajo su control. Ésa fue su historia; la historia del sindicalismo mexicano. Fuerte en principio, sumiso ante el poder. Hablar de sindicalismo significaba analizar el control de una clase que, en teoría, estaba destinada a encabezar un nuevo sistema político.

Tal vez por ello, la atención de algunos se dirigió, en gran medida, al estudio del movimiento obrero independiente, el que estaba al margen y sin la tutela del estado. Ésa era la utopía: en este tipo de organizaciones estaba el potencial revolucionario. Aunque en México la oposición de estas agrupaciones sindicales no representó un peligro para la estabilidad política, y menos aún para el cambio estructural, los escasos logros reivindicativos que se alcanzaron permitían aceptar que el germen del cambio se encontraba en estas pequeñas asociaciones.

Algunas enfrentaron al estado: los ferrocarrileros en 1958 o los electricistas en los setenta. Sin embargo, la solidez autoritaria del estado mexicano era tal, que todo embate terminaba en represión y ésta se convertía, por decirlo de alguna forma, en depresión: la vía de encabezar un estado proletario se inscribía en la teoría, no en la realidad. Los regímenes posrevolucionarios tenían como una de sus bases principales de apoyo a los sindicatos. Eran parte del partido hegemónico y su liderazgo corrupto garantizaba el control del movimiento que decían representar.¹⁹

La pobreza y la desigualdad, aunque problemáticas diferentes, atrajeron también la atención de un buen número de analistas. Desde una perspectiva antropológica, un estudio tuvo un impacto significativo entre algunos miembros de la academia e incluso entre actores de la clase política de la década de los sesenta. Este estudio,

¹⁹ Diversos estudios fueron publicados sobre la clase obrera en México; consúltese entre otros Cerda Silva (1961) y Clark (1934). Estos dos libros fueron una referencia obligada para conocer aspectos generales del problema. A principios de los años setenta, sin embargo, el tema del movimiento obrero fue objeto de atracción de muchos estudiosos. Se hicieron y publicaron muchos trabajos que revelaron muchas facetas, nuevas casi todas, sobre la clase obrera. Sería imposible mencionar todas las contribuciones al respecto. Aquel interesado en este punto específico puede consultar una obra colectiva coordinada por Pablo González Casanova. Son 16 volúmenes publicados bajo el título de *La Clase Obrera en la Historia de México (1975-1980)*. Esta colección cubre

Antropología de la pobreza, del antropólogo norteamericano Oscar Lewis,²⁰ reveló, en su crudeza aunque sin alejarse de la realidad, la pobreza urbana de la ciudad de México. Cinco familias se convirtieron en estudios de caso a profundidad y la investigación, en muchos sentidos, cuestionó lo que los gobiernos emanados de la Revolución proclamaban: el éxito mexicano del desarrollo estabilizador que consistía, para ser sintéticos, en un crecimiento económico sostenido, ingresos reales al alza, estabilidad monetaria y una inflación envidiablemente pequeña. No obstante estos innegables logros, el monstruo de la pobreza estaba ahí. Como anécdota, uno de los efectos de este libro fue la destitución de Arnaldo Orfila como director de la casa editorial que lo publicó: el Fondo de Cultura Económica. Su despido, sin embargo, permitió establecer otra editorial que vendría a ser fundamental para las ciencias sociales: Siglo XXI, dirigida también por Orfila.

El estudio de Lewis era de corte cualitativo. Usó la entrevista como instrumento de recolección de datos. Fue el primer estudio en su género y, por lo mismo, despertó el interés por profundizar la problemática. Ya en los setenta la pobreza era estudiada mucho más y desde un ángulo sociológico. Los hallazgos, sin embargo, mostraban la misma pauta: una gran proporción de la población vivía en la zona de pobreza y el que se haya cuantificado no negaba la validez de las conclusiones a las que Lewis había llegado.²¹ Hoy en día, ésta no es

²⁰ Oscar Lewis (1959) lo publicó en español, en 1965, en el Fondo de Cultura Económica. Al gobierno de la época, encabezado por Gustavo Díaz Ordaz, no le gustó el espléndido libro de Lewis. Lo utilizó, además, como un pretexto para despedir de esa casa editorial a su director: Arnaldo Orfila Reynal. Este incidente, por llamarlo de alguna forma, ilustra con claridad la dificultad que existía en México en los años sesenta para hacer investigación y crítica. Dicho sea de paso, si se escribió un libro sobre la pobreza, está pendiente la elaboración de otro cuyo título sería "La antropología de la riqueza". Es muy probable que una investigación con esta idea contribuiría al entendimiento de uno de los graves problemas de México: la desigualdad.

²¹ Lomnitz (1975). En los años noventa, Enrique Hernández Laos, Fernando Cortés y Santiago Levy, entre otros, analizaron el problema de la pobreza usando herramientas estadísticas y metodológicas sofisticadas. Sus hallazgos de investigación develaron muchos aspectos desconocidos del problema. En mi opinión, los libros más representativos sobre este punto son el de Hernández Laos (1982) y Levy (1991). La bibliografía sobre pobreza en la actualidad es considerable. Una conclusión general que puede apuntarse es que la pobreza se ha expandido con gran rapidez. Uno de los últimos trabajos que puede ser de interés consultar es el de García (2004).

una problemática de investigación sino un reto que enfrentan todos los gobiernos del área, sin excepción.

Es importante anotar también que en donde hay un déficit de investigación es en lo que podríamos llamar "la antropología de la riqueza". Tan importante es el estudio de los factores que se asocian con pobreza como aquellos que tienen que ver con la generación de la riqueza. La observación no se refiere al estudio de los grupos económicos y empresariales sino a los mecanismos estructurales que permiten amasar fortunas cuantiosas y que contribuye a exarcarbar los problemas de la desigualdad social y pobreza extrema.

El México rural fue también ampliamente investigado. Los problemas del campo, la reforma agraria, y también los caudillos, esa vieja institución mexicana y latinoamericana que los hacía seres "de otro mundo" pero íntimamente vinculados con el poder político. El objetivo, expuesto de una manera genérica, era indagar los nexos entre una fuente tradicional de poder con las aparentemente más modernas que emergían en México, como consecuencia de los rápidos cambios estructurales que tenían lugar. El IISUNAM realizó esfuerzos importantes en esta línea de investigación.²²

En México, salvo diferencias de matiz, puede decirse que la sociología política y la ciencia política tienden a converger en muchos sentidos. Muchos sociólogos de los años setenta y ochenta, e incluso en la actualidad, se involucraron en proyectos de investigación cuyo denominador común era el poder político. Al escoger esta ruta, se inauguraba un área de investigación novedosa, la que si se rastrea hasta sus orígenes se encuentra que los mismos temas están en el libro multicitado de González Casanova. Varios ejemplos, la mayoría de ellos representativos, fueron publicados en un libro coordinado por el IISUNAM: *El perfil de México en 1980* (IISUNAM, 1972).

Diversos autores, cuyas contribuciones se encuentran en este libro, examinaron las implicaciones de la distribución del poder (concentrada, por supuesto, en torno de la institución presidencial), los procesos y mecanismos de legitimidad del poder, las bases del estado, los retos que se asociaban con una participación política que, aunque lentamente, tendía a ensancharse, la dinámica de los procesos elec-

²² Un trabajo representativo al respecto fue coordinado por Roger Bartra (1975, véase también nota núm. 17).

torales, la desigualdad social, entre otros tópicos.²³ Hubo contribuciones que permitieron entender la emergencia y articulación del poder político en la era posrevolucionaria (Córdova, 1972, 1974). En su conjunto, los distintos proyectos permitieron el planteamiento más cabal de la conformación de una estructura de poder, sus procesos y sus mecanismos internos. Hasta la fecha, muchos de estos temas son objeto de investigación de muchos miembros de la comunidad académica.

Sin riesgo de errar, el análisis social, por decirlo de una forma genérica, era abordado desde diferentes enfoques y sujeto, por tanto, a diversas interpretaciones. No fue algo fortuito. Menos aún declarar que se trató de una especie de triunfo de la academia ante el sistema autoritario: la crítica fluía. Es pertinente subrayar también que el sistema político mexicano empezaba a abrirse, a ser más flexible, pero no porque la administración en turno tuviera como meta la democratización del sistema. La apertura era un señuelo para que, sin cambiar el carácter autoritario del régimen, se pudieran visualizar espacios que no se conocían en la política ni en la academia. Era una apuesta por ganar legitimidad, tan necesaria para el sistema y su clase política, después de los acontecimientos del movimiento estudiantil de 1968, que habían lastimado no sólo a una sociedad sino también el centro de la estructura de poder y su clase política.²⁴ Por la coyuntura política, los intensos procesos de cambio socioeconómico, la política y su cuestionamiento se volvieron temas inevitables de discusión.

De la misma manera que los acontecimientos políticos que conmovían, y redefinían a México, las ciencias sociales mexicanas como las del resto de América Latina se vieron profundamente impactados por la emergencia, que tuvo lugar a fines de los años sesenta y que se conoció como la Teoría de la Dependencia; sus autores Fernando Cardoso y Enzo Faletto y el título del libro fue *Dependencia y desarrollo en América Latina*. La argumentación que respaldaba a esa nueva

²³ Consúltese *El perfil de México en 1980* (1972:430-455). Es importante subrayar la importancia que tuvieron algunos libros de Cosío Villegas (1972, 1974). En ellos se hace un análisis revelador del sistema político mexicano. Estos trabajos, que fueron muy vendidos, definieron un nuevo enfoque para abordar el mundo de la política mexicana.

²⁴ Un análisis detallado de las contribuciones de autores mexicanos y foráneos a diversos tópicos relacionados con la ciencia política se encuentra en Meyer y Camacho (1979).

postura de análisis fue tan convincente que, por lo mismo, trascendió los límites académicos y se instaló incluso dentro de la zona de la política.

La mayoría de los académicos de la región, en la elaboración de sus investigaciones se identificaron, se comprometieron, o por decirlo de alguna forma más contundente, fueron asiduos seguidores de esa teoría. Los problemas, los objetos de estudio, partían del supuesto de que la sociedad latinoamericana era una sociedad dependiente. Dicho supuesto era un eje articulador del problema de investigación.

Los llamados “países centrales”, esto es, las naciones desarrolladas, eran en buena medida causantes del atraso de la región. No obstante, Cardoso y Faletto nunca supusieron que el desarrollo era explicable por el subdesarrollo. La explicación general tentativa que ofrecieron tenía mucho más que ver con factores estructurales (industrialización, educación, intercambio con el exterior, etcétera). En la concepción de estos autores era más importante manejar estas variables que las posturas ideológicas que, en muchos casos desprendieron algunos investigadores de la teoría que los autores citados postularon.

En los años setenta y ochenta, el estado era otro de los ejes centrales en torno a los que giraban una gran cantidad de análisis. Se generó una combinación del enfoque de la dependencia y el análisis del Estado: los procesos socioeconómicos giraban en torno de una estructura de poder. Aquellos podrían explicarse (la desigualdad social, la dependencia del exterior) sobre la base de factores de poder y dominación. Esa combinación para entender los problemas estructurales implicó un desarrollo sustantivo de las ciencias sociales pues, a final de cuentas, la aproximación se hacía desde una perspectiva integrada, lo que daba como resultado una solidez relativa mayor a las explicaciones que se alcanzaran.

Esta tendencia de hacer ciencia social se generalizó en América Latina. Las contribuciones de Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter, Norbert Lechner, para mencionar unos cuantos nombres, fueron decisivos para reorientar muchos estudios sociológicos y políticos desde la perspectiva del estado sin poner al margen las problemáticas que se anidaban en la estructura social. De alguna forma, tuvo lugar una transición de Marx a Gramsci. El “estatismo”, el estudio del estado y sus implicaciones, se convirtió en una moda intelectual, y una cantidad más que significativa de trabajos de investigación fueron elaborados desde esa perspectiva.

Esto vendría a demostrar que nuestras ciencias sociales, en América Latina, han tenido una estrecha relación principalmente con los problemas sociales y políticos. Es difícil entender un problema social determinado sin variables políticas y viceversa.

REDEFINIENDO LOS PROBLEMAS; REPLANTEANDO LOS PROBLEMAS

No hay error si se afirma que en la década de los ochenta, las instituciones vinculadas con las ciencias sociales se habían consolidado. Fue un proceso de cuatro décadas. Los programas de posgrado florecieron, particularmente aquellos relacionados con las ciencias sociales. Es mi impresión que en este proceso, la formación de recursos humanos orientados a la academia se convirtió en una meta prioritaria. Era el mecanismo para poder cosechar más en el campo de la investigación.

Las exigencias institucionales, además, empezaron a cambiar. Ya no era suficiente ingresar al mercado de trabajo con la licenciatura, como fue el caso tres décadas antes. De ahí que surgió la necesidad de obtener un grado superior a la licenciatura: maestría cuando menos, ya no se diga un doctorado.

En México se creó, en 1971, una institución dependiente del gobierno federal que desempeñaría (y desempeña) un papel fundamental en el apoyo a la ciencia y la tecnología, a la formación de recursos y a la investigación. El Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Las becas otorgadas a estudiantes para estudiar en México y en el extranjero se multiplicaron año tras año. Los estudiantes que salían al extranjero tenían como destino Europa (Francia en particular, Inglaterra un poco menos) o Estados Unidos. Sus estudios eran financiados, al principio íntegramente por el Consejo y después, dada la demanda de becas, se convirtieron en créditos que tenían que reembolsarse en un largo plazo. En algunos casos eran condonados.

Ya que la educación superior mexicana, en su núcleo más importante, se ha impartido desde instituciones públicas, el CONACYT²⁵ al

²⁵ El CONACYT financió el primer “experimento” a nivel de licenciatura en una de las más pobres entidades federativas de México: Oaxaca. Esto tuvo lugar a partir de 1974. Treinta años después, en 2004, los resultados obtenidos en ese periodo de tiempo pueden calificarse como más que satisfactorios. Desde hace varios años funciona

financiar la formación de recursos y la investigación, podía supervisar a las instituciones que apoyaban desde un aspecto más bien académico que burocrático. La evaluación entre pares, esto es entre los mismos miembros de la comunidad académica, empezó a institucionalizarse. El Consejo, en pocas palabras, financió prácticamente toda actividad relacionada con la educación superior pública, la investigación, la tecnología y la docencia.

Las becas eran otorgadas a aquellos estudiantes que cumplían con un conjunto de requisitos básicos en función del grado deseado. Una buena cantidad de investigadores establecidos recibieron fondos para desarrollar sus proyectos. La creación de nuevas instituciones, en particular fuera de la capital del país, se convirtió en una prioridad. Aunque con altibajos, El Consejo fue una institución fundamental para impulsar la docencia, la ciencia y la tecnología.²⁶ Pese a que la trayectoria institucional del CONACYT ha tendido hacia el buen desempeño, a principios del siglo XXI su labor ha sido cuestionada.

Tal vez como consecuencia de una política del gobierno federal, los recursos financieros disponibles para los objetivos que dicha institución persigue se han reducido de manera drástica. En 2005 tan sólo 0.36 por ciento del PIB era canalizado a la ciencia y la tecnología cuando países como Brasil rozan el uno por ciento o Corea del Sur que se acerca al tres. Sin investigación científica, un país está condenado a no crecer y, por tanto, a no generar riqueza. La investigación es un mecanismo que permite el acceso al mundo de la competitividad en un contexto globalizado como el que vivimos hoy en día. México, en este aspecto, no está logrando objetivos básicos.²⁷

La labor del Consejo demuestra, sin embargo, que el estado está por detrás de la promoción de la ciencia, llámese "dura" o "blanda". No se ha inclinado por favorecer tan sólo algunas áreas de conoci-

el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma Benito Juárez, con los egresados de aquella promoción más otros egresados, más jóvenes por supuesto. El objetivo es investigar problemas regionales, entre otros temas. Una buena parte de su profesorado obtuvo grados de maestría y de doctorado.

²⁶ CONACYT es la institución equivalente que funcionó como el Consejo Nacional para la Educación Superior durante el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas (1934-1940). Duró hasta los primeros años de los cuarenta (Nadal, 1977).

²⁷ En un periodo de cuatro años, la actual administración presidencial (2000-2006) redujo el presupuesto dedicado a ciencia y tecnología al pasar el monto de recursos federales de 0.42 por ciento del PIB a 0.35 en 2006. Con fines comparativos, Brasil invierte cerca del uno por ciento de su PIB en este rubro (datos tomados del Foro

miento determinadas sino más bien la concepción de esa institución es integral. Su primer director fue ingeniero, mientras que los dos siguientes se desenvolvían en el campo de la economía. Después de 1982, aquellos que han encabezado el Consejo han sido científicos de diversas áreas del conocimiento. El punto que conviene subrayar por ahora es que el CONACYT, desde su creación, ha impulsado el desarrollo científico desde la esfera del estado, lo que refuerza el argumento central de este trabajo: la estrecha vinculación entre el poder político y la institucionalización de la ciencia en general y de las ciencias sociales en particular.

El periodo que recorre de los años sesenta a los ochenta se distinguió por su alto nivel de productividad en lo que a investigación se refiere y también por una importante expansión económica cuyos niveles de crecimiento promedio anual alcanzaron el 7 por ciento.²⁸ Ello contribuyó a que la profesionalización y la institucionalización de las ciencias sociales fueran procesos relativamente rápidos. El desarrollo institucional que empezó desde los años treinta, junto con el apoyo financiero del estado y la formación de recursos humanos, explica ese auge de investigaciones en el periodo mencionado. Muchos problemas fueron abordados aunque no necesariamente resueltos. A partir de los ochenta, empero, se observó un ligero retroceso no tanto en la investigación sino en la atención de los problemas nacionales.

El contexto sociopolítico mexicano cambió significativamente durante esa década como una consecuencia, entre otras, de las relaciones que el país empezó a tener con los mercados internacionales, el inicio de la inserción en el proceso de globalización que respondía, en términos generales a un cambio de modelo económico que, con el tiempo, se conocería como neoliberal. Una de las expresiones del mismo fueron los procesos de privatizaciones de empresas públicas, la meta explícita de "adelgazar" el estado y responder más a las leyes de la oferta y la demanda. De esta forma, el proteccionismo de estado, una de las políticas rectoras en el proceso de industrialización

²⁸ Este periodo se conoció como el "milagro mexicano". Inició a mediados de los años cincuenta y concluyó al comienzo de los setenta. Bajo el manto de políticas proteccionistas, el crecimiento económico del país fue más elevado que en la etapa de la globalización y del libre mercado, cuyo inicio puede ubicarse en los años ochenta. De nuevo, con fines comparativos, Brasil y México crecieron más o menos el mismo ritmo y frenaron sus procesos de expansión económica al mismo tiempo (Urquidí, 1999).

nacional (y de hecho en todos los países mayores de América Latina) quedó como una etapa del pasado, pues la economía empezó a regirse por la llamada economía abierta. La competencia económica en los mercados internacionales fue la nueva pauta, lo que de alguna manera tuvo un impacto en el empequeñecimiento del mercado interno y en los niveles de pobreza.

Por otra parte, la composición de la burocracia estatal cambió drásticamente. La administración de un "nuevo" modelo económico demandaba de especialistas en la dinámica neoliberal y el mundo globalizado. La vieja y tradicional clase política mexicana cuyas raíces se hundían en el movimiento revolucionario de 1910 empezó a ser sustituida por tecnócratas modernos, una buena parte de ellos economistas entrenados en el exterior: una nueva clase política se conformaba.

Al momento de esta redefinición dentro de la burocracia del estado, muchos problemas que en este capítulo se han listado no sólo habían sido investigados (unos más otros menos) sino que nuevos proyectos eran definidos por lo que el cambio de la composición ocupacional del estado encontró un terreno más o menos adecuado para entender las diversas problemáticas que en "los nuevos tiempos" había que enfrentar.

De esta manera se sabía de temas tales como la desigualdad social, el poder político, los problemas agrarios y campesinos, la dinámica del sistema político, la pobreza, etcétera. Lo que el estado invirtió en el desarrollo de una red de instituciones públicas de educación superior era redituada con informaciones derivadas de las investigaciones que en éstas se habían llevado a cabo así como los recursos humanos que se habían formado aquí y en el extranjero.

Habría que encontrarle una explicación a por qué el auge de la investigación, en particular la de las ciencias sociales, tendió a decrecer en los noventa. Seguía, sin embargo, creciendo el número de programas de maestría y doctorado. La demanda de estudiantes mexicanos y latinoamericanos fue al alza. Sin embargo, la crisis generalizada que experimentó la región latinoamericana fue un factor decisivo para replantearse los problemas, redefinir las prioridades relacionadas con las ciencias sociales. La viabilidad de muchos países de la región se puso en entredicho con la llamada "década" perdida que trajo pobreza, desempleo y estancamiento económico. El ingreso tendió a concentrarse, y los niveles de pobreza a incrementarse.

El proceso de globalización que irrumpió con descarnada claridad en estos años mostró que América Latina en general y México en particular no estaban preparados para enfrentar los retos que la internacionalización traía: entre otras cosas la competencia económica. Tal vez en este punto se encuentra una de las explicaciones posibles para explicar esa década perdida.

Muchos científicos mexicanos, para los que ya se había hecho una inversión, empezaron a migrar a los Estados Unidos. Había que encontrar, por tanto, los mecanismos que evitaran una migración masiva de cerebros. La masa crítica de investigadores se encuentra en las universidades públicas. Tan sólo en la Universidad Nacional se hace alrededor del 40 por ciento de la investigación nacional. Desmantelar la infraestructura de profesores e investigadores equivalía a un retroceso de lustros.

En este contexto, se estableció un programa cuyo objetivo principal era retener a los investigadores mexicanos en el país. El Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Se creó, en 1984, como una ramificación del CONACYT y, en consecuencia, su financiamiento corría por cuenta del gobierno federal. Su cometido era complementar los raquíticos salarios de los investigadores, que en muchos casos habían disminuido hasta 50 por ciento, con becas cuyo monto estaría definido de acuerdo a los méritos académicos de cada uno de los solicitantes.

La evaluación estaría a cargo de los miembros de la misma comunidad académica, designados en función de su área de especialización. Puede decirse que el Sistema ha funcionado razonablemente y en el momento en que se estableció cumplió su cometido: retuvo a una cantidad importante de científicos con lo que se protegían partes significativas de la estructura institucional de educación superior y de investigación con la que contaba el país. El SNI vendría a ser otra prueba de que el estado mexicano era el gran protector y promotor de la ciencia y la formación de recursos humanos.

La institucionalización y la consolidación de las ciencias sociales mexicanas tienen una estrecha relación con ese periodo de la historia económica de México conocida como desarrollo estabilizador. Éste abarcó el periodo de mitad de los años cincuenta hasta principios de los setenta; un poco menos de veinte años en los que el PIB creció a tasas de entre 6 y 7 por ciento. La inflación se controló en un dígito y su promedio en el periodo no rebasó el 2.5 por ciento

anual. Los salarios reales crecieron y hubo una estabilidad monetaria en que la moneda mexicana frente al dólar no experimentaba cambio alguno. La clase media urbana se ensanchó. El ingreso per cápita creció a un promedio de 3.3 por ciento anual entre 1950 y 1980. Tenía lugar un proceso de movilidad ascendente, una de cuyas implicaciones fue el incremento de la demanda por educación media y superior para los hijos.

El desarrollo estabilizador generó recursos suficientes para financiar la estructura institucional de educación superior, la ciencia y la tecnología. Si a esto se le añade que México, desde 1940, ha experimentado una prolongada estabilidad política, a diferencia de la gran mayoría de los países latinoamericanos, el resultado fue expansión económica y desarrollo institucional con múltiples ramificaciones.

El perfil autoritario del régimen político mexicano se asoció, en este caso particular, con una proliferación de instituciones en las que se planteaban los problemas, en algunos casos se resolvían, pero siempre sobre la base de reglas explícitas. Hubo conflictos graves como los de 1958 y 1968. No obstante, hay que reconocer, fueron la excepción, no la regla. El estado mexicano era incuestionable. No aceptaba confrontación proveniente de ningún segmento social. En caso de suceder, la represión aparecía. Pese a que ese estado tendía a la inclusión, a la vez era propenso a la intolerancia.

Ante estas circunstancias, algunos científicos sociales mexicanos reaccionaron a las circunstancias adversas representadas por un sistema político "cerrado". Pablo González Casanova y Enrique Florescano (1980)²⁹ alertaron sobre los problemas que empezaban a florecer en el contexto nacional a principios de los años ochenta. Esta llamada de atención se orientó, de manera fundamental, a los pensadores sociales, a los activistas políticos y, por supuesto, a la clase política inserta en la estructura de poder. De alguna manera el cambio político se convirtió en un reclamo y la cerrazón del régimen una exigencia para abolirla. El inicio tal vez de la transición mexicana que se realizó en el año 2000 cuando hubo alternancia de partidos en el poder. El viejo partido de Estado fue derrotado en las urnas.

Uno de los estudios del libro *México hoy* (citado, nota 29) predecía, sobre la base de un conjunto de indicadores económicos, el adveni-

²⁹ González Casanova y Florescano (1980). Algunos de los autores que contribuyeron en esta obra fueron Guillermo Bonfil, Arturo Warman, Alejandra Moreno, Carlos Monsiváis, Carlos Pereyra y Arnaldo Córdova, entre otros.

miento de una crisis económica, la que se confirmó plenamente con los hechos que tuvieron lugar durante esa década perdida de los ochenta. Las devaluaciones monetarias fueron estratosféricas, las tasas de inflación alcanzaron los tres dígitos (en 1987 el dato registrado fue de 160 por ciento), el desempleo creció y el nivel de pobreza se incrementó con rapidez. La clase media emergente que había empezado a surgir un par de décadas antes, se vio seriamente afectada por el descontrol de la economía. Una parte de esa clase, incluso, experimentó un descenso en la escala social. Y, como reflexión, una clase media que pierde posiciones y privilegios, es potencialmente explosiva.

México hoy y *La democracia en México* condujeron a los analistas a redefinir los problemas de la sociedad. Puede decirse, como una especie de conclusión desprendida de ambos trabajos, que después de 70 años de gobiernos "revolucionarios" y a pesar de los logros que se habían obtenido durante el desarrollo estabilizador, la sociedad mexicana continuaba sumida en la desigualdad, el ingreso tendía a concentrarse más. Estos problemas tuvieron una repercusión en el sistema político pues de alguna forma la participación ciudadana se percibió como un mecanismo para plantear demandas al gobierno. Algo tal vez atrevido pero también imparabile: la sociedad mexicana había crecido lo suficiente como para evitar su expresión ya fuera por la vía de movimientos específicos o por el incipiente, pero existente, sistema de partidos.

No es fortuito que a mitad de los ochenta se dieran los primeros movimientos en contra del régimen autoritario. El caso del estado de Chihuahua en 1986 es un buen ejemplo al igual que el reconocimiento de la primera victoria de la oposición en 1989 en el estado de Baja California cuando se disputó nada menos que la gubernatura de esa entidad. El sistema político se abría, no por "voluntad propia" sino por la presión ciudadana.

Las ciencias sociales mexicanas no pasaron por alto estos cambios significativos. El déficit democrático, para decirlo de manera sintética, fue uno de los grandes temas junto con la utopía, en ese momento, de transitar hacia un modelo político más democrático.³⁰ La in-

³⁰ Para un análisis más o menos detallado de este nuevo campo de investigación, consúltese a Molinar (1991) y Loeza (1989). Hay muchos trabajos sobre este punto pero los citados pueden ofrecer una muestra más o menos representativa de esta área de investigación y reflexión.

vestigación y el análisis sociopolítico contribuyeron para entender la naturaleza de estos cambios.

En muchos sentidos, los procesos que tenían lugar en el país implicaron el replanteamiento de los problemas sociales y políticos para lo que fue fundamental la sólida infraestructura institucional de ciencias sociales que ya se tenía en esos momentos. Los foros de análisis proliferaron. La institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales jugaron un papel decisivo en el objetivo replanteamiento de los problemas, en su comprensión y, aunque con algunos sesgos propios del análisis, las posiciones ideológicas eran marginadas con tal de lograr una comprensión más objetiva de los problemas inéditos que surgían.

En estos recambios hubo otro libro que suscitó polémica pero a la vez interés por los nuevos problemas que se planteaban. Escrito por Cordera y Tello (1981) el título del mismo insinúa la problemática que desarrolla: *México: la disputa por la nación*. En cierto sentido es una continuación del libro *México hoy*, pero plantea temáticas tales como el futuro de la nación y, sobre todo, los posibles perfiles del México que unos quieren y el México que quieren otros. Los autores del libro confrontan y evalúan dos modelos: por una parte el modelo neoliberal y por la otra el proyecto nacionalista.

Por el hecho de haber planteado la disyuntiva, de inmediato salen sus defensores y sus detractores. Es más, en la actualidad mexicana, es un problema que sigue vigente y que ahora toma el nombre de proyecto de nación. El libre mercado como antagonico a las políticas proteccionistas asociadas con la expansión de un mercado interno. Un debate en que la soberanía nacional juega un papel fundamental pues ésta no entra en la concepción del libre mercado pero sí en el modelo nacionalista.

Con base en esta idea, se ha desarrollado la discusión acerca de la viabilidad de la democracia pero además preguntándose qué democracia es la que este país podría adoptar: una como la de Chile (Lagos, Bachelett) o una como la española (Felipe González, Rodríguez Zapatero), para poner tan sólo dos ejemplos. Las argumentaciones del tipo de régimen democrático descansan en criterios políticos e ideológicos, sin subestimar los académicos por supuesto. Y tal vez ése sea el punto esencial de la discusión actual. No sólo para México que debate su proyecto de nación sino para América Latina cuya pluralidad crece pese a tratarse de una región geográfica con un fuerte

Hay que resaltar que la desigualdad es el problema central de la nación y el estado tiene que enfrentarlo, independientemente de su grado de inserción y la intensidad con la que se involucra en el mercado global. Cordera y Tello tuvieron la percepción correcta en el sentido de los modelos que se confrontarían, pues más de veinte años después de publicado el libro el gran debate mexicano se centra precisamente en estas dos alternativas. Ambas tienen seguidores y opositores de lo que se desprende la validez de una y otra.

Sin embargo vale la pena ilustrar un poco mejor el punto basándonos en algunas cifras. Entre 1980 y 2002, la tasa de crecimiento económico mexicano rondó el dos por ciento anual en comparación con el periodo que va de 1955 a 1970 que, como se decía, promedió un significativo siete por ciento. Este desempeño correspondería al modelo nacionalista en tanto que el primero ya se insertaría en el modelo neoliberal. Para complementar: el crecimiento del ingreso per cápita en las últimas décadas alcanzó un magro 0.17 por ciento anual mientras que en el periodo anterior rebasó el 3 por ciento (Urquidí, 1999:51). ¿Qué modelo empobrece más? ¿Qué modelo distribuye mejor? Tareas nuevas para las ciencias sociales.

UNAS PALABRAS FINALES ACERCA DE LA ANTROPOLOGÍA

Las ciencias sociales mexicanas abrevaron, en un principio, de la historia y la antropología. La historia ha sido una disciplina que en México se ha cultivado con esmero. La antropología, aunque importante, no alcanzó los niveles de desarrollo de la sociología y la ciencia política. No obstante, en esta parte final habría que mencionar un libro escrito por el antropólogo Guillermo Bonfil (1987) que escudriña las entrañas del México relegado, marginado; su título: *México profundo*. Los estudios sobre campesinos y áreas rurales descuidaron al México indígena, pese a que la cultura prehispánica fue la piedra angular de la ideología posrevolucionaria de los regímenes que se establecieron después del conflicto armado. A principios del siglo XXI alrededor del 10 por ciento de la población mexicana es indígena: 10 millones de seres y la mayoría de ellos, si no es que casi todos, son pobres.

Pese al importante número demográfico de la población india, los investigadores mexicanos descuidaron este segmento social y su pro-

blemática. Bonfil, sin embargo, ofrece en su texto una visión integrada del complejo problema que rodea a esta población y que podría resumirse en una frase. Los indios pertenecen a una cultura distinta y la "civilización occidental" ha intentado integrarlos, sin embargo ha sido una empresa infructuosa. Si esto no es posible, una posición extrema sería su exterminio o más sutilmente su marginación. Hay que recordar que en el siglo XIX el estado mexicano intentó definir una política como ésta. Sin embargo, la Revolución mexicana convirtió a este grupo social de México en un ingrediente fundamental del nacionalismo revolucionario (véase el inicio de este capítulo).

Sin embargo, nada importante ha sido instrumentado hasta el día de hoy para superar los problemas de nuestros antepasados. En este punto radica la valía de la aportación de Bonfil pues revivió una problemática central pero ignorada, pasada por alto. La mejor prueba es que en 1994 emergió un movimiento indígena en Chiapas, uno de los estados más pobres del país, cuya fuerza fue tal que desestabilizó por momentos al otrora poderoso estado mexicano. Ese movimiento fue el del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y cuya meta ha sido justicia para esa parte olvidada de México, esa parte "profunda" del país.

Bonfil tuvo la percepción correcta. La cultura indígena no fue ni ha sido integrada a la cultura "occidental" para ponerle un nombre. Su libro es muy actual para entender nuestra identidad, pues rescata un problema del pasado bajo el escrutinio de un investigador del presente cuya profundidad analítica pone de relieve un tema que requiere de una mayor atención por parte de los investigadores pero, sobre todo, de la clase política.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La educación superior y sus ramificaciones científicas y tecnológicas son, en gran medida, una consecuencia de políticas públicas definidas por el estado mexicano. Incluso cuando el movimiento revolucionario aún no terminaba, los primeros gobiernos que emergieron después de que la dictadura de Porfirio Díaz fue derrocada y que abarcó más de 30 años de nuestra historia, empezaron a promover las ciencias sociales. Esta pauta, con altas y bajas, no se ha visto hasta hoy interrumpida. Manuel Gamio y su investigación, tanto antropo-

lógica como arqueológica, son el mejor ejemplo de cómo un gobierno en vías de construcción, el de Venustiano Carranza, tuvo la visión de instrumentar medidas que impulsaran los primeros pasos de las ciencias sociales mexicanas. Pocos recursos, grandes resultados. La historia, como disciplina, se benefició también de esto. Se financiaron proyectos y con ello se cimentó una perspectiva que estimuló la investigación en muchas áreas del conocimiento.

Las ciencias sociales en México no pudieron desarrollarse sin el apoyo que provenía del estado, del poder político, de una parte de la clase que encabezaba el gobierno en turno. En ocasiones la relación ha sido distante. En otros momentos más estrecha, pero el vínculo nunca se ha visto disuelto ni ha entrado en contradicción como en otros países en que los que hacen ciencia social en particular han sido objeto de persecuciones y cosas peores. En los albores del siglo XXI, habría que decirlo, esa relación pasa por uno de sus momentos de distanciamiento. Es deseable que haya una corrección pues de la ciencia depende el desarrollo e incluso, en alguna medida, la legitimidad del propio estado.

Es claro que por mucho tiempo la clase política fue reacia a aceptar las críticas que provenían de la academia. No obstante, siempre hubo recursos (algunas veces muy exiguos) para apoyar la labor científica y cultural. Hoy en día, por ejemplo, la crítica que proviene de la academia y el conocimiento que genera es una práctica común; una rutina. En ese sentido ha habido grandes avances pues de un sistema cerrado a la crítica hemos arribado a otro que la acepta, aunque con frecuencia no le guste o esté en desacuerdo con ella.

Hay ocasiones en que los responsables de las instituciones de educación superior tienen que negociar "fuerte" con aquellos encargados de aprobar los recursos financieros. Hoy, en 2006, la ciencia mexicana en general enfrenta a una clase política que no ha entendido de manera cabal el papel de la investigación científica. En el pasado, hubo momentos en que los recursos fluían en una cantidad tal que contribuyeron a consolidar instituciones e institucionalizar el quehacer de las ciencias, en particular de las sociales.

Puede ofrecerse como prueba la construcción de la Ciudad Universitaria (1947-1952) y que hoy en día integra las más diversas disciplinas, cobija a decenas de miles de estudiantes y se genera una parte más que significativa de la investigación en todos los ámbitos de la ciencia. La creación en los cuarenta de un Consejo Nacional

de Investigación y en los setenta de un CONACYT son muestras del apoyo del estado al desarrollo científico, docente y tecnológico.

Aunque ha habido veces en que la relación entre el poder político y la academia se tensan (durante el conflicto estudiantil de 1968, por ejemplo), puede decirse que el tiempo ha hecho de esa relación un intercambio maduro en donde tiende a haber respeto mutuo de las actividades que en cada uno de esos ámbitos se hacen. Por eso es necesario el mutuo entendimiento.

Como se ha mencionado, las instituciones públicas de educación superior hacen la mayor parte de la investigación científica que se genera en el país. La UNAM sobresale al respecto. Las instituciones privadas, en contraste, no invierten en investigación; hacen docencia. No generan conocimiento; sólo lo transmiten. Por desgracia las instituciones privadas pagan significativamente más a su personal académico que las públicas. No obstante, la función de generar conocimiento es un aliciente que puede ser más importante que un salario.

Hay una tendencia que habría que marcar, casi como punto final, pero no desconectado del proceso de institucionalización de las ciencias sociales. Las instituciones privadas están creciendo vertiginosamente, en especial en los últimos años. Para ejemplificar, en los últimos siete años se crearon en el país 444 universidades privadas (la mayor parte con una base de calidad escasa). Trece de ellas obtuvieron algún recurso público.³¹ Muchas de estas nuevas organizaciones se han diseñado como negocio más que como espacios para la generación de ideas, la enseñanza y la investigación como es el caso de aquellas que caen dentro del área pública.

Por eso es tan importante que los recursos públicos, así como los que las propias instituciones no privadas puedan obtener, crezca para hacer frente a los problemas que el país encara. La institucionalización es una especie de proceso infinito que requerirá de recursos para que no se debilite.

En la actualidad hay cerca de dos millones de estudiantes en el nivel de licenciatura. Alrededor de 10 por ciento están inscritos en una disciplina social: sociología, ciencia política, economía, historia y antropología. Sin embargo, otras cifras arrojan un halo de pesimismo. De cada mil estudiantes que empezaron la escuela primaria en

³¹ *Diario Crónica de Hoy* 24 de febrero de 2003. La información fue generada por la Universidad Tecnológica

1990, sólo nueve accedieron al sistema de educación superior y de éstos sólo cinco completaron su grado correspondiente con una tesis escrita.³²

Cabe anotar que hay muchas instituciones en la actualidad, pero pocos estudiantes aceptan el reto de llevar lejos sus carreras académicas. Esto es demostrable sobre la base del número de posgraduados que obtuvieron su título en 2001. De acuerdo con el CONACYT, 1109 obtuvieron su grado de doctorado en todo el país. Tan sólo para hacer una comparación, en España, en el mismo año, 6 000 doctores se titularon, en Brasil lo obtuvieron 6 600 y en los Estados Unidos cerca de 45 000.

Aun cuando México ha dado pasos gigantescos para institucionalizar su ciencia, incluyendo la social, los resultados finales todavía no son contundentes. Falta mucho por hacer. Por eso invertir en la ciencia, dentro de las instituciones públicas es una prioridad irremplazable. Urge definir un plan nacional que privilegie a la educación superior. Todas las ciencias incluidas. No hacerlo y pese a los avances mencionadas, cuestiona la viabilidad del país. El país ya tiene la infraestructura. Falta la inyección de más recursos. Ésta tal vez sea la forma de concluir este capítulo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (2000), *La educación superior en México en el siglo XX*, México, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.
- Bartra, R. (coord.) (1975), *Caciquismo y poder político en México*, México, Siglo XXI.
- Bonfil, G. (1987), *México profundo. Una civilización negada*, México, Editorial Grijalbo.
- Cardoso, F. (1965), "Hipótesis para una interpretación sociológica", Santiago de Chile, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (mimeo).
- Cardoso, F. (1972), *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes: Brasil y Argentina*, México, Siglo XXI.

³² Datos proporcionados gentilmente por el profesor Jorge Padua de El Colegio de México. Puede consultarse también la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación superior (2000).

- Cardoso, F y E. Faletto (1969), *Desarrollo y dependencia*, México, Siglo XXI.
- Carrillo Flores, A. (ed.) (1974), *Diálogos sobre población. Mesas redondas en El Colegio Nacional*, México, El Colegio de México.
- Castañeda, F. (1990), "La constitución de la sociología en México", en UNAM (ed.), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, México, UNAM, pp. 47-61.
- Cerda Silva, R. (1961), *El movimiento obrero en México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- Cinta, R. (1972), "Burguesía nacional y desarrollo", en HSUNAM (ed.), *El perfil de México en 1980*, México, Siglo XXI, pp. 165-208.
- Clark, M.R. (1934), *Organized Labor in Mexico*, Chapel Hill, NC, Chapel Hill.
- Clavijero, F.J. (2000), *Historia antigua de México*, México, Factoría Ediciones (Publicado originalmente en 1781).
- Cordera, R. y C. Tello (1981), *México, la disputa por la nación*, México, Siglo XXI.
- Cordero, S. y R. Santín (1977), *Los grupos industriales: una nueva organización económica en México*, México, El Colegio de México.
- Córdova, A. (1972), *La formación del poder político en México*, México, Ediciones Era.
- Córdova, A. (1974), *La política de masas del cardenismo*, México, Ediciones Era.
- Cosío Villegas, D. (1947), "La crisis de México", *Cuadernos Americanos*, año 6, marzo.
- Cosío Villegas, D. (1972), *El sistema político mexicano*, México, Joaquín Mortiz.
- Cosío Villegas, D. (1974), *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz.
- De Ímaz, J.L. (1968), *Los que mandan*, Buenos Aires, Editorial Universitaria.
- De Las Casas, B. (1999), *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Madrid, Editorial Castalia (originalmente publicado en 1552).
- Florescano, E. (2004), "El nacionalismo cultural (1920-1924)", *Diario La Jornada*, 26 de agosto.
- Foro Científico y Tecnológico (2004), "Investigación para impulsar la investigación científica y desarrollo tecnológico en México" (mimeo, versión preliminar).
- Gamio, M. (1916), *Forjando patria*, México, Porrúa Hermanos.
- (1935), *Hacia un nuevo México*, México (la segunda edición está publicada por el Instituto Nacional Indigenista en 1986).
- (2002), *El inmigrante mexicano. La historia de su vida*, Entrevistas completas, 1926-1927, México, Secretaría de Gobernación, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y Miguel Ángel Porrúa Editor.
- García, A. (2004), "Políticas para combatir la pobreza y la desigualdad en México", en P. García Alba et al. (eds.), *México a principios del siglo XXI*, México, UAM, pp. 101-123.
- Germán Parra, M. (1954), *La industrialización de México*, México, Editorial Universitaria.

- Germani, G. (1962), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- González Casanova, P. (1957), "La utilidad nacional de las carreras de ciencias políticas y sociales", *Revista de Ciencias Políticas y Sociales 3rd.* (enero-marzo), pp. 1-43.
- González Casanova, P. (1965), *La democracia en México*, México, Ediciones Era.
- González Casanova, P. (coord.) (1975-1980), *La clase obrera en la historia de México*, 17 volúmenes, México, Siglo XXI.
- González Casanova, P. y E. Florescano (eds.) (1980), *México hoy*, México, Siglo XXI.
- González Casanova, P. y R. Pozas (1965), "Un estudio sobre la estratificación social y movilidad social en la ciudad de México", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales 11* (39): pp. 57-78.
- González Cosío, A. (1965), "Las clases y los estratos sociales en México", en J. Kahl (ed.), *La industrialización en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 366-401.
- González Navarro, M. (2000), "Recuerdo personal", en Clara Lida, J.A. Matanzas y Josefina Vázquez (eds.), *La Casa de España y El Colegio de México*, México, El Colegio de México, pp. 231-237.
- González y González, L. (1976), "La pasión del nido", *Historia Mexicana 24* (abril-junio), pp. 530-598.
- Hernández, J., "El emperador va desnudo... Breve comentario teórico de la Democracia en México, escrito por Fernando Castañeda", en UNAM (ed.), *Estudios de teoría e historia de la sociología en México*, México, UNAM-UAM, pp. 53-64.
- Hernández Laos, E., *La productividad y el desarrollo industrial de México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Holguín, F. (1959), "Morfología de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales", *Revista de Ciencias Políticas y Sociales 25*: 13-48.
- Hoyo, J.L. (1973), "Grupos empresariales: dominación y hegemonía", en UNAM (ed.), *Las clases dirigentes en México*, México, UNAM, pp. 47-94.
- HSUNAM (1972), *El perfil de México en 1980*, México, Siglo XXI.
- Iturrriaga, J. (1951), *La estructura social de México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Krauze, E. (1980), *Una biografía intelectual* (de Daniel Cosío Villegas), México, Joaquín Mortiz.
- Labastida, J. (1972), "Los grupos dominantes frente a las alternativas de cambio", en HSUNAM (ed.), *El perfil de México en 1980*, México, Siglo XXI, pp. 101-154.
- Lemperiere, A. (1992), *Intellectuels, État et société au Mexique, XX siècle. Les cleres de la nation. 1910-1968*, París, L'Harmattan.
- Levy, S. (1991), *Poverty Alleviation in Mexico*, Washington, DC, Banco Mundial.
- Lewis O. (1959), *Five Families: Mexican Case Studies in the Culture of Poverty*, Nueva York, Basic books. La versión en español (1965) se publicó con el

- título *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lida, C., J.A. Matesanz y J. Vázquez (eds.) (2000), *La Casa de España y El Colegio de México*, México, El Colegio de México.
- Lipset, S.M. (1960), *Political Man*, Nueva York, Doubleday.
- Loeza, S. (1989), *El llamado de las urnas*, México, Editorial Cal y Arena.
- Lomnitz, L. (1975), *¿Cómo sobreviven los marginados?*, México, Siglo XXI.
- Loyo, A., G. Guadarrama y K. Weissberg, "El Instituto de Investigaciones Sociales y la sociología mexicana (1930-1990)", en UNAM (ed.), *La sociología mexicana desde la Universidad*, México, IISUNAM, pp. 3-101.
- Matos Moctezuma, E. (2001), "Un poco de historia", en UNAM (ed.), *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México, Editorial Océano y Antiguo Colegio de San Ildefonso.
- Medina Echavarría, J. (1943), *Prólogo al Estudio de la Guerra*, México, El Colegio de México (Colección Jornadas).
- Mendieta, L. (1939), "El Instituto de Investigaciones Sociales", *Revista Mexicana de Sociología* 1 (1): 3-39.
- Merton, R., *Social Theory and Social Structure*, Glencoe, Illinois, The Free Press.
- Meyer, L. (1972), *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero*, México, El Colegio de México.
- Meyer, L. (2004), "La utilidad práctica de la ciencia social", *Diario Reforma*, 22 de julio, p. 11.
- Meyer, L. y M. Camacho (1979), "La ciencia política en México: su desarrollo y estado actual", en El Colegio de México (ed.), *Ciencias sociales en México. Desarrollo y Perspectivas*, México, El Colegio de México, pp. 3-46.
- Mills, C.W. (1960), *Escucha Yankee*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Mills, C.W. (1961), *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Molinar, J. (1991), *El tiempo de la legitimidad*, México, Editorial Cal y Arena.
- Montaño, J. (1975), *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos: poder y política*, México, Siglo XXI.
- Moreno Damián, E. (1995), *Memoria histórica de la enseñanza de la licenciatura en sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*, Tesis de licenciatura presentada en la Facultad, UNAM.
- Muñoz, H. O. de Oliveira y C. Stern (1977), *Migración y desigualdad en la ciudad de México*, México, El Colegio de México.
- Nadal, A. (1977), *Instrumentos de política científica y tecnológica en México*, México, El Colegio de México.
- Negrete, J.C. (1988), *INAH, una historia*, México, INAH.
- Parsons, T. (1951), *The Social System*, Glencoe, Illinois, The Free Press.
- Pellicer, O. y J. L. Reyna (1972), *El afianzamiento de la estabilidad*, México, El Colegio de México.
- Perlo, M. (1994), *Las ciencias sociales en México*, México, UNAM y UAM.
- Poniatowska, E. (1971), *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*, México, Ediciones Era.

- Pozas Arciniegas, R. (1951), *Juan Pérez Jolote*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Pozas Horcasitas, R. (1993), *La democracia en blanco: el movimiento médico 1964-1965*, México, Siglo XXI.
- Ramírez, R.G. (1997), "La institucionalización fracturada de una disciplina: la sociología en la UNAM, tesis de maestría presentada en el Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados en el Instituto Politécnico Nacional.
- Reyna, J. L. (1967), "Desarrollo económico, distribución del poder y participación política en México", *Revista de Ciencias Políticas y Sociales* 14: 71-93.
- (1971), *An empirical analysis of political mobilization. The Case of Mexico*, Ithaca, N.Y. Cornell University, Latin American Studies Program.
- , "La investigación sociológica en México", en El Colegio de México (ed.), *Las ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectivas*, México, El Colegio de México, pp. 47-72.
- Stavenhagen, R. (1970), *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, Siglo XXI.
- Warman, A. (1973), *Los campesinos. Hijos predilectos del régimen*, México, Editorial Nuestro Tiempo.
- Warman, A. (2003), *El campesino mexicano en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1944), *Economía y sociedad*, (traducción de José Medina Echavarría), México, Fondo de Cultura Económica.
- Zermeño, G. (2003), "Entre la antropología y la historia": Manuel Gamio y la modernidad antropológica mexicana (1916-1935), México, El Colegio de México (trabajo no publicado).
- Zermeño, S. (1978), *México. Una democracia utópica. El movimiento estudiantil de 1968*, México, Siglo XXI.

ADDENDUM

SIGLAS

CEPAL	Comisión Económica para América Latina
CES	Centro de Estudios Sociales
CIDE	Centro de Estudios y Docencia Económicas
Colmex	El Colegio de México
CONACYT	Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
ENA	Escuela Nacional de Antropología
ENAH	Escuela Nacional de Antropología e Historia
ENGPS	Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales
ENEP	Escuela Nacional de Estudios Profesionales
FCE	Fondo de Cultura Económica
FLACSO	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
ILPES	Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social
INAH	Instituto Nacional de Antropología e Historia
IISUNAM	Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM
RMS	<i>Revista Mexicana de Sociología</i>
UAM	Universidad Autónoma Metropolitana
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México

CUADRO SINÓPTICO

<i>Organización</i>	<i>Características</i>	<i>Objetivos</i>
1917. Fundación del Instituto de Arqueología. Su primer director fue Manuel Gamio quién obtuvo su doctorado en antropología en la Universidad de Columbia, en 1915, bajo la dirección de Franz Boas.	El Instituto fue apoyado desde su fundación por el gobierno mexicano. Su función era llevar a cabo la investigación en sitios arqueológicos del país. Además de la arqueología, se incluyeron en los estudios aspectos antropológicos, demográficos y biológicos.	Recuperar la herencia cultural prehispánica. Gamio propuso que la ideología política de los gobiernos posrevolucionarios tuviera ingredientes de nuestros antepasados. Fue el origen del nacionalismo revolucionario. Para ello llevó a cabo una investigación exhaustiva en Teotihuacan.
1929. El estado le concede la autonomía a la Universidad Nacional. En este mismo año se fundó el partido de estado en ese momento bajo el nombre de Partido Nacional Revolucionario.	Después de un largo conflicto, la Universidad logró su autonomía frente al estado mexicano aunque no fue una ruptura. Nació la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)	El Estado y la Universidad, pese a ser instituciones diferentes, siempre han mantenido un vínculo. Los recursos públicos han permitido a la Universidad desarrollar proyectos de investigación, algunos de ellos, para resolver problemas del país.
1930. Se funda el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Nace el IISUNAM.	Uno de sus rasgos distintivos fue que cobijó siempre a investigadores distinguidos. Cuando se fundó, Alfonso Caso, Vicente Lombardo y Lucio Mendieta eran algunos de sus miembros.	Su objetivo fue llevar a cabo investigaciones en torno a problemas nacionales. Por lo mismo, el Instituto es una de las piedras angulares para entender el proceso de institucionalización de las ciencias sociales mexicanas.
1934. Se funda la revista especializada <i>El Trimestre Económico</i> . Esta publicación es la que permitiría, pocos meses después, fundar el Fondo de Cultura Económica. Esta casa editorial se convirtió en uno de los ejes en torno al que se desarrollaron las ciencias so-	El autor intelectual de esta empresa cultural fue Cosío Villegas. El Fondo hizo posible que los lectores hispanoparlantes pudieran conocer obras de sociología, economía y filosofía. Baste mencionar que se tradujeron las obras de Marx, Weber, Durkheim, Simmel, entre otros.	El objetivo era diseminar por la vía impresa el conocimiento, en particular el relacionado con las ciencias sociales. Se publicaba lo que se hacía en México y se traducían lo hecho en el exterior. Sin el Fondo, la institucionalización habría sido más lenta. Impul-

Organización	Características	Objetivos
ciales, tanto en México como en América Latina.		só la docencia y la investigación.
1936. Se funda el Instituto Politécnico Nacional (IPN). Otra institución pública de enorme importancia para el desarrollo científico y tecnológico del país.	Se diferenció de otras instituciones por su inclinación por las carreras técnicas. Ingenierías también. No obstante, la parte de ciencias sociales siempre ha estado presente. Complementó, en muchos sentidos, el trabajo que se realizaba en la UNAM.	El objetivo fundamental era (y es) formar los recursos humanos capacitados para enfrentar los dilemas del desarrollo económico. Una manera de hacerlo era desde el ángulo técnico.
1938. Se formó la Casa de España. Cobijó a un buen número de intelectuales españoles que salieron de su país por la guerra civil que azotó a España (1936-1939). La idea era protegerlos de las persecuciones y a la vez que enriquecieran diversas áreas del conocimiento en nuestro país.	La Casa se creó bajo el concepto de una universidad. El programa académico consideraba, además de ciencias sociales y humanidades, la impartición de cursos de química, medicina y psiquiatría. Fue encabezada por Alfonso Reyes y Cosío Villegas. Desde un principio, la actividad académica y la de sus miembros fue reglamentada.	Desde un principio se definió la meta de hacer investigación de alto nivel en diversas áreas del conocimiento. El estado mexicano promovió decididamente su desempeño.
1939. Se reorganiza el Instituto de Investigaciones Sociales. Dejó atrás la dirección rotativa de la entidad y ésta es encabezada por un solo director. El primero de ellos fue Lucio Mendieta y Núñez. Casi a la par de su fundación se crea la <i>Revista Mexicana de Sociología</i> . Fue el primer centro de ciencias sociales, estrictamente hablando, que funcionó en México.	El Instituto se distinguió por una organización cuya base era el trabajo interdisciplinario. La investigación abarcaba problemas sociológicos, antropológicos y jurídicos. El IISUNAM fue un pivote de la institucionalización porque definió normas para sus miembros que implicaban derechos y obligaciones.	Llevar a cabo investigaciones cuyos resultados pudieran contribuir a la solución de los problemas del país. El estado apoyó con recursos a la UNAM y por tanto al Instituto. Su director tenía claro que la relación con el gobierno podía ayudar a hacer investigaciones que beneficiarían a la sociedad.
1939. Se fundó el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Con su creación se reforzaba a	Se hizo investigación sobre el periodo colonial, pero la idea fundamental de su creación era investigar la	Rescatar nuestro pasado indio por la vía de la investigación. Resguardar lo que se encontraba en los

Organización	Características	Objetivos
dos de las disciplinas que fungieron siempre como pilares de las ciencias sociales mexicanas: la historia y la antropología.	cultura prehispánica y todos sus vestigios en el país. Se empezó a hacer investigación en diversas zonas arqueológicas.	sitios investigados. Conformar un acervo de la cultura indígena que dio lugar, junto con la española, a la sociedad mexicana.
1940. La Casa de España desaparece y en su lugar se funda El Colegio de México. Su primer presidente fue Alfonso Reyes. El Colegio, desde un principio, definió su programa en torno a las ciencias sociales y las humanidades. Las otras actividades de la Casa (química, medicina) fueron absorbidas por la UNAM y el Politécnico.	Ocho meses después de fundado El Colegio, se crea el primer centro: el de Estudios Históricos. Casi simultáneamente aparece su Revista especializada: <i>Historia Mexicana</i> . La idea era investigar y divulgar los hallazgos históricos. Su primer director fue Silvio Zavala.	Uno de los objetivos iniciales fue el estudio del periodo colonial. La investigación seguía líneas muy rigurosas. Con el tiempo otros periodos fueron analizados: el siglo XVIII y el XIX. El trabajo del Centro arrojó muchas luces sobre nuestro pasado. Abrió sus puertas a académicos y estudiantes mexicanos y también de América Latina.
1942. Se funda la Escuela Nacional de Antropología (ENA), dependiente del INAH.	Su orientación principal era que sus egresados se dedicaran a hacer investigación del pasado indiano.	Formar recursos que pudieran hacer la investigación que desentrañara el complejo pasado mexicano, previo a la conquista. Maestros y estudiantes estudiarían e investigarían los innumerables sitios inexplorados existentes a lo largo y ancho del país.
1943. Bajo la dirección de José Medina Echavarría se fundó el Centro de Estudios Sociales en El Colegio de México. Era el segundo centro de estudios de El Colegio. Por razones diversas su duración fue breve, pese al éxito alcanzado. En 1946 desapareció, dejando una huella imborrable en el área del conocimiento.	El rasgo más distintivo de este Centro fue el enfoque interdisciplinario a las problemáticas sociales, políticas y económicas. En un mismo programa académico se impartían cursos de ciencia política, sociología, demografía, economía, estadísticas, no como cursos independientes sino articulados entre sí.	Formar investigadores cuya perspectiva de investigación partiera de premisas integradas de la realidad social. Con poco riesgo de error puede afirmarse que es la primera experiencia en México que intenta combinar la docencia con la investigación para un mismo fin: ensanchar el conocimiento.
1945. Escuela Nacional de Antropología se amplía	La escuela refuerza dos de las disciplinas más impor-	Formar maestros e investigadores para continuar el

LAS CIENCIAS SOCIALES EN URUGUAY. UN CASO DE DESARROLLO Y PROFESIONALIZACIÓN TARDÍOS

GERÓNIMO DE SIERRA

I. TRES MOMENTOS FUNDACIONALES: 1958-1968-1973

El desarrollo de las ciencias sociales en el Uruguay presenta una cierta paradoja. Por un lado atraso —en comparación con la región— de la consolidación e institucionalización de las ciencias sociales (en particular antropología, ciencia política y, aunque en menor medida, también la sociología). Y por otro, un grado de madurez temprana y hasta “precoz” de la estructura y calidad universitaria en los ámbitos “profesionales” clásicos (medicina, derecho, ingeniería, arquitectura, agronomía, etc.). Ello unido a una modernización social y un contexto cultural y político de importante avance en comparación con el panorama latinoamericano de la primera mitad del siglo xx. Para las lecturas sociológicas predominantes en ese periodo eso significaba también una cierta anomalía (véase entre otros Eisens-tadt, 1963 y Germani, 1959).

Al igual que en otros países de América Latina, existieron desde fines del siglo xix intelectuales que escribieron significativos ensayos analizando las particularidades de la estructura social y cultural de la “banda oriental”, aún en proceso de afirmación nacional y estatal. Fuertemente motivados por los debates políticos y filosóficos sobre el “modelo de país”, que marcaron a éste hasta el golpe de estado de Gabriel Terra en 1933, surgieron ensayos que muchos han reconocido como antecedentes lejanos de las futuras ciencias sociales (en adelante ccss). De todos modos no llegaron a tener una incidencia muy significativa en la formación y debates de los cientistas sociales de la futura generación “fundadora” de los años cincuenta y sesenta.¹ Y tampoco tuvieron demasiada incidencia en la generación “bisagra”,

¹ Nos referimos a autores como José Pedro Varela y Floro Costa, en el siglo xix, y Martínez Lamas, Alberto Zum Felde, Juan Vicente Chiarino, Aníbal Pinto, Luis Caviglia, etc., en la primera mitad del siglo xx.

también llamada "Generación del 45", a la que en parte nos referimos en los próximos párrafos.

No se trata de una ausencia radical de cultores de las CCSS —ya pensando en los años cuarenta a sesenta—, sino más bien de un predominio neto de, por un lado, "profesores" o "catedráticos" que enseñan (sobre todo sociología) como "materia complementaria" en currículas profesionalistas, y sólo algunos realizan investigación en sentido estricto.² Y por otro lado la presencia significativa de "ensayistas" —algunos de gran nivel intelectual y cultural— que abordan la realidad nacional y regional con enfoques y técnicas a menudo poco sistemáticas, pero con seriedad e intención frecuentemente multidisciplinaria (en sentido laxo).

Alguno de los autores de este perfil, luego se "reciclaron" en la fase más profesionalizada e institucionalizada; el caso más marcado es el de Carlos Real de Azúa, que publica varios "ensayos" de crítica literaria y sociohistóricos de peso en el periodo, y luego se integra al espacio académico, donde publica obras clave de la "nueva" ciencia política en el país. En realidad actualmente pasó a ser considerado un autor de referencia para la interfase de varias CCSS (historia, ciencia política, sociología).

Otros nombres significativos de ese perfil son Antonio Grompone, Ángel Rama y Carlos Martínez Moreno. Aunque quizá la figura señera e indiscutida —junto con Real de Azúa— sea Carlos Quijano, abogado, economista, profesor universitario y periodista de opinión durante 40 años en el semanario *Marcha*.³ Germán Rama puede considerarse un caso un poco aparte, pues salvo sus clases en el IPA y su pasaje fugaz como ayudante de Solari en la Facultad de Derecho, fue un "historiador" que se convirtió rápido al trabajo profesional de

² Obviamente no existían aún en el país las condiciones materiales e institucionales favorables; buena parte de estos autores eran abogados o juristas en su origen, y no vivían de las CCSS (caso de Solari, Ganón, Garmendia, Carlos Rama, etc.). Algunos eran egresados de otras carreras, como Germán Rama del Instituto de Profesores (IPA) en historia, Juan Pablo Terra de Arquitectura, etcétera.

³ Es significativo ver lo que dice del papel de Quijano el propio Aldo Solari (1959:49) al celebrar el creciente espacio que van tomando los temas de CCSS como "instrumento indispensable para la comprensión científica de la sociedad uruguaya. En este aspecto el iniciador y el propagador... creo que evidente (sic), el doctor Carlos Quijano, quien desde la cátedra y desde la prensa periódica ha puesto su gran preparación en economía y una notable cultura general al servicio del estudio de los problemas nacionales".

"sociólogo", primero en el gobierno y luego en la CEPAL, dentro y fuera del país.

Algunos de estos intelectuales ya trabajaban en la Universidad de la República (única universidad en ese momento) y —en menor medida— en el IPA (Instituto de Profesores Artigas).⁴ Otros —más bien fuera de ella— escribiendo y publicando en colecciones *ad hoc* y en el semanario *Marcha* y sus Cuadernos, entre otros espacios. Había también intelectuales que escribieron "desde la política" aunque con trabajos de "textura teórica";⁵ y finalmente estaban quienes escribían como tarea anexa al periodismo, o a su docencia en la enseñanza media.

Es todo un periodo en que podría decirse que el vigor intelectual y la agudeza reflexiva en CCSS (en sentido amplio) tiene asiento en buena medida fuera de "la academia", salvo escasas excepciones. Parecería como si los vínculos siempre mediados y complejos entre gobierno, clases dominantes, elites dirigentes y la Universidad, no hubieran necesitado —en el Uruguay exitoso del "medio siglo" y hasta ya avanzados los años sesenta— construir un espacio académico de investigación y formación de cuadros en CCSS (salvo la economía, y la economía política, que es la primera en desarrollarse desde mediados de los años cincuenta, estimulada sin duda por el "efecto" CEPAL⁶ que llegaba desde Chile).

Quizá se deba al mismo síndrome autoconformista "oficial", pero también académico —en parte alimentado por un cierto éxito com-

⁴ Fundado por Antonio Grompone en 1950, libremente inspirado en el modelo de la École Normale Supérieure de Francia. El carácter altamente exigente del concurso de ingreso (sólo diez plazas por "materia" y por año), la existencia de estudios de cuatro años en historia, filosofía, geografía, literatura, etc., la existencia de dos cursos de sociología, y el reclutamiento de profesores de calidad, generó en esa institución un rico ámbito de formación en ciencias humanas, que sin duda enriqueció en gran medida a los pocos espacios universitarios de la época dedicados a las ciencias humanas, a pesar de que no tuviera una vocación o mandato investigativo explícito. Solari, Germán Rama, de Sierra, etc., enseñaron allí la materia de sociología en algún momento antes de 1972.

⁵ Entre los "políticos" que más influyeron en esta época con sus escritos puede mencionarse a Viviani Trias, Emilio Frugoni (socialistas), José Luis Massera, Rodney Arismendi (comunistas), y en cierta medida también el ya mencionado Juan Pablo Terra, ya que además de profesor e investigador social, fue encumbrado dirigente político, diputado y luego senador (siempre por la Democracia Cristiana).

⁶ Comisión Económica para América Latina, organismo de las Naciones Unidas

parativo en la región— que se había “permitido” no realizar ningún Censo de población entre 1908 y 1963, el que se contentó con apoyar e impulsar las disciplinas y profesiones aplicadas, relegando en gran medida el cultivo “profesional” de las ciencias básicas, y muy especialmente las ciencias sociales.

Es por eso que puede hablarse de cierta paradoja, ya que no deja de ser llamativa esa asimetría —en ccss— respecto al *ranking* global de desarrollo académico uruguayo en la región. Mas aún cuando ya desde 1915 existe la cátedra de sociología en la Facultad de Derecho, acompañada más adelante por la de Economía Política. Y cuando sabemos que los recursos públicos para la educación superior tuvieron una curva ascendente en esas décadas. En rigor, no hubo tantos problemas de recursos, sino de concepción sobre el papel y la importancia de la sociología y más en general de las ciencias sociales.

De todos modos se fue produciendo una cierta “reanimación institucional” en la Universidad con la creación, en 1952, del curso de Sociología y Economía en la Facultad de Arquitectura; en 1954 el curso de Sociología General, Económica y de la Hacienda en la Facultad de Ciencias Económicas y Administración; y en 1958 Sociología y Economía Rural en las Facultades de Veterinaria y de Agronomía. Pero son esfuerzos digamos “complementarios” para otras profesiones, sin llegar a constituir núcleos eficaces de formación y reproducción disciplinaria. Y mucho menos de investigación y creación sistemática de conocimiento original sobre el país o la región. También en la Facultad de Derecho Isaac Ganón impulsa desde su cátedra la creación —en 1956-1958— del Instituto de Ciencias Sociales, ya con vocación investigativa explícita, y la Facultad crea otra cátedra a cargo de Aldo Solari, quien dirigirá el instituto entre 1963 y 1967.⁷ Debe mencionarse también en esos años la existencia de dos

⁷ Carlos Filgueira (1975) sostiene que podría “separarse” este periodo 1964-1967, como el verdadero inicio de la profesionalización del Instituto, y de su mayor vinculación a la academia internacional. En todo caso es bastante claro que Solari desempeñó un papel central en ese proceso; por su clara vocación sociológica, por su productividad en esos años, por sus sólidos vínculos con sectores de poder en la Facultad, y en la masonería muy influyente en ese periodo y con el Partido Colorado. Y además por ser él un referente de peso de la red internacional constituida por el Congreso para la Libertad de la Cultura, de intensa actividad en ese periodo agudo de la guerra fría. Eso facilitó que dicho organismo financiara parcialmente en 1964 la realización en Montevideo de un importante Seminario Internacional sobre Elites en América Latina, financiada por Solari en conjunto con Samuel Lipset.

cursos obligatorios de sociología para todas las carreras del IPA —en las facultades había uno a lo máximo—, y que el propio Solari fue allí profesor varios años.

Hay bastante consenso en la literatura en reconocer que apenas con la creación del Instituto de Ciencias Sociales en la Facultad de Derecho (1958), aparece el primer embrión de profesionalización —a nivel universitario— de las ccss que aquí nos ocupan, y en todo caso de la sociología.⁸ En efecto, como ya vimos, allí no sólo se reúnen los dos profesores “titulares” de la facultad, Isaac Ganón y Aldo Solari (ambos abogados, ambos vinculados a la Masonería y al Partido Colorado), sino que se crean cargos específicos para investigación, y además se realizan y publican algunas investigaciones. Lógicamente buena parte de los miembros del ICS son abogados de origen, y junto a sociólogos autodidactas, prestan allí también sus servicios pioneros de la antropología y la geografía humana.⁹ Aunque ya en la mitad de los sesenta se incorporan como “ayudantes” o similares varios de los nuevos sociólogos profesionales formados en el exterior.¹⁰

Nada comparable aún con el dinamismo fundacional y profesionalizante que se está produciendo contemporáneamente en Buenos Aires y en São Paulo, e incluso en Santiago de Chile. Sin embargo es, *en y desde*, ese nuevo espacio, como se promueven significativos contactos académicos internacionales, como el V Congreso de ALAS realizado en Montevideo (1959), la parte uruguaya de la investigación comparativa sobre Estratificación y Movilidad Social en el Cono Sur¹¹ (1959), y un poco después (1964) el seminario internacional —y libro posterior— sobre Elites en América Latina (Lipset y Solari). Y desde allí se estimuló la postulación de estudiantes para la maestría en

⁸ Aunque con otro nombre, el Instituto de Economía —en la Facultad de Ciencias Económicas y Administración— ya funcionaba desde comienzo de los cincuenta y tenía el mismo director que lo prestigiaría y consolidaría hasta avanzados los años sesenta: Luis Faroppa.

⁹ Como Renzo Pí y Germán Westein respectivamente.

¹⁰ Entre otros, Carlos Filgueira, Susana Prates, Gerónimo de Sierra, Néstor Campiglia.

¹¹ Financiada y promovida por la UNESCO a través del recién fundado Centro Latinoamericano de Investigaciones Sociales de Río de Janeiro, y en paralelo con las ciudades de Santiago, Buenos Aires y Río de Janeiro. Según consignó el propio Solari, para su realización firmó un acuerdo técnico con los Equipos del Bien Común, dirigidos por J.P. Terra, quienes tenían mayor experiencia de investigación empírica por muestreo y encuestas.

FLACSO (Chile), hecho a la postre decisivo para superar el ya mencionado atraso de institucionalización de la sociología en la Universidad, y también fuera de ella.

Antes de tratar con más detalle ese proceso, hay que señalar otra vertiente —local e internacional— de real significación para entender el desarrollo de las CCSS, en especial en su dimensión de investigación empírica con métodos y técnicas reconocidas y controlables. Nos referimos a los Equipos del Bien Común, existentes desde los años cuarenta y fundadores en 1958 del Centro —y los Cuadernos— de Economía Humana, seguidores de la inspiración y métodos de investigación empírica del padre dominico francés Joseph Lebreton y su movimiento internacional (con impacto en la época en Brasil en lo investigativo, en Chile en lo ideológico, y en otros países de América Latina).

Este vector de influencia es muy significativo —hoy lo llamaríamos una ONG o centro independiente— sus miembros eran profesionales universitarios, y tanto Juan Pablo Terra (su coordinador y principal figura) como Dionisio Garmendía, eran, o serían luego, docentes de sociología en la Universidad (arquitectura, derecho, y humanidades y ciencias). Incluso J.P. Terra llegó a ser fundador y consejero —antes de su fallecimiento accidental— de la Facultad de Ciencias Sociales creada en la Universidad de la República en 1990.

Si bien el grupo tenía fuertes referentes ideológicos (cristianismo social),¹² no cultivaba especialmente los enfoques teóricos de la sociología, pero daba gran centralidad a los métodos y técnicas científicas para la realización de encuestas por muestreo o censos regionales, lo que en su época era algo excepcional. Publican ya en los años cincuenta varios trabajos pioneros de sociología urbana y de la familia. Sus preocupaciones tenían inspiración humanista pero eran en gran medida prácticas, orientadas a dar insumos para intervenciones sociales.

Es quizá en parte por esa *expertise* extrauniversitaria en investigación social, por lo que Juan Pablo Terra tuvo también un papel importante en el otro movimiento de estímulo a las CCSS en el país que

¹² Con menos énfasis investigativo pero quizá con mayor incidencia en la problematización social y "sociológica" de ciertos sectores juveniles, deben señalarse los cursillos y publicaciones sobre la "realidad nacional" orientadas por el jesuita José Luis Segundo; en particular su libro de 1967 —en colaboración— *Uruguay 67. Una interpretación*, publicado ese mismo año por la editorial Area.

fueron los grandes contratos gubernamentales de investigación, en la primera mitad de los años sesenta. Influidos el gobierno —y buena parte de los intelectuales— por los trabajos de la CEPAL y la generalización en ámbitos oficiales y académicos de las ideas de planificación —y en un contexto de grave crisis del modelo de desarrollo— varios ministerios contrataron la realización de investigaciones, encuestas y diagnósticos globales en diversas áreas de la realidad nacional. Desde el gobierno central la CIDE (Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico) dirigida por Enrique Iglesias, posteriormente secretario ejecutivo de CEPAL, u otros ministerios específicos por su lado, reunieron a lo más granado de los científicos sociales universitarios de la época (especialmente economistas, pero también sociólogos "de hecho" o recién graduados, etc.) dando un fuerte impulso a la legitimidad de las CCSS en general, muy especialmente a la economía, pero también en parte a la sociología "naciente". De ese impulso estatal nacieron el nuevo censo de población, el de vivienda, varios censos agrarios, una gran y exhaustiva encuesta rural nacional, así como un abarcativo diagnóstico general de la educación en el país. Y se generó un clima nuevo de demandas de análisis e investigaciones concretas sobre el país.¹³ Finalmente se puede mencionar la influencia —aunque menor— del Instituto de Opinión Pública y de una sucursal nacional de la empresa de encuestas Gallup.

Es en ese mismo periodo —desde fines de los años cincuenta y con gran ímpetu en los sesenta— cuando se generaliza la interrogación de las elites intelectuales sobre el fracaso del "Uruguay Batllista" y los nuevos caminos de desarrollo posible para el país. Desarrollismo, crecimiento, desarrollo, reforma, revolución, son temas que se vuelven centrales y reiterativos, como sucedía en otros países de la región. Una crisis acelerada del autoconformismo anterior, lleva a multiplicar la reflexión y las publicaciones sobre temas socioeconómicos, sociohistóricos, políticos y culturales. Proliferan "colecciones"

¹³ Este proceso se cortará básicamente en 1967-1968 con la vuelta al gobierno del Partido Colorado, en especial cuando asume el vicepresidente Pacheco Areco, ante la muerte del presidente electo, Álvaro Gestido. Un ejemplo claro de ello es lo sucedido con el ya mencionado Luis Faroppa. Había sido por años director del Instituto de Economía y asesorado mucho a la CIDE, y luego fue nombrado por Gestido primer director de la OPP (recién creada Oficina de Planeamiento y Presupuesto). A poco de asumir Pacheco debe renunciar alejándose desde entonces de cargos públicos de influencia. Lo mismo le sucedió a gran parte de los elencos que trabajaron en los estudios estadísticos con el gobierno batllista.

de carácter científico o ensayista de buen nivel,¹⁴ donde escriben al mismo tiempo académicos y no académicos. Papel animador —y casi rector— de enorme significado, juega en este proceso el semanario *Marcha*, sus Cuadernos, y la enorme figura intelectual de su director Carlos Quijano.¹⁵

Debe tenerse presente que toda la década de los sesenta fueron años de crisis y cuestionamientos al modelo tradicional de funcionamiento económico y aun político y social del país. Pierde el gobierno el Partido Colorado por primera vez en la historia, estancamiento del PIB sobre todo industrial, primeros acuerdos con el FMI, crecientes conflictos sindicales y en el ámbito educativo, nacimiento de la guerrilla urbana y prolegómenos al nacimiento del Frente Amplio, impacto cultural y social de la Revolución cubana, desgaste creciente de los dos partidos tradicionales, aumento de la represión en gran escala. Estos y otros acontecimientos similares crearon un fuerte proceso de incertidumbres ciudadanas y también en las elites intelectuales. Se acentuaron los debates globales e interpretativos sobre el pasado y el futuro incierto del país. Junto a las demandas de CCSS mencionadas antes, que venían “desde el estado”, se agregan ahora cada vez más las demandas que vienen “desde la sociedad”.

Rápidamente se crea una situación en que las débiles y nacientes CCSS, se ven sometidas a un incremento desmedido de tareas y solicitud de “respuestas”. Explicativas y operativas; investigativas y docentes al mismo tiempo. Para ello cuentan aún con pocos recursos financieros, poca acumulación previa, poca institucionalización y poca profesionalización de sus cultivadores; y a diferencia de lo que sucedió en esa época en Chile, Argentina o Brasil, no llegan al Uruguay fuertes ofertas de financiamiento extranjero para la sociología o la ciencia política y tampoco para la antropología.¹⁶ Con excepción del

¹⁴ Las principales fueron: Enciclopedia Uruguaya; Capítulo Oriental; Cuadernos de Nuestra Tierra; Cuadernos de Marcha.

¹⁵ Un tratamiento sistemático, muy documentado y casi exhaustivo de esa influencia —con enfoque de historia social y de las mentalidades— se encuentra en, Carmen de Sierra, *De la crisis a la recherche d'une nouvelle identité nationale: les intellectuels en Uruguay 1939-1975*, tesis de doctorado EHESS, 704 pp., París, 1992.

¹⁶ Aunque sí llegaron con fuerza los debates suscitados en América Latina en esos años sobre las financiaciones externas —sobre todo norteamericanas— a la investigación sociológica. El contexto de guerra fría, el impacto de las revelaciones sobre el Plan Camelot (financiado directamente por la CIA pero con aval técnico de académicos norteamericanos), el apoyo también de la CIA al Congreso por la Libertad de la

costo de formación de los “nuevos sociólogos profesionales” que refundan la disciplina en el país (formados en el exterior), el salto importante de esos años —incluyendo el periodo 1968-1973— se realiza fundamentalmente con recursos financieros locales, especialmente universitarios. Ello explica también en parte que su desarrollo sea de todos modos aún limitado cuando llega el golpe de estado en junio de 1973.

Sin embargo una mirada histórica objetiva no debería en absoluto minimizar los avances ocurridos en la institucionalización y profesionalización de la sociología en los años sesenta y hasta el golpe de estado. Proceso dado en un contexto cultural y científico en el que eran la economía política y la historia social y económica las ciencias sociales que aún ocupaban el centro de la escena intelectual, e incluso de la “escucha” que venía de las elites sociopolíticas.¹⁷ Sin los avances de los años sesenta —hasta la intervención de la Universidad de la República en 1974— hubiera sido totalmente imposible el proceso de neoinstitucionalización y profesionalización ocurrido en el ámbito privado durante el periodo de la dictadura (en centros independientes con fuerte apoyo externo).¹⁸

Hay fuerte consenso,¹⁹ en considerar que la sociología académica da un paso importante para institucionalizarse y profesionalizarse con la reestructuración del Instituto de Ciencias Sociales realizada entre

Cultura, y otros casos similares, crearon un clima de prevención importante entre los docentes, y un rechazo frontal a dichas financiaciones entre los gremios estudiantiles. En primer lugar por falta de ofertas firmes, y además por el recelo de los docentes, estudiantes y autoridades, lo cierto es que se produjo en ese breve periodo un mayor aislamiento operativo respecto a los circuitos internacionales.

¹⁷ En medio de la ya mencionada intensa actividad editorial desde inicio de los sesenta, incluyendo obras que posteriormente fueron consideradas importantes de sociólogos como Solari o Germán Rama, o “politológicos” como Real de Azúa, sin embargo no es abusivo considerar que las obras más leídas y que más marcaron los debates de la segunda mitad de los años sesenta, fueron trabajos como el informe de la CIDE *Plan Nacional de Desarrollo Económico* (1965), el *Proceso Económico del Uruguay* del Instituto de Economía (1969) o las ambiciosas y renovadoras investigaciones de historia socioeconómica escrita por los equipos de José Pedro Barrán y José Nahum, por un lado, y de Julio Rodríguez y Lucía Salas por otro (todos ellos egresados del IPA).

¹⁸ Los directores, los animadores y la mayoría de los investigadores iniciales de esos centros venían del ámbito universitario pregolpe. El apoyo y la financiación externa que llegó luego, de ningún modo hubiera podido tener la eficacia y la eficiencia que tuvo sin ese capital humano preexistente.

¹⁹ Filgueira, C., 1975; Prates, S., 1987; Errandonea, A., 1997-2002; Campagna, E., 2003.

1968 y 1969 luego del retiro del país de Solari (en 1967),²⁰ y del retiro profesional de Isaac Ganón. Quizá por eso la transición al nuevo formato no fue demasiado traumática, a pesar de que culminó con la renovación de gran parte del personal, los esquemas de enseñanza y los estilos de investigación.

Ya habían regresado varios sociólogos profesionales formados en el exterior,²¹ y la Facultad de Derecho le otorga al instituto más presupuesto, y sobre todo considerable autonomía técnico-política, al tiempo que el Consejo Central de la Universidad le reconoce el carácter de "Instituto Central" (aunque se sitúe en la Facultad de Derecho). Cabe señalar que —al igual que en Buenos Aires años antes— el gremio estudiantil juega un importante papel de impulsor de esta transformación y expansión del espacio de las ciencias sociales en la universidad. Se han señalado —con razón— algunos problemas que conllevó este fuerte protagonismo gremial juvenil,²² pero se ha reconocido menos su papel decisivo para hacer posible dicha institucionalización.

Hay un hecho marcante, y novedoso: se llama a concurso —con tribunal internacional— a todos los cargos simultáneamente. Este proceso acentuó el impacto de la "dimensión internacional" en la concreción de la tardía institucionalización: no sólo todos los tribunales de los concursos fueron integrados por argentinos y chilenos, sino que todos los cargos superiores fueron ocupados por sociólogos formados en el exterior, y además dos de ellos eran argentinos (todos con formación sociológica en la FLACSO, salvo uno en Lovaina y París). Ello otorga una fuerte legitimidad —y poder académico— a los "nuevos" sociólogos, quienes crean la licenciatura en sociología y la revista *Cuadernos de Ciencias Sociales*, al tiempo que ocupan las cátedras no sólo en derecho sino en varias facultades que ya las tenían, o que las crearon en esos años (como medicina e ingeniería). Dado que la Universidad había abierto en esos años la llamada Regional Norte en

²⁰ En rigor, sólo hasta este momento se va a producir el proceso ya acaecido hace diez años o más en los países del cono sur. Sólo que a una escala más modesta, con menos recursos y sobre todo por un periodo más corto antes de la intervención militar en la universidad.

²¹ Aunque las restricciones para un trabajo sociológico profesional (dentro y fuera de la Universidad) llevó a que en esos años no regresaran varios uruguayos egresados de FLACSO, y otros no pudieran reciclarse en el país como sociólogos.

²² Filgueira (1974, Denton, 1988).

la ciudad de Salto (y que allí se enseñaba la carrera de derecho, con su nuevo ciclo básico), eso lleva por primera vez al interior del país la enseñanaza de la sociología a nivel superior.²³

Esto genera un cambio cualitativo de la imagen de la disciplina en el ámbito académico, pero también en buena medida en la sociedad, por otra parte muy traumatizada —y "demandante" de respuestas— por la gravedad de la crisis social y política que vive el país. Los jóvenes estudiantes de las carreras "nobles" pasan a recibir clases de los "nuevos" sociólogos, que —más allá de sus eventuales cualidades y conocimientos— aparecen investidos del prestigio de sus diplomas del "exterior" y de un poder académico-administrativo impensable unos años antes.

No sólo estos nuevos docentes pasan todos ellos a ser también investigadores —al menos en teoría— y a vivir de su trabajo académico, sino que comienzan a formar a sus sucesores a través de la nueva licenciatura recién creada. Es decir que se afirma el proceso de reproducción disciplinaria antes inexistente en el país. Aunque hasta el golpe militar el mercado de trabajo seguirá siendo básicamente la propia Universidad, mas aún dado el mencionado retroceso investigativo en las unidades del aparato estatal.

Imposible minimizar el cambio de situación que estos hechos representan, pero tampoco deben magnificarse. La amplitud y diversificación de tareas de estos sociólogos —incluyendo una sobrecarga docente—, la enorme demanda planteada por una situación social y política bastante explosiva, y la brevedad del periodo 1969-1973, son todos factores que acotan la cantidad y profundidad de la investigación hecha en el periodo. A ellos debe agregarse el limitado monto de recursos universitarios y nacionales destinados para gastos de investigación en sociología, especialmente los que no eran propiamente salarios.²⁴ Esta nueva producción en investigación marcó sin em-

²³ Hasta el golpe de estado, el ics y la Facultad de Derecho envían allí como docentes de sociología, a Gerónimo de Sierra y Luis Eduardo González, quienes viajan periódicamente a Salto. Este esfuerzo inicial adquirirá una significación mayor luego de la dictadura, al convertirse un equipo local (1990) en unidad de investigación bajo jurisdicción del Departamento de Sociología (ex ics) de la naciente Facultad de Ciencias Sociales.

²⁴ Filgueira (1975) sostiene, con base en datos del Conicyt, que la sociología sólo recibía en 1970-1971, 13% de los gastos en ccss, cuando la economía absorbía el 73%.

bargo un *tournant* en cuanto a las exigencias teóricas y metodológica de los trabajos, y más en general en cuanto a normativizar las nuevas "reglas científicas" del trabajo sociológico en el país, consolidando la idea de que la ciencia social debía manejar información empírica y no sólo consideraciones teóricas.

Esto es importante visualizarlo pues debe tenerse en cuenta que para el Uruguay este proceso se da ya bien avanzada la crisis de los sesenta en América Latina, y con ello todo el tenso y apasionado debate entre orientaciones de las CCSS en general y de la sociología en particular. O sea que en este "nuevo instituto" había distintas posiciones en lo teórico, como las había en el resto de las universidades de América Latina. Se manejaban autores norteamericanos y europeos —de distintas tendencias—, pero también latinoamericanos.²⁵ En los cursos y en materia de investigación producida la gama era muy amplia, pero se fue acentuando la polarización entre las corrientes influidas por el estructural funcionalismo —o más precisamente por la sociología de la interacción psicosocial de "impronta" norteamericana—²⁶ y aquellas que abrevaban de algún modo en las diversas corrientes del análisis histórico estructural, con énfasis creciente en los enfoques de raíz *marxiana* (con una influencia en ascenso —como ya sucedía en Europa y el resto de América Latina— del estructuralismo althusseriano y poulantziano).²⁷

Pero, a pesar de esas diferencias²⁸ operaba un fuerte consenso en la necesidad de realizar un corte intelectual con el pasado (sobre todo aquel previo a 1960-1963) y consolidar una "sociología científica",

²⁵ Con simple carácter ilustrativo puede mencionarse, Parsons, Mertos, Chinoy, Wright Mills, Cossier, Touraine, Ossowsky, Marx, Weber, Dahrendorf, Poulantzas, Althusser, Cardoso y Faletto, Nun, Murmis, Verón, A. Quijano, Ianni, Weffort, etcétera.

²⁶ Esta polarización ya dijimos que en ese momento atraviesa toda la sociología y las CCSS de América Latina (véase, entre muchos otros textos posibles —en la *Revista Paraguaya de Sociología* núm. 30 de 1974— los artículos de Rolando Franco, Eliseo Verón y Manuel Villa Aguilera). Lo particular del proceso uruguayo es que a diferencia de por ejemplo Chile, Argentina, Brasil y México, la polarización toma a la sociología en fases iniciales de su efectiva institucionalización y profesionalización universitaria, y no luego de varios años de cierta consolidación como en esos países.

²⁷ Sin perjuicio de posiciones menos polarizadas, y de otras más eclécticas e influidas en lo teórico por la tradición doctrinaria anarquista, como las de Alfredo M. Errandonea y Alfredo Errandonea hijo.

²⁸ Que dada la grave situación sociopolítica que atravesaba el país —y la consecuen- te politización del ambiente nacional y universitario— daba lugar a no pocas tensiones entre la vida interna de la Facultad de Derecho y la Universidad.

ca", en sus métodos, en su "gramática" y en sus objetivos.²⁹ Los referentes teóricos "deben" estar presentes y venir de la academia,³⁰ los métodos "deben" ser científicos y controlables por los pares (no sólo del país sino internacionales), y "debe" haber manejo no casuístico de información empírica.

Se divergía sobre el destino del país y de América Latina, y sobre con qué herramientas sociológicas se lo debía analizar, pero se mantenía la voluntad de distinguirse del pasado de las CCSS en el país.³¹ Quizás en cierta medida fue más un programa que una realidad acabada, pero como luego se vio en el periodo dictatorial (al formarse los centros independientes o privados) ello marcó definitivamente a los nuevos sociólogos y sus sucesores; hayan trabajado luego del golpe tanto dentro como fuera del país.

En todo caso por primera vez se generan programas de investigación de cierto aliento; se realizan publicaciones científicas regulares; se impone la idea de que para ser sociólogo el camino natural es estudiar sociología, y la enseñanza de ésta da un salto —respecto al pasado en el país— en rigor académico, actualización e internacionalización teórica y metodológica de la bibliografía utilizada.³² Y un número considerable —aunque aún reducido— de sociólogos, pasan a vivir de su profesión, o intentan poder hacerlo.

Cabe señalar para todo este periodo final de la consolidación del ICS (que coincide cronológicamente con el periodo de la llamada "dictadura constitucional" de Pacheco Areco y su sucesor —Bordaberry— quien daría el golpe cívico-militar en 1973), que la casi totalidad de sus miembros tenían convicciones políticas opositoras al

²⁹ La complejidad y ambigüedades en que se apoyaba este consenso son mencionadas en Errandonea 1997-2002, *op. cit.*, vol. II, y analizadas con más detalle por Eliseo Verón, 1973.

³⁰ Hay que recordar que los principales autores de referencia marxiana eran en ese momento catedráticos de prestigio en el primer mundo, y algunos en América Latina. Y que el uso de textos de Marx —o incluso a veces de Lenin— eran mediados por dichos análisis académicos.

³¹ En ese momento de fuerte "afirmación disciplinaria", incluso la ya mencionada tradición de investigación empírica de los Equipos del Bien Común, era vista en el ICS como demasiado despreocupada de la teoría sociológica, o sea demasiado empiricista, descriptiva o sociográfica.

³² Se rompió para siempre con el sistema —tradicional en las "cátedras" de sociología anteriores— de estudiar a partir de los "apuntes" tomados al profesor. Se imprimen en forma de fichas cientos de artículos y capítulos científicos actualizados que pasan a ser —junto con libros— la bibliografía exigida.

gobierno —aunque no necesariamente tuvieran militancia política partidaria— y que por ende su situación respecto al trabajo posible con el estado se había reducido drásticamente. De cualquier manera ya dijimos que tampoco el estado había mantenido su política de reclutamiento de comienzos de los sesenta.³³

En un tratamiento tan acotado por el espacio como éste, casi no hemos hablado de la ciencia política y de la antropología. En rigor le caben para el periodo preliminar y de primera institucionalización, las mismas consideraciones de la sociología, pero con la diferencia de que casi no tenían, ni tuvieron, cultivadores “profesionales” —e investigadores— hasta muchos años después.

Ya mencionamos para la ciencia política la excepción de Carlos Real de Azúa, y puede incluirse —con mucho menos influencia y producción— al doctor (abogado) A. M. Errandonea, profesor de la materia hacia fines de los sesenta en la Facultad de Derecho. En gran medida el lugar del análisis político científico era ocupado por la sociología política —junto con la historia política— y continuó siéndolo hasta avanzado el periodo posdictadura.³⁴ Como veremos con más detalle al analizar ese periodo, salvo los cursos breves organizados por el CLAEH en 1982, apenas al volver la democracia se creará en la Universidad de la República un Instituto de Ciencias Políticas (1985) y sólo en 1989 la carrera de licenciado en ciencias políticas.

Un panorama similar —en realidad aún más precario— es el de la antropología, de la cual también puede decirse que luego de la dictadura es cuando alcanzará su paulatina institucionalización y profesionalización. Daniel Vidart y Renzo Pí, eran dos antropólogos socioculturales que ya producían antes del golpe militar y continuaron haciéndolo —en la universidad— luego de la vuelta a la demo-

³³ Aún si la hubiera mantenido, muy pocos sociólogos en el país habrían aceptado en ese momento el encargo. Incluyendo a los que tenían clara simpatía con el Partido Colorado, pero que probablemente no hubieran aceptado trabajar para el gobierno de Pacheco, aun si su “fracción colorada” de simpatía siguiera integrando el gobierno hasta muy poco antes del golpe, como efectivamente sucedió.

³⁴ Ello puede constatararse en la producción sobre temas políticos, donde abundan —y a menudo hasta predominan— las publicaciones de “sociólogos” e historiadores, incluso hasta ya avanzados los años noventa. Entre los sociólogos es el caso por ejemplo de los escritos de César Aguiar, Carlos Filgueira, Alfredo Errandonea (h), y Gerónimo de Sierra. También reflejó esa realidad la composición claramente interdisciplinaria de la Sociedad de Análisis Político creada en 1985, y posteriormente la integración en los años noventa de los primeros egresados locales de ciencia política a la Asociación de Sociólogos.

cracia. Cabe señalar para el periodo post 1964 la significativa presencia del antropólogo brasileño Darcy Ribeyro, quien exiliado por el golpe en su país, se instaló en la Universidad de la República —Facultad de Humanidades— donde dictó clases durante varios años.³⁵

2. PERIODO DICTATORIAL (1973-1984): CIERRE DE LAS CCSS EN LA UNIVERSIDAD Y DESARROLLO DE LOS “CENTROS”

En 1973 se inician casi 12 años de gobierno dictatorial, altamente represivo y de cierre de los espacios de legalidad para las actividades sociales y políticas, así como de la autonomía de la Universidad y de los demás espacios educativos e intelectuales. Todo el campo cultural queda bajo sospecha y minuciosamente controlado. Las CCSS —y en particular la sociología— son de hecho o de derecho prohibidas en la Universidad, y prácticamente todos sus cultivadores son destituidos de sus cargos. Un buen número de ellos parte en sucesivas etapas al exilio. Los que permanecen —o regresan pronto con sus posgrados— conforman un nuevo sistema privado de investigación (y en parte docencia) en CCSS, con decisivo apoyo institucional y financiero del exterior. Hay pues a la vez destrucción y reconstrucción —sobre nuevo formato— de las CCSS en el país. En particular la sociología y la economía logran mantener capacidad investigativa, imagen social y renovación generacional. Algo similar, aunque quizás en menor escala, sucede con la historia.

En la literatura —sobre todo para los casos de Uruguay y Chile— se ha hecho un lugar común decir que los respectivos golpes militares de 1973 liquidaron la situación institucional previa de las CCSS y que a partir de allí se inicia el nuevo periodo de los “Centros” (privados o independientes, según el autor). Es sin duda evidente que lo dominante es la fractura del proceso de “institucionalización”, que en el caso uruguayo apenas estaba madurando como dijimos en el capítulo anterior. Pero también debemos señalar algunos elementos de continuidad significativos que existen en el periodo —y que suelen ser minimizados— o al menos poco tratados.

³⁵ Para una visión panorámica de la antropología uruguayo véase: Renzo Pí Hugar-te. 1997.

En el caso de la sociología el proceso de desarticulación es sin duda contundente. Se cierra la licenciatura (con lo que también se trunca obviamente la carrera de los alumnos de sociología aún no recibidos), se elimina la materia en los ciclos básicos de varias facultades que lo habían introducido, se cierra la *Revista de Ciencias Sociales* (del ICS) luego de tres números, y la *Revista Uruguaya de Ciencias Sociales* (privada), se destituye a casi todos los docentes e investigadores, se prohíben las encuestas, se depura la biblioteca del ICS, etcétera.³⁶

Ello deja —en primera instancia— sin empleo y sin espacio de trabajo científico o profesional a todos los sociólogos que había en el país vinculados al espacio universitario (que ya vimos era el grueso de su mercado real de trabajo). Esto afecta a los “viejos”, a los “nuevos”, y a los recibidos justo antes de la intervención de la Universidad.³⁷ Muchos debieron abandonar la profesión y otros emigraron enseguida para el exterior, a veces por persecución política y otras para buscar empleo.³⁸ Con variantes en los formatos concretos algo similar le pasa en la Universidad a las otras ciencias sociales.

En cuanto a los centros privados o autónomos que existían antes de 1973, tuvieron suerte dispar pero no fueron cerrados como tales. Uno se autoclausuró por falta de medios (CISMO) y los otros veremos que se reconvirtieron al nuevo formato emergente de financiación externa casi exclusiva (en particular el CLAEH y el CIEP, ambos con vínculos religiosos).

³⁶ Incluso es secuestrada casi toda la edición de un libro de investigación en equipo —dirigida por G. de Sierra— que apenas había sido editado por el ICS: *Partidos políticos y estructura de clases en el Uruguay: aspectos ideológicos* (Ed. Fundación de Cultura Universitaria-Instituto de Ciencias Sociales, 1973, Montevideo, 220 pp.). Insólitamente ese libro no pudo leerse como tal durante la dictadura, sin embargo buena parte de su base empírica documental fue textualmente utilizada por el gobierno —sin citarlo— en una de sus obras justificativas centrales del periodo represivo (*Las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental*, 2 vols.).

³⁷ No nos referimos a aquellos que ya habían partido a trabajar en el exterior con anterioridad, por razones personales o de mercado, y que probablemente ya no hubieran retornado, aun sin el golpe. Es el caso principalmente de Aldo Solari, Germán Rama y Rolando Franco (en CEPAL); pero también de Teresa de Barbieri y Nelson Minello (en México).

³⁸ Así fueron emigrando —definitivamente o por muchos años— la mayoría de los cuadros superiores e intermedios del ICS (Alfredo Errandonea h., Gerónimo de Sierra, Liliana De Riz, Enrique Cárpenas, Gustavo Cosse, Jorge Mernies y José Luis Petrucelli), parte de los docentes en sociología de las otras facultades y gran parte de los recién egresados antes del golpe.

Algunos análisis de esta situación hechos en el periodo inmediato posterior al golpe³⁹ señalan justamente ese dramatismo y la perplejidad sobre el futuro de la sociología y las CCSS en el país ante esa destrucción y la falta de espacios materiales, políticos e institucionales para su desarrollo. Era un razonamiento rigurosamente entendible. Sin embargo, en rigor los hechos posteriores —en un ciclo de once años— mostraron que las CCSS y en particular la sociología habían adquirido —en su formato “moderno”— raíces suficientemente sólidas como para poder aprovechar, con eficacia y razonable solvencia, los fuertes apoyos externos que iba a recibir y de esa forma retomar el camino de la profundización investigativa, e incluso de formas *ad hoc* de formación de nuevas generaciones de cientistas sociales.

Luego veremos detalles de ese proceso de reconstrucción; pero previamente quiero insistir en lo que puede llamarse el componente no despreciable de continuidad que perduró del periodo fundacional: la nueva cultura sociológica de “vocación científica”, los consensos metodológicos básicos, el reconocimiento por las otras profesiones de la utilidad y pertinencia de la disciplina, etc. Y esto vale tanto para los que permanecieron en el país, como para los que debieron salir; ya sea para realizar posgrados y regresaron, o como exilio duradero y retornaron a partir de 1984. Algo similar puede decirse para los economistas y para los historiadores.

Éste es un elemento importante cuando se busca una visión de largo plazo del proceso de las CCSS en el país; y sobre todo de la sociología. Queremos señalar con esto que el salto cualitativo dado en los años sesenta, a pesar de sus limitaciones, tenía considerable consistencia, y que por eso mismo “no se disolvió en el aire”, a pesar de la represión a personas y el cierre de instituciones y espacios culturales. Por un lado los que quedaron en el país, y animaron las nuevas formas institucionales y el trabajo científico en ellas, eran básicamente —ya se dijo— ex miembros titulares o interinos de los institutos universitarios;⁴⁰ y con ese acumulado emprendieron la nueva etapa. Pero también los que pudieron salir a estudiar posgrados —hayan o no regresado— tuvieron en general un buen rendimiento académico en el exterior; y ello indica claramente un nivel

³⁹ Véase por ejemplo Filgueira C., 1974.

⁴⁰ Con algunas excepciones, que se desempeñaban como profesores en el IPA o la enseñanza media.

razonable de calidad de la formación y la experiencia científica que habían recibido en el ICS. Incluso muchos de estos jóvenes sociólogos lograron —luego del posgrado— ocupar lugares académicos de cierta importancia en los países de la diáspora, como por ejemplo México, Brasil, España, Inglaterra, etcétera.

También se puede señalar en este periodo otro elemento de continuidad con la situación anterior, elemento que sin embargo habitualmente se lo considera, por el contrario, como de ruptura o diferenciación con el pasado pregolpe. Me refiero a la relación entre el trabajo académico de los sociólogos y su imbricación con los requerimientos ético-políticos del contexto en que trabajan. Contrariamente a lo que se afirma a menudo, en estos años el compromiso ético-político de los investigadores tendió a ser tanto o más fuerte que en el periodo pregolpe. Si bien la política partidaria estaba prohibida o era clandestina (lo que obviamente exigía prudencia y reserva extremas), toda la literatura escrita posteriormente por los propios actores (de los nuevos centros) jerarquiza justamente el compromiso por la libertad, la democracia y la equidad social, como componentes centrales del “horizonte” y “motivación” de su actividad científica. O sea que más allá de ciertas rutinas discursivas que pesaron mucho durante años,⁴¹ puede sostenerse que durante la dictadura la relación entre ciencia social y su contexto ético-ideológico-político, continuó siendo de alta intensidad más allá de sus manifestaciones externas o explícitas.⁴² Cambiaron sí los temas analizados, los contextos discursivos, las ideologías predominantes y los referentes políticos explícitos, pero el “núcleo conceptual de la problemática” se mantuvo básicamente tal como era antes del golpe.

Lo anterior me parece importante para ser tenido en cuenta —también— cuando se analizan las “causas” de la considerable eficiencia y productividad lograda por los Centros en el periodo dictatorial. Ellas

⁴¹ En general embanderadas con los enfoques epistemológicos de asepsia radical en este tema.

⁴² Susana Prates —trabajando en el CIESU— sostiene en 1985 (p. 57) algo tan contundente como esto: “El quehacer teórico fue, entonces, quehacer político, orientado por la globalidad de la meta compartida de evidenciar la ilegitimidad de las prácticas políticas —económicas y sociales— del régimen y de desnudar con un contraconocimiento científico, el sostén ideológico del discurso oficial.” Difícilmente puede sostenerse que los razonamientos epistemológicos predominantes en el periodo pregolpe —muchas veces luego criticados con excesiva liviandad— sobrepasaran ese

deben buscarse básicamente en otros factores relevantes y no tanto en la supuesta “liberación de la ciencia de sus ataduras sociales o políticas”.⁴³

El golpe de estado militar (en lo formal cívico-militar, pues siguió en funciones el presidente Bordaberry) culmina una década de grandes conflictos sociopolíticos y de crisis del modelo de desarrollo. Pero es también la década de crisis del pensamiento desarrollista (oficial y académico) que pesa hasta 1967, y luego de crisis de todas las expectativas de cambios más profundos e incluso revolucionarios. La irrupción militar —más allá de su radicalidad represiva— es un golpe profundo a la autoimagen de los políticos, de los ciudadanos y de los mitos nacionales más arraigados.

La importante innovación política que representó el Frente Amplio —fundado en 1971— se había sin duda beneficiado no sólo de la fatiga ciudadana ante los viejos partidos de gobierno y el estilo conservador represivo de Pacheco Areco, sino también —a nivel de cuadros y elites militantes— de una cierta maduración —en ese periodo— de las ciencias sociales críticas, en especial la renovación historiográfica y de la economía política. En rigor, su programa efectivo —más allá de las percepciones subjetivas de muchos— era un desarrollismo con énfasis nacionalista y social fuerte, y en un marco democrático y electoral.⁴⁴ Muchos de sus apoyos de izquierda eran menos claros respecto a ello, pero ése era el pacto político que aglutinó a la izquierda junto con la Democracia Cristiana y sectores de los partidos Blanco y Colorado. La guerrilla “corría por los palos” como el MIR en Chile, pero ya había sido claramente derrotada en lo militar un año antes del golpe. De modo que éste tuvo también motivaciones mucho más generales y estructurales, similares al resto de los países de la región.

⁴³ Pesaron más decisivamente factores tales como: la “liberación” —por imposible— de las interacciones directas con el medio social, y el dictado de cursos masivos curriculares; los estrictos controles de la calidad y, sobre todo del *timing* del trabajo por parte de los financiadores externos; y la modalidad predominante en esos años de financiación “contra producto”. También la considerable circulación internacional facilitada por ELACSO, ELACSO, PISPAL, etc. Y, por supuesto, la voluntad —por parte de los investigadores que se quedaron en el país— de preservar a las CCSS, y al mismo tiempo recrear su propia fuente de trabajo *in situ*.

⁴⁴ Una frase mil veces repetida en ese momento por el general Seregni —presidente del Frente Amplio— era: “La propuesta del FA es pacífica y pacificadora.”

Hago este recuento para señalar que la crisis institucional de las CCSS fue al mismo tiempo una crisis de perplejidad y de marcos de análisis prospectivos. Los científicos sociales se quedaron primero sin trabajo; pero también casi sin auditorio real dentro del país. Las luchas humanitarias y por la sobrevivencia ocuparon mucho más espacio y por más tiempo, que los análisis globales y sistemáticos de lo realmente sucedido y lo que podría suceder. En ese contexto la reconstitución de los Centros tuvo —al menos en los comienzos— un fuerte carácter corporativo y de sobrevivencia, y no sólo objetivos científicos o incluso políticos. Sin embargo, en el acto y proceso de constituirse como espacio autónomo de pensamiento y trabajo, al mismo tiempo van adquiriendo sociológicamente un carácter de contraautoridad al poder totalitario, que los carga de significado y poco a poco les va devolviendo —a los científicos sociales— un público y por lo tanto parte del sentido social que habían perdido. Y por supuesto la autoestima que había sido puesta en cuestión por la propia radicalidad de la crisis. Sólo que ahora las circunstancias —objetivas y también subjetivas— obligan al abordaje de temas muy concretos y aplicados, y al uso de instrumentos analíticos más fragmentados y modestos. Se va poco a poco constituyendo un nuevo campo, por sumatoria de parcelas, como si fuera un *puzzle* que sólo hacia fines del proceso será percibido realmente como un nuevo *texto* articulado.

Ese proceso fue muy tenso, pues en el caso uruguayo la dictadura adoptó realmente un carácter totalitario muy capilar, llegando a controlar toda la vida privada, incluyendo los espacios de vida cotidiana y por supuesto de sociabilidad. Incluso se clasificó absolutamente a toda la población adulta en tres niveles (a,b,c) según su grado de peligrosidad supuesto. Por eso también los Centros fueron vigilados de cerca y en parte reprimidos en diversas ocasiones. Eso mismo fue dando consistencia y moral a los colectivos, que fueron adquiriendo confianza y profundizando su compromiso con la eficiencia y la eficacia como recursos clave para la propia sobrevivencia. Todo el andamiaje jurídico y legal era tentativo y siempre provisorio de hecho, pero eso mismo desarrolló la creatividad y la constancia, lo que a la postre fue extremadamente fructífero para el propio trabajo científico.

Cuando después del plebiscito de 1980 se va lentamente animando la vida política y cultural, los centros ya tienen capacidad de

desempeñar un papel dinamizador y de referencia creciente. El mismo culminará en plena transición democrática, cuando pasan a asesorar a varias comisiones de la gran Concertación Programática instalada entre noviembre y marzo de 1984-1985. Y paralelamente organizan en conjunto (menos el CLAEH en esa ocasión) un muy importante seminario —con apoyo de CLACSO y el PNUD— titulado *Concertación y apertura democrática*.

Su experiencia los situó en medio de la ola de reconstrucción de la sociedad civil y de la propia democracia. Ese optimismo y orgullo legítimo no obvió que ante las nuevas condiciones institucionales —en particular la reapertura de la universidad y el paulatino retroceso de los fondos externos— debieran poco a poco reperfilarse su accionar y llegar finalmente al cierre o a la reducción radical de su escala, y por lo tanto al cambio de su significación, no sólo social sino en el concierto de la investigación y docencia en CCSS.⁴⁵ Incluso la mayoría absoluta de sus investigadores —como veremos en el Módulo 3— regresaron a la Universidad, o al trabajo privado profesional, o a una combinación de ambos y mantenido vínculos muchos más ocasionales con los centros.

Luego de un breve periodo de perplejidad, una vez que la dictadura interviene la Universidad —octubre de 1973— y desmantela los institutos clave, con el impulso y la dirección de los científicos sociales que quedaron en el país, se inician gestiones internas y externas para preservar espacios de trabajo y de producción académica independiente. El proceso de reinvencción institucional no es ni inmediato ni algo obvio. Irá fructificando paso a paso, pero para entenderlo es importante tener presente que ya en septiembre del mismo año sobreviene también el golpe en Chile. Ello genera una situación para las CCSS regionales que sobrepasa en volumen, dramatismo y visibilidad al caso uruguayo, pero que al mismo tiempo va a ir generando “condiciones políticas” y “procesos operativos” en las fundaciones y en la propia CLACSO, que terminarán favoreciendo también la atención a la situación en Uruguay. La anterior experiencia regional de

⁴⁵ Debieron cerrar en su formato anterior el CIEP y el GRECMU; el CINVE se transformó básicamente en una consultora económica; el CIEDUR y el CIESU mantienen sus locales, pero con una actividad de baja intensidad, y el CLAEH ha debido reformular bastante su perfil, volcándolo en buena medida a tareas docentes de posgrado de amplia gama en CCSS, e integrando estratégicamente varios de sus planos de actividad con la Universidad Católica, incluso compartiendo la propiedad de su local.

ayuda a los casos de brasileños —sobre todo después del 68— más la dinámica posgolpe chileno, aceleró el diseño de programas y asignación de recursos para atender esas situaciones. Y ahí se ubicaron las demandas similares desde Uruguay, con la ventaja relativa de demandar mucho menos recursos que en los otros casos. Dicho un poco brutalmente, los tomadores de decisiones consideraron que era bajo el costo de oportunidad de asignar ayudas fuertes a los científicos sociales uruguayos: Sobre todo que a pesar de su desarrollo previo limitado, ya existían garantías de *expertise* y calidad académica razonable. Los hechos luego mostraron que era así efectivamente y todos los balances parciales y hacia el fin del periodo por parte de los “donantes” siempre fueron sumamente positivos respecto a los centros uruguayos.⁴⁶

Brevemente podemos señalar la siguiente cronología de puesta en marcha de los nuevos espacios institucionales de tipo privado o independiente:

—Se “refundada” —en 1974— el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH)⁴⁷ —que había declinado a fines de los sesenta— con apoyo importante de fondos católicos europeos (historia, sociología, política). Se afilia a CLACSO en 1978.

—Se “redinamiza” el Centro de Investigaciones Pedagógicas (CIEP) también de origen católico y dedicado a temas educativos (educación y sociología). Se afilia a CLACSO en 1982.⁴⁸

—Se fundan y afilian a CLACSO en 1975, el Centro de Informaciones y Estudios de Uruguay (CIESU)⁴⁹ —básicamente sociología— y el Centro de Investigaciones Económicas (CINVE) —básicamente economía—, ambos inicialmente con fondos Ford Foundation.

—Se funda en 1977 el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo en Uruguay (CIEDUR)⁵⁰ y se afilia a CLACSO en 1978 (economía, sociología y algo de historia). Predominio de fondos SAREC y NOVIB.

⁴⁶ Esto fue así para la Ford, la IAF, SAREC, NOVIB, ADVENIAT, Comité Catholique contre la Faim, etcétera.

⁴⁷ Alberto Pérez Piera, Carlos Zubillaga, Gerardo Caetano, José Rilla, J. P. Terra, Juan Camou, etcétera.

⁴⁸ Rafael Bayce, Héctor Apezechea, etcétera.

⁴⁹ Carlos Filgueira, Susana Prates de Filgueira, Nea Filgueira de Apezechea, Héctor Apezechea, Enrique Mazzei, Danilo Veiga, Mario Lombardi, etcétera.

⁵⁰ César Aguiar, Rosario Aguirre, Horacio Martorelli, Danilo Astori, Martín Bouxedas, Carlos Pérez Arrarte, Jorge Notaro, etcétera.

—Se funda el Grupo de Estudios sobre la Condición de la Mujer (GRECMU)⁵¹ en 1979 (temas de género con sociólogos e historiadores) y se afilia a CLACSO apenas en 1985.

A pesar de la importante diversidad de enfoques, disciplinas y orientaciones de trabajo —y hasta de posiciones políticas— de estos centros, el dramatismo de la situación represiva y la conciencia de la necesidad de cooperación para sobrevivir y maximizar los resultados de las gestiones dentro y fuera del país, llevó a un *modus vivendi* fuertemente cooperativo, o al menos de neutralidad entre todos ellos. Con el tiempo eso fue reconocido como una marca positiva por la comunidad de centros CLACSO e incluso el mundo de las financiadoras.

En las notas hemos referido nombres de muchos de los investigadores de la primera época en cada Centro, aunque lógicamente con el tiempo hubo —en algunos casos menos que en otros— diversas variaciones e incorporaciones. Estas referencias a personas pensamos que adquieren sentido para poder percibir la importante continuidad existente con los nombres de los institutos universitarios de CCSS antes del golpe, y también una importante continuidad en muchos de los nombres que volverán a ser significativos en la Universidad al retorno de la democracia. Ello sucede especialmente entre los sociólogos y los economistas.

Inicialmente los Centros trabajan en forma más bien autorreferente, editan sus trabajos de investigación bajo forma de documentos internos de circulación reducida, y mantienen pocas relaciones entre ellos. A partir de 1979-1980 comienzan a hacer ediciones públicas de folletos y libros, e incluso organizan “Series” de venta en librerías y quioscos,⁵² así como una mayor cooperación mutua. Igualmente empiezan a organizar seminarios de investigación y debate abiertos a un público más amplio. Globalmente se considera que lograron un buen nivel de productividad y una calidad razonable de su producción. La misma tuvo obviamente las limitaciones temáticas impuestas por la dictadura, pero también aquellas derivadas de las áreas temáticas privilegiadas por las agencias financiadoras. Hubo también

⁵¹ Susana Prates de Filgueira, Nea Filgueira, Silvia Rodríguez Villamil, etcétera.

⁵² Las dos series más significativas fueron El Uruguay de nuestro tiempo del CLAEH y Uruguay hoy del CIEDUR, que tuvieron unos diez fascículos cada una, iniciándose en 1983 y 1984 respectivamente. En 1982, 1983 y 1984 los centros organizan en conjunto Ferias públicas de exposición y venta de sus trabajos y ediciones.

fuerzas restricciones para el acceso a estadísticas oficiales y para la realización de encuestas (de hecho estuvieron prohibidas).

En los dos o tres años finales de la dictadura se van constituyendo en punto de referencia para círculos bastante amplios de intelectuales, y de actores sociales, aunque siempre guardando un perfil bastante discreto por razones de seguridad. En el tramo final de la transición y comienzo del nuevo régimen democrático incluso pasan a desempeñar un papel más político bastante visible. Ya sea como fuente de "consulta técnica" para los partidos, ya sea albergando en su propio seno la actividad de científicos sociales que van al mismo tiempo asumiendo públicamente, poco a poco, funciones político-partidarias en sentido estricto.⁵³

El monto de los recursos externos recibidos fue muy importante (para la escala del país) y según los casos incluía apoyos para proyectos o también subsidios institucionales. Ello permitió pagar sueldos razonables para el mercado local, financiar bibliotecas y su gestión, pagar gastos directos de investigación, y en varios casos adquirir importantes inmuebles para sede de trabajo.⁵⁴ En conjunto llegan a constituir una efectiva demanda en el mercado de trabajo de las CCSS, en los servicios requeridos y en el campo editorial.

Pero no se debe magnificar ese dato y hay que tener presente que de todos modos eran núcleos pequeños de investigadores, y que sólo una minoría de entre ellos podían considerarse *seniors* y recibían sueldos de ese nivel. Incluso en alguno de los Centros se dio una recurrente concentración de fondos-salario entre pocos investigadores.

Las formas organizativas de esos centros eran bastante diferentes entre sí. No sólo en lo jurídico, sino en cuanto a los criterios de selección de investigadores (aunque siempre fuera por cooptación), y sobre todo en la forma de hacer participar a los miembros en la selección de autoridades y en la fijación de políticas científicas y sus impactos en el medio. También diferían sus vínculos con agrupaciones no académicas en sentido estricto.

⁵³ Los casos con mayor "visibilidad" fueron Juan Pablo Terra y Juan Young del CLAEH, Danilo Astori y Gerónimo de Sierra del CIEDUR, y Alberto Couriel del CINVE (todos ellos vinculados a partidos integrantes del Frente Amplio). Pero hubo varios otros con menor exposición pública inicial pero no menos compromisos partidarios activos (Horacio Martorelli, Alberto Pérez Piera, Pedro Cecilio, Juan Rial, Juan Carlos Fortuna, etcétera).

En este último aspecto el CLAEH tuvo siempre en su dirección general técnicos ligados a la Democracia Cristiana o a la Iglesia Católica.

En cuanto al sistema de gobierno —administrativo y científico— había fuertes variantes; desde los criterios más verticales con dirección muy concentrada y no rotativa, hasta centros con conducción más horizontal o "democrática", ya que en ellos era la Asamblea de socios la que definía las grandes líneas de trabajo, los salarios y elegía las autoridades por tiempo limitado.

Salvo en el caso del CIESU donde se reúnen —en esta etapa— básicamente sociólogos, y en el CINVE economistas, los demás centros facilitaron de hecho una cierta integración interdisciplinaria al albergar en su seno a economistas, sociólogos e historiadores en forma estable. Fue el caso en especial del CIEDUR y el CLAEH, y posteriormente el GRECMU. La ciencia política —aún sin formalizarse cabalmente— se vio alimentada por la producción bastante considerable en sociología política e historia política (especialmente al final del periodo) y también por los cursos organizados en el CLAEH. Incluso sin responder necesariamente a un plan científico explícito, esa interacción entre disciplinas se vio fomentada por el formato de "proyectos por tema" o problema, que a menudo debían los centros elaborar para poder concursar fondos en las agencias externas.

La brutalidad de la represión (aunque debe recordarse que ya era muy intensa en los años previos al golpe) y la radicalidad del dismantelamiento institucional de las CCSS, así como la casi imposibilidad de financiar localmente el trabajo científico, o incluso profesional-aplicado, de los sociólogos, aunque fuera bajo nuevos esquemas, produjo poco a poco una transformación radical de los estilos y niveles de relación con el exterior. Ello lleva a un nuevo tipo de internacionalización del trabajo en CCSS; en especial en sociología y economía, aunque también en menor medida implicó a algunos historiadores.

Dadas las reticencias mayoritarias del ambiente sociológico previo al golpe en cuanto a solicitar financiamiento externo (y por lo tanto la falta de experiencia al respecto), no deja de llamar la atención la rapidez y profundidad con que los científicos sociales que pudieron permanecer en el país se adaptaron a concursar en el mercado de ofertas de financiamiento externo. Como nada sucede por casualidad ni por efecto de la exclusiva voluntad de pocas personas, importa

analizar algunos factores que propendieron a ese fenómeno de tanta importancia para la sociología —y otras CCSS— en los años de dictadura.⁵⁵

Una primera razón —que llamaríamos la “del artillero”— es que, en la nueva situación, sin dinero del exterior los sociólogos simplemente no podían vivir de su trabajo, y debían volver al multiempleo; con el agravante de que ahora los “nuevos sociólogos” ya no eran abogados y debían trabajar en cualquier otra actividad remunerada. Ni el estado, ni la universidad, ni el empresariado privado,⁵⁶ le ofrecían alternativa alguna por varios años hacia adelante. *Ergo*, debían o emigrar o conseguir fondos externos para refundar espacios de trabajo en el país.

Una segunda razón —sin duda decisiva— es que en ese momento y sobre todo después del golpe en Chile (y luego en Argentina), se consolidaron ambiciosos programas de financiamiento de fundaciones norteamericanas y europeas —públicas y privadas— para apoyar a las CCSS “victimas” de los quiebres institucionales en el “sur” de América Latina, tanto dentro como fuera de los países de origen de los investigadores. Y además CLACSO —en especial— fue articuladora y mediadora de muchos de esos fondos hacia personas y centros específicos. Ese papel mediador fue implícitamente reconocido por los nuevos centros que se afiliaron a CLACSO para legitimar desde afuera su estatus interno, pero también obviamente para poder aspirar a parte de esos fondos.⁵⁷ O sea que el nuevo modelo pudo crearse y funcionar porque en ese periodo hubo una oferta relativamente importante de fondos disponibles para esos efectos —intermediados en parte por una estructura académica latinoamericana como CLACSO— lo que nunca antes había sucedido en el caso uruguayo.⁵⁸

⁵⁵ Ya dijimos que este fenómeno abarcó a otras disciplinas, y en la fase final repercutió sobre la futura ciencia política a través de los acuerdos del CIESU con el IUPERJ de Río de Janeiro, para enviar a egresados de su Diploma a hacer posgrados allí.

⁵⁶ Nótese que una situación tan absolutamente radical sólo se dio quizás en Chile, pero no llegó a configurarse en la Argentina, y mucho menos en Brasil o México. Nos estamos ahora refiriendo a quienes podían permanecer en el país y debían decidir qué hacer.

⁵⁷ A partir de un cierto momento también pesaron los fondos concursables de investigación administrados directamente por PISPAL.

⁵⁸ Al tratar el periodo posdictadura veremos cómo el paulatino pero radical retiro de esos fondos del país fue llevando a casi todos los centros a su cierre, reconversión en consultoras o a reducir al mínimo su infraestructura.

Finalmente, quizá no sea un factor a minimizar el hecho de que dos de los sociólogos —ex FLACSO— que se quedaron en el país, tenían vínculos anteriores de trabajo y financiación con la Fundación Ford, en el marco del proyecto de creación del Programa de Ciencia Política en Minas Gerais, Brasil. Lo que posteriormente también parece haber facilitado los vínculos con el otro núcleo fuerte apoyado por la Ford en Brasil, que era el IUPERJ.

Sea como fuere, lo concreto es que —como ya vimos— varios núcleos de CCSS lograron por esa vía reforzar (CLAEH y CIEP) o crear (CIESU, CIEDUR, GRECMU, CINVE) centros de investigación y obtener durante muchos años un flujo básicamente constante de financiamiento externo.⁵⁹ Obviamente eso permitió a su vez reforzar los vínculos con el exterior a través de viajes, seminarios, congresos, y la participación en los Grupos de Trabajo de CLACSO, generando una inserción relativamente estable de las CCSS en el circuito académico internacional, sobre todo latinoamericano.

Al mismo tiempo las fuentes financiadoras visitaban periódicamente a los centros uruguayos, o los reunían en algún país de la región, afirmando esas nuevas redes internacionales.

Una consideración específica debe hacerse respecto a lo que podríamos llamar el importante impacto de “internacionalización diferida”, a través de los jóvenes y *seniors* emigrados pero que retornaron luego al país; ya sea durante la dictadura o al final del periodo dictatorial. Esa influencia se ejerció a través de los conocimientos adquiridos, ya sea por sus estudios de posgrado o por su experiencia académica y profesional en el exterior, y por la convivencia académica con muchos otros científicos sociales emigrados de Chile, Argentina y Brasil.⁶⁰

⁵⁹ Las fuentes fueron múltiples pero se destacaron por el peso de su aporte —variando según cada Centro y los momentos— la Ford, el IDRC, SAREC, NOVIB, Interamerican Foundation, Adveniat, OXMAN, y hasta la Comunidad Europea. Naturalmente que la lista completa de financiadores fue más amplia.

⁶⁰ La lista de estos “retornados” con su acumulación académica en el exterior —de distintas generaciones— fue muy importante para las CCSS, aunque más no fuere por su número. Sólo en sociología y política, incluye entre otros a Alfredo Errandonea (h), Marcos Supervielle, Graciela Prat, Jorge Landinelli, Jorge Lanzaro, Gerónimo de Sierra, Luis Eduardo González, Rodrigo Arocena, Ema Massera, etc. En el campo de la economía se da un fenómeno similar, con nombres como Samuel Lijtenstein, Raúl Trajtenberg, Nicolás Reig, Alberto Couriel, Jorge Irisiuy, Alberto Hinstermeister, etcétera.

El saldo combinado de todos estos procesos nos coloca claramente ante un efecto inesperado de una crisis, que pudo ser terminal, pero acabó generando unas formas de internacionalización que permitieron la utilización de muy importantes recursos materiales y científicos (externos) para la capacitación de recursos humanos en CCSS para el país. Sin duda hubo una cuota de emigración definitiva (por motivos políticos o profesionales),⁶¹ pero en buena medida el saldo final del desarrollo de los centros y los retornos "recalificados" desde el exterior fue altamente positivo para las CCSS en el país.

Con los ex estudiantes de sociología (inconclusos), los jóvenes egresados que no emigraron, y nuevos interesados formados mas o menos "en la marcha" (hasta que se organizaron cursos mas formales por el CLAEH y luego el CIESU, éste en acuerdo con FLACSO) se van completando los equipos de investigación y renovando las generaciones. También fue importante en términos de formación de nuevos científicos sociales el hecho de que, en especial CIEDUR, CIESU y CLAEH, realizaran convenios con instituciones académicas extranjeras —y usaron las ofertas de CLACSO y FLACSO— logrando así "enviar" a jóvenes a hacer posgrados, tanto a América Latina (Brasil, México, Perú, Ecuador) como a Europa, y en menor medida a Estados Unidos.

En algunos casos —sobre todo el CIEDUR— los centros ayudaban a reciclarse académicamente (y les daban trabajo remunerado) a jóvenes intelectuales que salían de la cárcel sin haber podido terminar sus carreras. Y ya hacia el final del periodo facilitaron el reingreso profesional de varios de los primeros retornados del exilio.

Ya se dijo que apenas en los tramos finales del periodo se organizan (en los Centros) cursos formales de formación en sociología y otras CCSS. Los más consistentes fueron los organizados por el CLAEH y el CIESU. En el caso de este último —dos años y monografía— tuvo la importancia de otorgar un diploma avalado por FLACSO y con becas para los alumnos.⁶² Se habilitó de esa forma que se formara una nueva generación y que realizara luego posgrados en el exterior (en sociología o en ciencia política), asegurando un importante relevo generacional para la fase posdictadura.

⁶¹ Véase un estudio sobre el tema en Apezechea, Prates, Filgueira C., 1978, *Estudio y trabajo en el exterior*, Cuadernos del CIESU núm. 10.

⁶² Obviamente financiadas con fondos externos. Esa experiencia de "estudiantes becados", no se dio nunca antes ni después dentro del país. Ello muestra una de las fragilidades estructurales histórica de la reproducción de las CCSS en el Uruguay.

3. ETAPA POSDICTADURA (1985-2003): NUEVOS ESPACIOS INSTITUCIONALES Y SOCIALES PARA LAS CCSS

En marzo de 1985 asume el gobierno democrático electo, en un clima de importantes movilizaciones populares de todo tipo, y donde predomina el espíritu de "reencuentro nacional" por y para la reconstrucción democrática. Globalmente este ciclo de más de 15 años es signado por un significativo proceso de consolidación y expansión de las CCSS, ya no sólo la sociología y la economía sino varias otras, en especial la ciencia política. Esta expansión y consolidación será en enseñanza, en calificación académica de los científicos sociales, en investigación básica y aplicada, en la Udelar y en nuevas instituciones universitarias privadas; y también se abrirá una amplia gama de empleos en el sector privado y en diversos organismos del estado central y municipios. Sin embargo el estado continuó sin tener políticas de apoyo estable a la investigación y la formación de posgrado, siguiendo el país en este aspecto en posición de clara inferioridad o desventaja frente a varios otros de América Latina.

Los centros que venían del periodo dictatorial mantienen varios años de intensa actividad y luego van poco a poco restringiéndola fuertemente (al menos con relación a su formato anterior). La causa básica es la reducción drástica de los montos aportados por las agencias financiadoras externas y por lo tanto la imposibilidad de mantener sueldos estables a los investigadores, pero también por la concurrencia que implica la reapertura de la Universidad de la República.⁶³

La Universidad de la República (Udelar) vuelve a ocupar un lugar determinante en el ámbito de las CCSS, no sólo en docencia sino también en investigación. En primer lugar, por razones económicas ya que tiene recursos estables para salarios y concursables para investigación.⁶⁴ En segundo lugar, por el retorno a ella de una parte im-

⁶³ Es interesante ver cómo por el contrario se intensificó muchísimo la acción de por ejemplo las fundaciones políticas alemanas, pero manejando presupuestos "semilla" —para eventos y publicaciones— sin ninguna comparación posible con los montos que antes recibían los centros.

⁶⁴ La Udelar creó en el periodo la CISC (Comisión Sectorial de Investigación Científica) que maneja fondos centrales pero concursables por los proyectos de cada departamento. Ello representó un apoyo importante, a pesar de que las CCSS hayan siempre estado en desventaja frente a las ciencias duras en la distribución de esos fondos.

portante de los destituidos por el golpe y el ingreso de las nuevas generaciones en busca de una carrera académica.⁶⁵ En tercer lugar, porque ahora los investigadores y docentes realizan —desde la universidad misma— estrategias de cofinanciación investigativa con organismos públicos o privados y con algunos actores sociales. En cuarto lugar, porque en esta etapa posdictadura muchos fondos externos de cooperación científica exigen radicarse en ámbitos universitarios, y ello motiva a los científicos sociales a vincularse —al menos parcialmente— con los departamentos de ese carácter.⁶⁶

Un paso importante en el proceso de institucionalización fue la creación (entre 1987 y 1990) de la Facultad de Ciencias Sociales,⁶⁷ hecho facilitado por el retorno del exterior de varios científicos sociales *seniors*, incluyendo el rector (economista), quienes se sumaron a los que se habían quedado en el país —en los Centros— para dar ese paso innovador. La nueva facultad obtuvo recursos nuevos importantes⁶⁸ y nació con una clara definición orientada no sólo a la enseñanza de grado, sino al posgrado y a la investigación. Incluyó a los Departamentos de Sociología (ex ICS), Ciencia Política, Trabajo Social, Economía (internacional) y la Unidad Multidisciplinaria (Historia Económica, Relaciones Internacionales y Demografía). De todos modos, dos carreras y grupos docentes preexistentes de real importancia (Historia⁶⁹ y Economía) —y que debían en principio integrar-

⁶⁵ La Udelar, aunque nunca ha podido pagar sueldos importantes, es la única institución que ofrece estabilidad en los cargos, y además fue ampliando los rubros para dedicación total, y durante varios años pudo financiar viajes a congresos, así como licencias con sueldo para realizar posgrados en el exterior.

⁶⁶ De todos modos algo realmente nuevo —respecto a la situación pregolpe— es que también se fueron generando espacios académicos para las CCSS fuera de la Udelar y los anteriores centros. Entre otros espacios nuevos están la Universidad Católica y la Universidad ORT, aunque ambos presentan aún hoy una magnitud de actividad en CCSS netamente reducida en comparación con la Udelar. Sin actividad en CCSS se crearon también la Universidad de Montevideo (Opus Dei) y la Universidad de la Empresa.

⁶⁷ Paralelamente se creó también una Facultad de Ciencias, como desprendimiento de la anterior Facultad de Humanidades y Ciencias.

⁶⁸ Aunque radicalmente menores a los que obtuvo de la Universidad y del BID la nueva Facultad de Ciencias.

⁶⁹ Radicada en la Facultad de Humanidades. En el caso de los historiadores de esta Facultad debe señalarse que de todos modos dos importantes investigadores optaron por presentarse a los llamados de la nueva FCS: Raúl Jacob que también trabajaba en el CIEDUR, y Gerardo Caetano que también trabajaba en el CLAEH. Ambos especializados sobre todo en historia nacional.

se a la FCS— eligieron quedarse en sus anteriores facultades luego de un periodo de discusiones intensas.

En estos 13 años la nueva FCS logró dar un impulso muy importante y consistente al desarrollo de las CCSS que en ella se instalaron. Reformó y modernizó los planes de estudio, promovió y apoyó sistemáticamente los estudios de posgrado en el exterior para sus docentes y jóvenes egresados, y fomentó las tareas de investigación en paralelo a la enseñanza.⁷⁰ Y además creó cinco maestrías y un doctorado. La producción científica de sus docentes, y su intensa relación con la academia internacional, atestiguan esta evolución y consolidación de la profesionalidad académica.

En un primer momento el Departamento de Sociología (ex ICS) tenía el cuerpo de investigadores —en CCSS— más numeroso y con mayor historia académica en la Udelar. La creación de la FCS permitió superar ese punto de partida y acelerar el desarrollo de la Ciencia Política, afirmar el área de Trabajo Social y potenciar los núcleos de Economía Internacional, Historia Económica, Sociodemografía y Relaciones internacionales.

Al mismo tiempo se potenció la presencia de las CCSS en la Regional Norte- Salto (en especial la sociología), donde se constituyó un núcleo local de investigación sociológica, se imparten los dos primeros años de las tres licenciaturas y un posgrado en desarrollo regional, y recientemente se creó localmente una nueva licenciatura (en ciencias sociales).

Además de la investigación, la estructura y tareas de enseñanza de la FCS al día de hoy pueden resumirse de la manera siguiente:

- Sociología (licenciatura, maestría, diploma de *marketing* y opinión pública).
- Ciencia política (licenciatura, maestría).
- Economía (diploma de un año, maestría en economía internacional).
- Socio demografía (diploma de un año).
- Historia económica (maestría).
- Relaciones internacionales (diploma de un año).
- Un doctorado común en ciencias sociales, con opciones disciplinarias (a comenzar en 2004).

⁷⁰ Especialmente asignando más horas de sueldo explícitamente dedicadas a esa función, así como jerarquizando esa tarea en las pautas de evaluación docente.

Por razones de acumulación histórica, el mayor número de graduados es en sociología (entre 450 y 500), lo que lleva a que en casi todos los departamentos y servicios técnicos de la FCS haya sociólogos, reciclados en su búsqueda de empleo en las otras disciplinas y actividades. En cambio, en materia de ingresos de nuevos alumnos, ellos se reparten con cierto equilibrio entre las tres carreras (un total de entre 700 y 900 cada año).⁷¹

Debe hacerse mención al desarrollo reciente de la antropología —claramente menor que en sociología y ciencia política— en la Facultad de Humanidades. Como se dijo anteriormente, prácticamente esa licenciatura apenas logra continuidad con el retorno de la democracia, aunque funcionó durante la dictadura con profesores extranjeros. Ello ha hecho más lenta la consolidación de su cuerpo docente y sus actividades de investigación. También incidió en ello una menor disponibilidad de recursos presupuestales que otras disciplinas. Recibe un número limitado de alumnos y los egresos son hasta ahora reducidos en cantidad. Cultiva básicamente la arqueología y la antropología sociocultural. De todos modos en los últimos años ha elevado su nivel académico y su productividad científica, publicando además la revista *Anales*.

También en la Facultad de Humanidades se crearon en este periodo dos centros de investigación de tipo interdisciplinario, que alcanzaron un importante desarrollo y productividad: uno dedicado a la realidad uruguaya (CEIU) y el otro que se ocupa de América Latina (CEIAL). Sin que sea algo excluyente por principio, en la práctica los han integrado predominantemente historiadores, filósofos, estudiosos de la cultura, etcétera.

Por su parte el CLAEH orientó parte importante de su actividad hacia la docencia de posgrados en temas de CCSS, ya sea diplomas cortos o maestrías, usufructuando su reciente estatuto de Instituto de Nivel Universitario, al que le habilitó una nueva legislación existente en el país.

Luego de once años de dictadura militar altamente represiva (en realidad quince de régimen autoritario si se incluye el periodo de Pacheco y la fase legal de Bordaberry, 1968-1973), el país entra en un

⁷¹ Son cantidades importantes para un mercado reducido, pero debe tenerse en cuenta que al haber libre ingreso, durante los dos primeros años se produce —como

periodo que podría llamarse de *explosión democrática*; tanto en la práctica como en las expectativas. Hay fuertes reivindicaciones sociales en busca de recuperar lo perdido en los años de dictadura,⁷² aunque obviamente se trataba de un objetivo inalcanzable a corto plazo. En un clima inicial de altas expectativas en cuanto a la búsqueda de consensos hacia los cambios necesarios, las grandes líneas del modelo económico son mantenidas —aunque en el primer gobierno se genera una recuperación parcial de los salarios—, y es en realidad en los planos jurídicos e institucionales donde más se avanza en la reparación y recomposición de lo afectado durante la dictadura.⁷³

Como se menciona en otra parte de este texto, eso tuvo importancia para la Universidad y las CCSS, al facilitar la retomada de gestión por parte de las autoridades legítimas, repuestas en sus cargos anteriores hasta que venciera los plazos remanentes interrumpidos por el golpe. Incluso se les devolvió la institución en 1984, antes de las elecciones de noviembre, y por lo tanto bastante antes de que asumiera el nuevo gobierno en marzo de 1985.

Se reinstauran legalmente todos los partidos y coaliciones existentes antes del golpe, incluyendo al Frente Amplio y todos sus partidos y fracciones internas.⁷⁴ Lo mismo sucede con las libertades sindicales, de reunión, de prensa, etcétera.

Naturalmente desde el inicio de la transición, y en los años siguientes, comparten la agenda pública los temas socioeconómicos y los temas propiamente políticos, y electorales, algo comprensible luego de tantos años de vigencia del “estado de excepción” y de crisis económica, sobre todo desde 1982 y la gran devaluación cambiaria, lo que produjo una fuerte recesión, una ola de quiebras y desocupación. En ambas grandes áreas temáticas los trabajos acumulados anteriormente por los centros les otorgan a las CCSS un lugar de escucha novedoso para el país y que se ha de mantener desde entonces, aunque con altibajos. Ello facilita lógicamente el proceso de recomposición de las CCSS en la Universidad y sobre todo acelera

⁷² Sólo en el plano salarial, su valor medio nacional era 50% menor que en 1973.

⁷³ Entre otros aspectos se reinstaura integralmente la Constitución vigente al momento del golpe.

⁷⁴ Esto sin perjuicio de que en la primera elección existían muchas personas aún proscritas, como es el caso del ex presidente Jorge Batlle, Wilson Ferreira Aldunate y el general Líber Seregni, para mencionar sólo a los más notorios.

el proceso de autonomización respecto a las viejas facultades de cuño profesionalista.⁷⁵

Es importante tener presente que si bien los temas de la inequidad e injusticia social permanecen como "legítimos" (incluso por la grave crisis de los años previos), el enfoque de los mismos aparecerá ahora desplazado de los temas clásicos de la lucha de clases y la revolución como camino eventual para resolverlos, y en todo caso aparecen como subordinados a los temas de la reconstrucción política e institucional. Esto es especialmente notorio en el ámbito académico, aunque también opera en el plano social y político.

En el espacio de izquierda y centro izquierda se produjo el desplazamiento discursivo desde los temas de la revolución a los temas de la democracia, y también del socialismo pero con calificación de democrático.⁷⁶ La experiencia española es en esto decisiva, ya que al gobernar en aquel país el Partido Socialista Obrero Español, ello legitimaba el uso de la referencia socialista ante todo el espectro político uruguayo, incluyendo a la derecha. Efecto similar tuvo un poco más adelante la evolución del Partido Comunista Italiano.⁷⁷

Con el correr de los años en realidad el sistema político se fue polarizando entre un bloque de centro derecha y otro de izquierda, aunque quizás sea más preciso llamarlo de centro izquierda. El gobierno se mantuvo hasta ahora en manos de una coalición de ambos partidos tradicionales, sumando fuerzas en el *Ballotage* y en el parlamento, pero ya hace tiempo que el Frente Amplio (FA) es el mayor

⁷⁵ Esto vale para las facultades de Derecho y Ciencias Económicas, pero no para la Facultad de Humanidades obviamente. El hecho de la restitución como rector de Samuel Lijteinstein (economista y no sólo contador público) y su reelección posterior, facilitó la creación de la FCS en 1990.

⁷⁶ Se da la relativa paradoja de que antes del golpe el FA como tal —dada su composición— no se refería explícitamente al socialismo, aunque sí lo hacía a distintos matices de la "revolución necesaria" (social, en libertad, humanista, etcétera), y en cambio desde 1984 ninguna de sus fracciones "puede" hablar de revolución, pero ahora sí se habla de socialismo, en sus diversas fisonomías. Véase sobre este tema, entre otros, Miguel Serna, *Reconversão democrática das esquerdas no Cone Sul*, EDUSC-ANPOCS, São Paulo, 2004.

⁷⁷ Es significativo que en la elección de 1984 las dos fuerzas mayoritarias en el FA resultaron el Partido por el Gobierno del Pueblo —PGP— de origen Colorado, que pasó a reclamarse del socialismo democrático, y el Partido Comunista que si bien mantenía aún su dirección histórica, se presenta con una nueva cara fuertemente influida por el formato discursivo y hasta estético del comunismo italiano.

partido individual y aparece con posibilidades de alcanzar el gobierno en las próximas elecciones.

Pasada la transición, y luego del fuerte enfrentamiento político motivado por el proceso hacia la ley de perdón a los militares (1986-1988), se fue generando en la ciudadanía una cierta lasitud o desafección hacia el asociacionismo político, e incluso social, pero sin afectar hasta ahora la implicación electoral de la gente y la solidez de las convicciones democráticas. Con la profunda crisis económica que se inicia en 1999 pero eclosiona en 2002, la sociedad entra en una fase grave de deterioro material y relacional; ésta se fracciona y polariza como nunca antes en varias décadas.

Esta nueva realidad de empobrecimiento radical de amplios sectores, crisis de empleo, falta de crecimiento, etc., ha ido generando un nuevo eje de preocupaciones también en las CCSS, que van abandonando el privilegio de lo político y cultural, para retomar los temas más "duros" de la pobreza, la fragmentación social, la marginación estructural, la crisis educativa, etc., y además vuelven a interrogarse sobre los impactos de estos fenómenos sobre la democracia y la estabilidad política en sentido estricto.

En todo el periodo posdictadura se dio —en el caso uruguayo— la ausencia de una real política científica y por lo tanto ausencia de recursos significativos para CyT y en general para la investigación y los posgrados nacionales.⁷⁸ El modelo de inspiración neoliberal asumió en los últimos cuatro gobiernos una visión claramente importadora de saber científico y técnico, postergando una estrategia de desarrollo nacional de cuadros y saberes.⁷⁹

Para un país pequeño pero con un fuerte capital cultural y educativo histórico, esta política es profundamente dañina para su desarrollo e inserción en la lógica actual del capitalismo tecnológico mundializado. El fuerte empuje emigratorio de muchos científicos jóvenes es un síntoma claro de ese perjuicio, mucho más para un país pequeño.

⁷⁸ A pesar de una recuperación inicial de los salarios universitarios a la salida de la dictadura, en el ciclo completo éstos han perdido el 45% del valor que tenían en 1986.

⁷⁹ Lo curioso de esto es que no sólo predominó esta línea en los dos gobiernos digamos más netamente neoliberales (Luis Lacalle y Jorge Batlle), sino también en los dos gobiernos de Julio María Sanguinetti, quien sin embargo en el plano discursivo y retórico siempre trató de situarse —en este tema— en una línea más moderna y desarrollista.

Globalmente se puede decir pues que si bien la institucionalidad política ha sido favorable para el despliegue académico de las CCSS, sin embargo en otros planos —también institucionales— la realidad ha sido dramáticamente negativa en cuanto a la necesidad de potenciar y consolidar el importante avance realizado por las CCSS del país en estos años. Falta de políticas sistémicas y de largo plazo, y entre tanto falta dramática de recursos para el desarrollo científico y el mantenimiento de los equipos de investigación.

En líneas generales puede decirse que las relaciones entre disciplinas —entendida como trabajos analíticamente integrados, o debates formales de resultados— son bastante escasas en lo sustantivo. Ello no significa que no haya proyectos “temáticos” en que participen investigadores de más de una disciplina; incluso más recientemente la Udelar creó espacios de gestión académica interdisciplinarios e interfacultades tendiendo a fomentar los intercambios. Pero a diferencia de los fenómenos señalados para periodos anteriores, donde ocurrieron verdaderas integraciones conceptuales —al menos parciales— entre sociología, economía, historia y política (según los casos y momentos), en esta etapa de mayor consolidación y expansión de cada una de ellas, más bien han predominado las tendencias a la diferenciación, incluso en el seno de una misma facultad.

De todos modos existen frecuentes seminarios “temáticos” cuyo formato incluye la participación de científicos sociales de diversas disciplinas; incluso puede hablarse hasta de una cierta moda al respecto. Pero es dudoso que se pueda hablar por ello de trabajos interdisciplinarios en sentido estricto.

Lo que sí ha existido, a pesar del proceso dominante de diferenciación, es una tendencia paralela —aunque minoritaria, por el momento— en la que predomina no lo interdisciplinario, sino más bien un cierto retorno a la indiferenciación y al borrado de fronteras, tendencia que tanto peso tuvo hasta la década de los sesenta. Pero ahora parece querer fundarse no en la inexistencia de disciplinas —y sus expertos— sino en la inconveniencia supuesta de las mismas. Cuánto hay en esto de convicción epistemológica y cuánto de simple búsqueda por ocupar espacios académicos relativamente saturados, es difícil saberlo por el momento.

En este periodo se produjeron algunas modificaciones en los formatos de interacción internacional predominantes. Podemos señalar brevemente los siguientes:

a] La importante y diversificada influencia del retorno de muchas decenas de científicos sociales que habían hecho sus posgrados o trabajado en muy diversas academias del exterior (México, Brasil, Venezuela, Ecuador, Perú, Argentina, Estados Unidos, Francia, Italia, Suecia, ambas Alemanias, Unión Soviética, etcétera).

b] El fuerte impulso y apoyo de la Universidad para que los nuevos egresados realizaran posgrados en el exterior,⁸⁰ aunque siempre con becas externas obtenidas por cada aspirante. Cuando el becado era docente, en algunos casos la Universidad otorgaba un complemento de beca, y siempre las facultades otorgaban a sus docentes licencia con sueldo por el periodo de ausencia.

c] Se intensifican los convenios académicos con universidades del exterior, con la consecuente circulación de profesores en ambos sentidos. Se cultiva además la participación en programas académicos multinacionales, ya sea con fines docentes como de investigación (con financiamiento compartido pero mayoritariamente extranjero obviamente).

d] Se consolidan —y como vimos se extienden a los centros universitarios— los vínculos del periodo anterior con CLACSO y sus Grupos de Trabajo, pero también a redes académicas internacionales como LASA, ISA, IPSA, ALAS, ALAST, ALASRU, etc. En este periodo varios sociólogos y politólogos uruguayos han tenido —o tienen aún— la coordinación de Grupos de Trabajo internacionales de CLACSO, e integrado el Comité Directivo de CLACSO. También coordinando mesas y paneles en congresos de aquellas organizaciones; igualmente fueron o son presidentes de tres de esas organizaciones internacionales (ALAS, ALAST y ALASRU).

e] Por último cabe señalar el aporte en recursos para investigación por las fundaciones externas, sólo que en mucho menor cuantía y regularidad que durante la dictadura; amén de que diversificaron sus destinatarios internos.

La sociología⁸¹ alcanzó en estos años una razonable “rutinización” de los mecanismos de formación profesional, logrando formar gra-

⁸⁰ Con independencia del prestigio implícito de ese camino, debe tenerse presente que hasta hace pocos años no había posgrados locales en CCSS. En este periodo posdictadura los destinos más frecuentes fueron Estados Unidos, México, Brasil y en menor escala Europa; esto tiene una parte de explicación en el mercado cuantitativo de ofertas de becas, aunque lógicamente no sea la única causa.

⁸¹ Nos referimos básicamente a la FCS de la Udelar, ya que si bien fue creada, en la Universidad Católica (UCUDAL), una licenciatura en ciencias sociales aplicadas, ella tiene hasta el momento un número limitado de egresados.

duados —y desde hace unos años también posgraduados— con una aceptable *expertise* para su inserción en el mercado privado, gubernamental y académico. Conservando su tradición de la época fundacional predictadura (1969-1974), la carrera mantuvo un fuerte énfasis en la formación en metodología cuantitativa y cualitativa de análisis de datos; probablemente sea en su seno donde se imparte —en el país— la más completa formación metodológica en el área de las ciencias sociales.⁸²

Una investigación bastante reciente entre los sociólogos egresados de la Udelar⁸³ muestra que están mayoritariamente conformes con la formación recibida; que el 66% de ellos trabajan en áreas ligadas a su formación (entre el resto varios tienen dos profesiones); entre ellos hay un tercio que trabaja en la universidad, un tercio en ámbitos públicos (estado central o municipios) y el otro tercio en actividades privadas (ONG, agencias de publicidad, investigación de mercado, *marketing*, etcétera).

Mirando globalmente el ciclo largo 1969-2003, puede decirse que a pesar de su retraso fundacional (con relación al exterior) y la interrupción dictatorial, la formación profesional en el ámbito universitario logró sobrevivir y consolidarse razonablemente. Es interesante y significativo constatar que en todo este largo ciclo hubo —más allá de la renovación de personas, programas, etc.— un hilo fuerte de continuidad en la tarea de construcción institucional a través del mantenimiento como docentes de la carrera de un núcleo considerable de los sociólogos de la primera etapa fundacional.⁸⁴

En cuanto al mercado de trabajo en sentido estricto, se diversificó y consolidó razonablemente, permitiendo hasta el momento una bastante fluida inserción de los graduados. Por otro lado se superó totalmente la situación de cuando la mayoría de los sociólogos sólo

⁸² El plan de estudios del grado incluye cuatro semestres de metodologías y cuatro semestres de taller de investigación. En el posgrado hay otros varios cursos de metodología avanzada.

⁸³ Riella, Alberto, Heintz P. y Leal, J., "Quiénes son, qué opinan y en qué trabajan los sociólogos en el Uruguay", Documento de Trabajo núm. 46, Departamento de Sociología, Montevideo, 1999.

⁸⁴ En diversos momentos de este periodo posdictadura son —o fueron— docentes de la licenciatura o posgrado los siguientes sociólogos que ya eran miembros del ICS antes del golpe: A. Errandonea (h), C. Filgueira, G. de Sierra, C. Aguiar, R. Aguirre, E. Mazzei, D. Veiga, H. Apezchea, J.L. Petruccelli.

podía trabajar en la Universidad y posteriormente en los centros. A ello contribuyó la mayor visibilidad profesional adquirida en la transición y primeros tiempos de democracia, en especial en ese momento a través de los aportes de la sociología política, y especialmente las encuestas de opinión electorales.⁸⁵

Globalmente puede decirse que la visibilidad social de la sociología se ha ampliado mucho en relación con los dos periodos anteriores y es visualizada como una profesión moderna, y necesaria; incluyendo en el seno de las elites partidarias, de gobierno y técnico burocráticas.

Por su lado la ciencia política, habiendo tenido un proceso fundacional mucho más tardío tuvo en este periodo un proceso acelerado de desarrollo. En primer lugar en el plano de la formación, al haberse creado por el Instituto de Ciencia Política (ICP) la licenciatura, primero en el Facultad de Derecho y luego en la Facultad de Ciencias Sociales (FCS) de la Udelar, donde tuvo su expansión y consolidación. También reforzado este proceso con la creación de la maestría, y aunque al inicio no existían aún casi politólogos egresados, completaba su clientela con egresados del IPA, de las otras carreras de la FCS y de otras facultades (en especial Derecho y Humanidades).

Aún es demasiado reducido el número de egresados para evaluar lo que sucederá en el futuro mercado de trabajo, pero hasta el momento puede decirse que ha existido una fuerte demanda de "opinión politicóloga" en los medios de comunicación, e incluso en el seno de la llamada clase política profesional. Puede considerarse que, al consolidar su imagen pública, han ido sustituyendo en buena medida el espacio anteriormente ocupado por la sociología política.

Cabe señalar que inicialmente la carrera —y la investigación— puso un fuerte énfasis en los aspectos institucionales de los procesos políticos y en los temas teórico-doctrinarios, así como una atención importante a la historia política en general y de los partidos. Más recientemente se han ido desarrollando nuevas líneas de trabajo con énfasis en análisis cuantitativos, en especial de los procesos electorales.

⁸⁵ Esta actividad logró un fuerte atractivo en el mercado, al punto de que varios sociólogos de origen académico se reciclaron en el ámbito privado creando empresas de opinión y de *marketing*. Ello ha llevado, incluso, a que una porción no desdeñable de la opinión pública tenga la percepción de que ser sociólogo es "hacer encuestas de opinión".

En el núcleo inicial que impulsó la carrera, y la investigación, tuvieron fuerte participación historiadores, abogados y filósofos, que trabajaban —y trabajan aún— también en el CLAEH,⁸⁶ junto con *seniors* retornados del exilio que habían hecho posgrados en el exterior.⁸⁷ Luego varios jóvenes egresados y docentes fueron a su vez realizando posgrados y diversificando el plantel y las temáticas abordadas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Apezechea, Héctor, "Estado actual de las ciencias sociales en el Uruguay" (inédito), 1981.
- Campagna, Ernesto, *Sociología y derecho en la Udelar. El proceso de institucionalización de la sociología y la sociología jurídica en la Facultad de Derecho*, en Cuadernos de la Facultad de Derecho, 2003, Tercera Serie núm. 7, pp. 101-138.
- de Sierra, Carmen, "De la crise, à la recherche d'une nouvelle identité nationale: les intellectuels en Uruguay 1939-1975", tesis de doctorado EHESS, París, 1992.
- Eisenstadt, S.N., *Modernización, crecimiento y diversidad*, *Desarrollo Económico*, vol. 3, núm. 3, 1963.
- Errandonea, Alfredo, *El proceso social de la sociedad uruguaya en la segunda mitad del siglo XX, según sus sociólogos*, 3 vols., Documento de Trabajo, Departamento de Sociología, Udelar, Montevideo, 1997-2002.
- Facultad de Ciencias Económicas y de Administración*, 70 aniversario de su creación legal, Montevideo, Ediciones Banda Oriental, 2002.
- Filgueira, Carlos, *25 años de sociología uruguaya*, Cuadernos de CIESU, núm. 1, Montevideo, 1974; otras versiones de ese texto en *Revista Paraguaya de Sociología*, 1975, núm. 30, y parcialmente en "Los trabajos de la sociología", Montevideo, CIESU / Banda Oriental, 1985.
- Franco, Rolando, "Veinticinco años de sociología latinoamericana. Un balance", *Revista Paraguaya de Sociología*, año 11, núm. 30, 1974.
- Germani, Gino, "Desarrollo y estado actual de la sociología latinoamericana", Boletín Instituto de Sociología, Cuaderno 17, tomo XII, Buenos Aires, 1959.
- IAF, "Social Science Research in Uruguay: a report to the Interamerican Foundation" (documento de archivo), 1986.

⁸⁶ Romeo Pérez, Gerardo Caetano, José Rilla, Alfredo Pareja.

⁸⁷ Jorge Lanzaro y Jorge Landinelli. Con una participación menor, y sólo en docencia, también Luis Eduardo González.

- Paris de Oddone, Blanca (coord.), *Historia y memoria. Medio siglo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación*, Montevideo, Departamento de Publicaciones FHCE, 1995.
- , *Universidad: pasado reciente, reclamos actuales*, Cuadernos de Marcha, Tercera Época, núm. 12, octubre de 1986.
- Pérez Piera, Adolfo, *Prácticas innovativas durante el Uruguay autoritario. El caso de los centros de Investigación en Ciencias Sociales*, Cuadernos del CLAEH, 2a serie, año 10, núm. 3, 1985.
- Pí Hugarte, Renzo, "Sobre la Antropología en el Uruguay", *Horizontes Antropológicos*, año 3, núm. 7, Porto Alegre, 1997.
- Piñeiro, Diego (comp.), *Los trabajos de la sociología*, Montevideo, CIESU-Banda Oriental, 1988.
- Prates, Suzana, *Los centros autónomos en Ciencias Sociales en el Uruguay. Trayectorias y perspectivas*, Montevideo, CIESU / Banda Oriental, 1987.
- Riella, Alberto, Heintz, P. y Leal, J., "Quiénes son, qué opinan y en qué trabajan los sociólogos en el Uruguay", Documento de Trabajo núm. 46, Departamento de Sociología, Montevideo, 1999.
- Solari, Aldo, *Las ciencias sociales en el Uruguay*, Río de Janeiro, Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, 1959.
- Verón, Eliseo, "Imperialismo, lucha de clases y conocimiento (25 años de sociología en la Argentina)", *Revista Paraguaya de Sociología*, año 11, núm. 30, 1974.
- Villa Aguilera, Manuel, "Los rasgos de la sociología crítica en México", *Revista Paraguaya de Sociología*, año 11, núm. 30, 1974.